

"La sequía, que ha originado unas pérdidas en la agricultura estimadas en más de 300.000 millones, ha desencadenado la guerra por el agua. Los regionalistas de Aragón enarbolan el monopolio de los recursos del Ebro frente a otras regiones que precisan de los excedentes del río más caudaloso de España para regar y beber" (*Estalla la guerra del agua entre las regiones con excedentes y la España seca*, El País, 17.1.1993. [Abre edición])

"[...] los aragoneses no podemos sino sospechar de todo y de todos [...] Nuestra comunidad debe aplicarse a templar los nervios, porque [...] hemos visto ante nosotros una Administración central carente de todo escrúpulo. en estas condiciones será muy difícil recuperar el equilibrio y la confianza" (*Demagogia antiaragonesa*, Heraldo, 14.1.1993. [Editorial]).

"De la forma que están contando la película algunos medios de comunicación, especialmente los de ámbito nacional, parece como si aquí, en Aragón, fuéramos todos unos avaros insolidarios [...] Lo que sí digo es que, por todo ello, reclamamos el trato político, cultural y económico que nos corresponde; no más que nadie, pero tampoco menos" (Marcuello, J.R. SER de Aragón. 5.1.93 [comentario de apertura]).

Todo ello prueba que la hegemonía no puede pensarse como una imposición exterior y sin sujetos, porque representa un proceso en el que una sociedad o una clase impone su dominio a partir de que sus valores son reconocidos como propios por los grupos sociales o territorios subalternos. Desde esa perspectiva, la importancia dada a las redes o a los flujos advierte que, además del Estado, la demanda aragonesa tomó como referencia la globalización (4.2.2). Si la instrumentalización que el centro político llevó a cabo de Televisión Española o de la Agencia Efe (159) reenvía a la lógica por la que "las revoluciones decimonónicas en el campo del transporte y las comunicaciones tipificadas por el ferrocarril y el telégrafo reafirmaron y normalizaron los vínculos entre la autoridad central y sus puestos avanzados más remotos" (Hobsbawm, 1991: 90), el proyecto audiovisual del Gobierno de Aragón o su lectura de la autonomía plena se alimentaron de los referentes de la globalización, como prueba su voluntad de tener "una Televisión Aragonesa que con sus pautas de valores nos ayude a ser y a competir en la nueva Europa" (Eiroa, 1991). Según Gilroy (1998: 81), el estado nación ha dejado de ser el legitimador central de las relaciones y formas culturales que subsumen la identidad política, porque tiene que compartir ese papel con las estructuras sub y supranacionales de pertenencia. En otros casos, esta mutación de los roles institucionales, lo que Ramonet ha denominado *el atolladero postmoderno*, han merecido valoraciones más críticas, pero no menos conscientes del cambio de lógica producido: Para Hobsbawm (1991), la globalización representa una

amenaza para la ya frágil cohesión social de las sociedades nacionales; y Habermas (1997) la responsabiliza incluso de vaciar de sentido el espíritu democrático que dio lugar al Estado nación y de derruir sus atributos sociales, de erosionar moralmente la sociedad. El discurso gubernamental y mediático aragonés actualizó algunas de estas hipótesis, porque usó la Unión Europea como ariete en sus diferencias con el Estado nación, demostrando, primero, que, en contra de la predicción del difusionismo el centro estatal no ha conseguido asimilar a las periferias en España (Fox, 1997) y, segundo, que, pese a su débil dimensión regional, los nacionalismos minoritarios miran a Europa como salida a sus aspiraciones (Keating, 1996: 196).

Corroborando que la modernidad se ha trasladado de la industrialización y la urbanización al libre flujo y a lo global, las instituciones aragonesas discursivizaron el acontecer a partir de algunas claves económicas y culturales de la globalización: En unos momentos, enfatizaron sus aspiraciones de desarrollo y sus peligros para competir en el marco de la economía global o, en todo caso, al naciente Mercado Europeo (DGA, 1992a); en otros momentos, esgrimieron los atributos universalistas de un pueblo "abierto a todas las corrientes surgidas a lo largo de la Historia" y con un "escaso sentido etnocéntrico" (DGA, 1992a) o la *nómina de prestigio intemporal* que Aragón ha dado a la cultura universal, desde Marcial o Ibn Gabirol hasta Servet, Goya y Buñuel (Ibid). En los discursos aragoneses convivieron el temor a la desolidarización de la economía global, a la colonización cultural de lo transnacional o al recentralismo de las organizaciones supraestatales. Fuera efecto del pulso político mantenido con quienes se identificaban con el estado nación o de la necesidad de presentarse ajenos a cualquier particularismo, los impulsores de la reivindicación aragonesa mitificaron lo supranacional, a costa incluso de obviar que las relaciones de las regiones con la Unión Europea están dominadas por los factores económicos (Keating, 1996: 189) o el carácter seudocultural, unitario y mercantilista de la cultura de masas (Ramonet, I. El País, 10.11.97: 37). El empeño por formular la reivindicación autonómica e hidráulica, y hasta el empeño en disponer de televisión propia, en ese discurso postmoderno aparece así como una compensación o una respuesta a la aculturación de lo aragonés en el marco del estado nación.

Martín Barbero (1993: 80) esgrime la homología entre la modernidad del capitalismo de las burguesías nacionales y la del neoliberalismo transnacional, para afirmar que el proceso de destrucción de las culturas regionales sobre el que se construyó la cultura nacional llevaba en germen la construcción de una cultura transnacional. A esa nueva masificación de lo global aludió el discurso del Gobierno de Aragón cuando argumentó su apuesta televisiva en la necesidad de evitar la despersonalización colectiva que imponía la homogeneización de contenidos de la cultura masiva transnacional (Eiroa,

1991). Leído como expresión de la voluntad de modernizar Aragón y de construir identidad colectiva que pregonaba el Gobierno autónomo, el discurso sobre lo audiovisual se alimentó del mismo sentimiento de dependencia, en este caso cultural e informativa, que se explicitaron en otros tópicos de la reivindicación. Diferentes posiciones gubernamentales y mediáticas reflejan hasta qué extremo la sociedad aragonesa asoció su carácter periférico con su ausencia de las redes técnicas, su marginalidad en las industrias culturales o su escasa capacidad para producir mensajes; incluso Heraldo de Aragón esgrimió la colonización económica y cultural para oponerse al convenio audiovisual que debía regionalizar varias horas diarias de la parrilla de Antena 3 TV (4.2.2.3). En la medida que explicitaba también la dependencia política y el menosprecio de quienes representaban la hegemonía de la centralización política, el proyecto audiovisual reunía condiciones para situarse en el centro de un conflicto que aunó identidad y relaciones de poder: Como recuerdan Llobera (1996) o Garcés (1997: 116), cuando a la percepción de una subordinación socioeconómica se une la política y cultural multiplican su valor identitario:

"[...] nos han condenado [...] a ser meros corredores entre los Ejes Barcelona-Madrid o Atlántico-Mediterráneo. El deseo de controlar las redes técnicas ha sido incluso una obsesión de quienes ven España desde Madrid, como demuestra el propio control ejercido sobre la red audiovisual que sirve la señal a las televisiones públicas y privadas. O el manifiesto interés del actual Ministerio de Obras Públicas y Transportes, para que las Comunidades Autónomas queden fuera del desarrollo del cable y del satélite, igual que ya fueron excluidas de la Ley de las Telecomunicaciones" (Eiroa, E. 1995: 127).

"O sea la gran tele aragonesa, que, ahora, entregada a una empresa con sede en Madrid y presidida por un catalán, será dirigida por un navarro. Eso sí, el dinero (en miles de millones) será aragonés ciento por ciento" (Trasobares, J.L. El límite. Heraldo, 10.8.93).

"Trasvasar la idea, la palabra y la imagen produce peor sequía que el trasvase de las aguas" (Zapater, A. *'Operación Monegros' para aumentar el secano*, Heraldo, 11.7.93. Contraportada).

Cuando analiza los procesos de dominación como textos, Grandi (1995: 162-3) señala que el pulso por el poder se expresa en los comportamientos y en las relaciones sociales, pero más aún en los productos de la industria cultural. Esta relación de poder entre dos Gobiernos, una Comunidad Autónoma y algunas instituciones del Estado, entre las instituciones públicas y grupos sociales dirigentes o entre algunas élites sociales y la mayoría social generó complejas relaciones económicas e, incluso, se tradujo en algunos dispositivos jurídicos o legislativos (4.2.1.1). Según Keating (1996),

las relaciones de poder en el estado nación moderno se traban en la superestructura administrativa y política, pero también los sectores económicos y mediáticos, porque la hegemonía depende mucho de la capacidad para difundir ideas y valores. Leída en esa clave, la debilidad comunicativa de los medios aragoneses se sumaba a la debilidad del aragonesismo político y, por tanto, la cooperación de ambos actores sociales limitaba las capacidades de la reivindicación en los espacios institucionales del Estado e, incluso, de la Comunidad Autónoma. Sin embargo, desde el momento que las empresas informativas aragonesas en posición de liderazgo, Radio Zaragoza (160) y Heraldo, hicieron frente a la hegemonía política y social sobre la que pivota el Estado centralizado, la reivindicación se trasladó al espacio público mediatizado (3.1.2; 3.2.2). Al imponer la lógica del espectáculo, del mito y de la fiesta, esa forma de construir lo social subvirtió algunos aspectos de esas relaciones de poder que reafirman la centralización. Según Martín Barbero (1991: 108), los dominados son tanto o más sensibles a las prácticas simbólicas que a la acción directa. La importancia comunicativa de las manifestaciones y el carácter de acontecimiento medial que acabó teniendo la reivindicación confirma que los partidos estatales y las empresas informativas de ámbito estatal que distribuían algún tipo de producto elaborado en Aragón tuvieron que acabar jugando en un terreno más propio de la guerrilla semiológica que de la hegemonía política.

Quienes han exaltado las posibilidades resistencia y creatividad que la industria del entretenimiento abre para las subculturas han enfatizado la capacidad del estilo y de la subversión de los códigos para hacer frente a la dominación (Grandi, 1995; Barker y Beezer, 1994). Incluso en el marco de la mercantilización que ha convertido la empresa y el mercado en los nuevos espacios que regulan los comportamientos. La unión de fiesta y reivindicación revela el entrecruce de lo político y lo social, de lo popular y lo burgués, que acabó vehiculando la movilización. Martín Barbero (1993: 116) enfatiza el valor de la reparación del agravio como forma popular de regulación social y destaca la capacidad de la circulación cultural para vehicular ese proceso. La compensación psicológica que las manifestaciones, o la aprobación de una amplia reforma estatutaria por parte de quienes se habían opuesto a la autonomía plena, pudieron ofrecer a una parte de la sociedad se llena así de sentido político. Ya que la hegemonía utiliza el consenso y el aparato de coerción social como instrumentos de dominio (Williams, 1992b), la confrontación de discursos mediales y partidistas sobre la autonomía plena o el convenio audiovisual dio oportunidad a que las lecturas preferidas se llenaran de contradicciones explícitas. Las dificultades del Gobierno Central para traducir su dominio mediático sobre los aragoneses en opinión pública dominada prueba que las audiencias acabaron resemantizando el acontecer en función de sus intereses y, por tanto, desde su perspectiva de subcultura territorial (3.2.2).

En cualquier caso, la naturaleza preferentemente simbólica de este pulso por el poder aclara los límites de la movilización y, sobre todo, por qué no cambió ni el sistema de poder de la sociedad aragonesa ni la relación de dependencia con el Estado. Según Llobera (1996: 289), el éxito de los movimientos nacionalistas requiere como condición previa una próspera sociedad civil. La reivindicación aragonesa se vio lastrada por la marginalidad del aragonesismo político o del espacio aragonés de la comunicación y la cultura, pero más aún por la desvertebración y debilidad de su sistema social. Si el éxito de los movimientos etnonacionales dependen en gran medida de la capacidad de las élites que los impulsan (Nagel y Olzak, 1997), la división abierta por el convenio audiovisual entre el Gobierno autónomo y los medios o el fracaso para poner en marcha un canal autonómico corroboran que quienes gestionaron este acontecer social validaron la creencia de que la sociedad aragonesa carece de liderazgos (Vidal, 1986; Mairal, 1996). Cuatro años después de la moción de censura, el Presidente de la Confederación de Empresarios, José María Cuevas, recomendó a instituciones y agentes sociales aragoneses firmeza en la defensa de sus intereses y un mensaje nítido ante la opinión pública española para que esta tuviera constancia de sus necesidades y, por tanto, entendiera sus demandas (161). Esa recomendación pone de manifiesto que, tras la reivindicación, la sociedad aragonesa retomó el dominio de los partidos de ámbito estatal y el discurso de la integración en la lógica de la centralización política. Desde esa perspectiva, las conductas electorales de la sociedad aragonesa y los proyectos políticos que han gobernado Aragón desde 1993 clarifican que, superando intereses coyunturales, la moción de censura se gestó como una acción estratégica de la hegemonía:

"[...] centros políticos de poder - no sólo socialistas- prefirieron que Aragón volviera a ser un territorio cómodo, dúctil a las exigencias de las ejecutivas madrileñas [...], pensaron que con el PAR en la oposición se cortaba un proyecto nacionalista, se eliminaba a un presidente incómodo para el centralismo madrileño y se dejaban las puertas abiertas para la aplicación del Pacto Autonómico o el Plan Hidrológico Nacional" (Eiroa, 1995: 71).

"Las encuestas de opinión de aquel mes reflejaban una subida del PAR y que nosotros bajábamos. Había sabido rentabilizar su acción de Gobierno" (Marco, J. *20 años de autonomía*, El Periódico. 20.4.97: 29).

"Se mezclaron conveniencias, temores ante los resultados del PAR y ambición de poder de algún partido" (Eiroa, E. *Ibidem*: 27).

4.2.1. Lo español, un discurso de poder

En la lógica de la modernidad lo español se ha configurado como un discurso de poder en la misma medida que lo aragonés ha pasado a ser vivido como una identidad complementaria e integrada en lo estatal. El carácter secular de este proceso ha facilitado que esta percepción social de una y otra identidad haya derivado en lo que Hall (1998) denomina una costumbre. Su valor ideológico reenvía, por tanto, al tejido de estrategias y dispositivos políticos, culturales, económicos y sociales que la han hecho posible como práctica social e, incluso, como rito. Si se toma como referencia la invención de España detallada por Fox (1998), la historiografía ha ayudado a imaginar lo aragonés regionalizado en lo español, aunque en algunos casos ha enfatizado la resistencia de su nobleza a que "su personalidad histórica de reino" se disolviera "en provincia de un inmenso imperio" (Cañellas, 1984: 244) o la "falta de adaptación de Aragón a los nuevos tiempos políticos" (Ubieto, 1991: 215). Esa misma mitificación de una identidad resistente late en quienes han leído lo aragonés desde el derecho, en unos casos porque se ha destacado la quiebra política de la identidad aragonesa a partir de los Decretos de Nueva Planta, en otros porque se ha valorado la resistencia del Derecho Civil aragonés, "la única permisividad que los Decretos de Nueva Planta dejaron a la identidad aragonesa" (Embid, 1987: 24), al proceso de homogeneización jurídica llevado a cabo en los dos últimos siglos. Más recientemente, algunas vivencias económicas de la relación entre lo aragonés y lo español han rediseñado esa conciencia secular de dependencia (162), al ligarla a la construcción de embalses y centrales eléctricas o a la supresión ferrocarriles (Vidal, 1986) y a los desequilibrios territoriales (Garcés, 1997).

Según Keating (1996), las relaciones de poder en el estado nación se traban en la superestructura administrativa y política, pero también en los sectores económicos y en la comunicación de masas, porque la hegemonía depende mucho de la capacidad para difundir ideas y valores. Esa perspectiva aclara el valor político e ideológico de esas costumbres, en unos casos generadas por el dispositivo educativo y editorial, en otros por los mecanismos jurídicos y normativos. La divergencia en imaginarse España mostrada por el nacional catolicismo o el españolismo liberal (Fox, 1997) no ha impedido que ambas expresiones del patriotismo de estado se hayan revelado complementarias para que la sociedad aragonesa haya interiorizado la regionalización de lo aragonés (Díez Nicolás, 1991, 1992). Señala Fernández de Rota que, de vivir "en los siglos XVI y XVII la nación aragonesa con notable pasión su sentido de identidad como reino", se pasó a que las generaciones del siglo XIX (163) se sintieran "intensamente españolas, considerando a Aragón como una región plenamente integrada en España o incluso como uno de los más genuinos signos de españolidad" (en Mairal, 1996: 73). Dando por buena esta hipótesis sobre la vivencia social de lo aragonés, se infiere que tanto

la conciencia de dependencia económica y cultural respecto a otros territorios del Estado como la subordinación e integración en lo español o ese imaginarse a través de una serie de estereotipos identitarios forman parte de la aculturación política, social y cultural de lo aragonés que ha generado la construcción del Estado español durante la modernidad. En ese proceso secular se insertaron la instrumentalización política del culto pilarista o de los santos y vírgenes municipales que llevó a cabo el Conde Duque de Olivares para resemantizar hispánicamente lo aragonés (Mairal, 1995), la mitificación de la Guerra de la Independencia por parte del españolismo liberal del siglo XIX mediante relatos comunitarios, como los de Agustina de Aragón y los Sitios (Fox, 1997), la reducción de la pluralidad folklórica aragonesa a la jota en ese mismo siglo dentro de la homogeneización cultural impulsada por la centralización política (Beltrán, 1996) y la desvalorización de las culturas tradicionales aragonesas de raíz rural y campesina durante el franquismo como efecto de la industrialización y urbanización (Mairal, 1995: 32).

Según Llobera (1996), las identidades nacionales originadas en la Edad Media son difíciles de eliminar, incluso si han tenido que sobrevivir en forma *refundida* dentro de una unidad política más amplia. El hecho de que esta lógica de la modernidad escribiera sobre ese imaginario explica que en la sociedad aragonesa de los últimos dos siglos convivan dos posiciones divergentes: La de quienes, a la manera de Miguel Servet, gustoso de firmar como *alias Revés, español de Aragón*, asumen que el proceso de modernización ha traído la integración en lo español y la de los que siguen viviéndose como nación, llegando incluso a responsabilizar de la decadencia de Aragón a esa dominación (4.2; 4.2.1.1). Con todo, el grado de interiorización social de la hegemonía de lo estatal y la fuerza del modelo de identidades compartidas entre los aragoneses sugiere que en 1992 la sociedad aragonesa estaba bien lejos del sentimiento de ser una nación sin estado, a la manera escocesa (Keating, 1996) o, incluso, catalana (Vidal Folch, 1994). Más bien, la animadversión hacia el nacionalismo, las limitaciones del aragonesismo político o las conductas electorales de los aragoneses avisan de que la vivencia identitaria de lo aragonés se situaba entonces en la resistencia cultural, tal como la entienden los Cultural Studies (Grandi, 1995; Dayan, 1997). Sobre ese imaginario social escribieron los discursos sociales de la reivindicación autonomista y del malestar audiovisual, lo que explica tanto sus tendencias al irredentismo victimista o el uso que hizo del discurso de la dependencia como los límites del pulso político que acabó librando con algunas instituciones de la centralización política o el hecho de que el aragonesismo político se concentrara en objetivos tímidos:

"Aragón, que ha perdido la memoria colectiva, no se reconoce; [...] Aragón ha terminado por dudar de su existencia. Y difícilmente, si duda de ella, puede tener fuerza para reivindicarla" (Vidal, 1986: 24).

Lo menos que puede tener un pueblo es un nombre propio y un respeto a su nombre [...] /Aragón/ [...] los distingue como un solo pueblo frente a otros pueblos y los representa" (Bada, 1995: 70).

"La sociedad aragonesa, y sobre todo desde la pérdida de sus instituciones particulares que hubieran podido acabar de armarla autónomamente, ha permanecido desintegrada política e institucionalmente. [...] el Estado central la ha armado, pero siempre bajo su férula. En este largo periodo, la sociedad aragonesa evoluciona cambia, se transforma y es a veces dinámica y en otras se estanca, pero no intenta volver a constituirse como un entramado soldado por una definición exclusiva" (Mairal, 1995: 108).

Las lecturas que Mairal (1995) o Bada (1995) hacen de lo aragonés una vez pasada la movilización autonomista implica que ese proceso social apenas afectó a la fuerza de lo español como discurso de poder en Aragón. El 16.11.92 la tira cómica diaria de Postigo en El Periódico incluía a los líderes de los partidos impulsores de la concentración ante el Congreso entonando junto a Labordeta el *Canto a la Libertad*, mientras el principal dirigente del Partido Popular de Aragón, cuya presencia en el acto había estado precedida de reticencias, acompañaba con unas castañuelas la canción *Que viva España*. Ese relato de la convocatoria autonomista, y por sinécdoque de toda la movilización, explicita que el pulso por cambiar la lógica de la dominación de lo estatal se libró en los mensajes, en los discursos y en los estilos. Como expresiones contrapuestas de la cultura popular y de lo masivo, esas dos canciones hacen visible incluso el carácter minoritario de lo aragonés frente a lo español y las condiciones en que ambos se pusieron en juego como discursos durante la reivindicación. Vidal (1986: 25) atribuye a la sociedad aragonesa una tendencia a la apatía que asocia con "el reconocimiento de una impotencia invencible" y con "la incapacidad para superar una situación que rebasa nuestras posibilidades". La fuerza social de la reivindicación o su carácter profundamente identitario, simbolizados ambos atributos en la canción de Labordeta, denota una toma de conciencia por parte de amplios sectores de la sociedad aragonesa que puso a la defensiva a los principales partidos de ámbito estatal y concedió la iniciativa política a los impulsores de la autonomía plena.

El énfasis del Gobierno autónomo por argüir que tras doce meses de movilización "lo aragonés va a más. Crece fuerte. En equipo. Aragón es un valor en alza que tu impulsas" rompía esa vivencia victimista de lo aragonés y, sobre todo, cuestionaba ese proceso que, en nombre de la

modernización, reservó el espacio político para la identidad nacional a costa de teñir a las identidades subestatales con un complejo de inferioridad (Keating, 1996). El estudio de Ebrópolis (1996: 70) sobre la identidad de los zaragozanos señala una supuesta falta de identidad aragonesa en la capital de Aragón que relaciona con el hecho de que muchos de sus habitantes tienen raíces de primera o segunda generación en alguno de los pueblos de la Comunidad o de las provincias limítrofes. La localización de la demanda de autonomía plena en Zaragoza ciudad y la extensión e interclasismo de la adhesión social a esa propuesta desmiente esa incompatibilidad entre lo zaragozano y lo aragonés que también anota Mairal (1995). Y, si se traslada a la realidad aragonesa la desvalorización de lo escocés apuntada por Keating (1996) cuando analiza la lógica que construyó el Reino Unido, durante la movilización lo aragonés se dotó de sentido político hasta el punto de renacionalizar algunos de los atributos de los atributos identitarios que, como el Pilar o el Ebro (4.1.1.5), lo habían españolizado. Según Keating (Ibid, 227), la evolución escocesa dentro de la Unión, desvalorizó lo local y lo rural considerándolo como de segunda clase, mientras se reservó a la metrópoli y lo urbano el rango superior (164). La recuperación de la autoestima colectiva o, simplemente, su diálogo de fuerza con la centralización política mutó esa lógica aculturadora que, en unas ocasiones, había trasladado lo aragonés al costumbrismo (Gil Encabo, 1986) y, en otras, había propiciado que la burguesía aragonesa despreciara las cosas de su tierra (Torrente, 1923).

En su análisis de las estrategias subculturales frente a la dominación, Ang (1997) hace constar la frecuencia con que se intenta subvertir esta poniendo en cuestión la codificación de la producción mediática e institucional hegemónica. A esa intención pareció sumarse Heraldo al elegir *Las gentes de esta tierra* como argumento del suplemento especial de San Jorge 93 y presentar a la sociedad aragonesa como el gran activo comunitario "para lanzar esta tierra hacia el futuro en la frontera del año 2000" (23.4.93: 6). Más aún, la mitificación que los relatos mediales hicieron del pueblo aragonés (4.1.2; 4.1) recuerdan el empeño habitual del pensamiento nacionalista o identitario por ficcionar lo comunitario (Fox, 1997), pero en relación a esta puesta en juego de las relaciones de poder entre lo aragonés y lo español esa retórica de los actantes sociales (3.1.2) confirma una nacionalización de la sociedad aragonesa como pueblo. El énfasis puesto en el protagonismo social sugiere que se actualizó la voluntad de seguir siendo que Renan atribuye a la nación y, además, los medios lo quisieron provocar con sus discursos (4.1.2.3). Más allá de que el Estatuto de Autonomía aprobado en las Cortes Generales acabara neutralizando los aspectos más soberanistas de la reivindicación o de que las direcciones políticas del Partido Socialista y del Partido Popular retomaran la iniciativa política tras la moción de censura, estas conductas sociales avisan de que pudo actualizarse la hipótesis de Savigny de que "el ser nacional tiene flujos y reflujos. No muere y resucita, pero sí se aletarga y

resurge" (en Vidal Folch, 1994: 42). El hecho de que el nacionalismo moderado se conformara con propiciar una cierta aragonesización de lo social y renunciara a poner en cuestión lo estatal no quita valor a que, siguiendo lo dicho por Llobera (1996: 12) sobre la difícil pervivencia de las identidades minoritarias, lo aragonés recuperara su vitalidad tras sobrevivir durante largo tiempo como fósil lingüístico y cultural:

El estudio realizado por Ebrópolis (1996: 70) reconoce que durante "las recientes" manifestaciones autonomistas Zaragoza asumió su papel como capital de Aragón, lo que "no carece de hondo sentido y orgullo y es una identidad más que suficiente".

"Poco importa que los avatares e intereses políticos más recientes nos hayan negado hasta ahora el reconocimiento de nuestra evidente nacionalidad histórica. Aragón no sólo está ya avalado por la historia. La creciente fuerza de la identidad aragonesa, puesta a prueba durante el tenso proceso de reivindicación autonomista, corrobora la decisión de quienes vivimos en esta tierra por construir juntos el futuro, desde la defensa de nuestros derechos y el aprovechamiento de las capacidades" (Eiroa, 1995: 60).

"Galicia es muy distinta de Euskadi y Cataluña. Los denominadores comunes son muy claras: Somos tres naciones sin estado" (Xosé Manuel Beiras, Dominical, 20.2.2000: 58).

Aunque fuera coyuntural y poco duradera, aquella revitalización social de lo aragonés adquiere valor en lo que tuvo de combate político e ideológico con la hegemonía de lo estatal. La ostentación de poder con que el Gobierno Central gestionó este malestar comunitario puede ser atribuido al estilo socialista de Gobierno o al ambiente de crispación que ya marcaba la coyuntura política (4.2). Pero, sin olvidar que los partidos tomaron el conflicto aragonés como campo de batalla preelectoral, episodios como los protagonizados por Felipe González, José Borrell (165) y El País sobre el ruralismo del Presidente de la Comunidad o del PAR sugieren un uso satírico de lo baturro que actualizó la desvalorización secular de lo aragonés en nombre del progreso (4.2.1.2); de la misma forma, la pretensión del PSOE de imponer desde su mayoría política el Pacto Autonómico y el Plan Hidrológico sugiere que se usaron mecanismos políticos e institucionales similares a los que han subsumido lo aragonés en lo español, después de aculturarlo y quitarle cualquier valor político (4.2.1.1). La conciencia de superioridad que denotaron los comportamientos y discursos de la Administración Central o, incluso, el carácter defensivo y respetuoso con el Estado que esgrimieron los impulsores de la movilización autonomista aparecen como una continuidad de la hegemonía que durante siglos ha ligado lo español y el Estado a la modernidad representada por el capitalismo, la unificación cultural, la centralización política y la hegemonía burguesa.

El Pacto Autonómico renovó esa forma de dominación política, puesto que pretendía dar estabilidad al modelo autonómico español, aumentando el nivel competencial de las Comunidades Autónomas del artículo 143, pero sin igualar su autogobierno con el de las Autonomías dotadas de mayor soberanía política. Además, al ser acordado por el Partido Socialista y el Partido Popular, dejó al margen a los diferentes parlamentos autonómicos, reeditando el modelo que dio origen al desarrollo de las autonomías de vía lenta en 1982. Por eso, y porque se firmó para hacer frente a las demandas territoriales de mayor autogobierno, ese acuerdo se revela como expresión de la "fuerte inercia centralista" que Vidal Folch (1994: 59) encuentra vigente, tras la Constitución de 1978, en la tendencia a limitar la participación de las comunidades autónomas en el Estado. De hecho, la lectura que el nacionalismo moderado aragonés hizo de esa iniciativa se apoyó, por un lado, en que había sido negociado al margen de las Cortes de Aragón y, por otro, consolidaba el papel secundario de Aragón dentro del Estado y las desigualdades que padecía (Eiroa, 1992a). La elaboración del Plan Hidrológico Nacional duplicó esos dispositivos: mientras el ministro J. Borrel preparaba una tramitación rápida en las Cortes Generales del proyecto, la posición aragonesa reclamaba que, en cumplimiento de la vigente Ley de Aguas, se antepusieran los planes hidrológicos de cuenca y, por tanto, se diera prioridad a las propuestas de los diferentes territorios.

El hecho de que se demonizara la subordinación de lo aragonés al centralismo político y que las direcciones aragonesas de los principales partidos estatales simbolizaran esa dependencia revela la fuerza del pulso político que se libró en este intercambio simbólico y la puesta en juego de la hegemonía política a través de los mensajes. La recuperación de la autoestima colectiva que mostraron algunos comportamientos sociales, la ubicación de lo aragonés en espacios centrales de la socialidad comunitaria, la resemantización de algunos atributos identitarios aragoneses e, incluso, la pérdida de aprecio social que sufrieron algunos de los actores sociales que personificaron el *centralismo* confirma que, al menos, se cambió la tendencia secular a desvalorizar lo aragonés y a verlo desde el prestigio de lo español. Incluso, la actitud defensiva y victimista por parte de quienes impulsaban la autonomía plena se revela parte de una estrategia dirigida también a lograr la adhesión social y, por tanto, a hacer frente el poder con que se formuló lo español. En la polémica hidráulica Chunta Aragonesista puso de manifiesto esa conciencia de que lo aragonés era débil al acusar al Gobierno Central de estar impulsando "una campaña desinformativa y propagandística" para "expoliar" el agua contra "la voluntad de los aragoneses" (El Periódico, 17.1.93). Este reenvío al colonialismo interior sugiere que, si los promotores del Pacto Autonómico y del Plan Hidrológico

cubrieron sus conductas bajo el patriotismo de estado, los impulsores de la movilización aragonesa enfrentaron esa lógica recubiertos también bajo la bandera de los intereses aragoneses.

Los mismos medios de comunicación se apropiaron de esa retórica para construir sus relatos y, por tanto, se convirtieron en agentes centrales de la puesta en cuestión que vivió lo español en esta movilización. Los impulsores de la autonomía plena respetaron el sentimiento de membresía en lo español y en el estado, salvo algunas excepciones (4.1.2; 4.1.2.1): El Presidente de la Comunidad Autónoma repitió que la demanda de mayor autonomía no iba contra el Estado y, aunque con alusiones a su carácter de madrastra, el Justicia enfatizó las referencias filiales a España a las puertas del Congreso. En esa lógica de asunción de la integración en lo español, los medios alentaron el sentimiento de menosprecio y, por tanto, el impulso de rechazo a la subordinación política, económica y social de lo aragonés a lo español que estaba propiciando el *centralismo*. La escasa noticiabilidad que TVE encontró en las manifestaciones autonomistas fue vivida tímoticamente por los medios aragoneses (*La tele pública ignoró otra vez a Aragón*, Heraldo, 24.4.93; *TVE fue la más cicatera*, Diario 16, 17.11.92) y hasta dio paso a lecturas que cuestionaban su capacidad de integración (*Televisión ¿española?*, Roldán, C. Heraldo, 24.4.93); después del acto ante el Congreso, Diario 16 Aragón contraponía el calificativo de "manifestación sin precedentes" dado por TV3 o el extenso tratamiento de las televisiones autonómicas y privadas con el minuto y medio que TVE le había dedicado al final de su telediario; tras 23 de abril de 1993, Heraldo atribuyó a Antena 3 y Tele 5 "todo lo que le faltó a Televisión Española: objetividad, respeto al derecho de la información y sentido común" (24.4.93):

"Ayer la tele de Madrid resolvió en menos de un minuto la histórica manifestación; un agravio más o la relativización de las emociones. Depende" J. L.Ainoza. *La llave de la despensa*. El Periódico. 24.4.92).

"[...] hace inevitable pensar que el Gobierno socialista - enemigo acérrimo de la manifestación del 23 A- ordenó manipular y empequeñecer lo que fue un clamor popular, pocas veces igualado en otras Autonomías", Heraldo, *Manipulación y desprecio*, 25.4.92 [editorial]).

"[...] De las circunstancias que se van conociendo sobre la iniciativa, la más relevante e inédita es que Marco ha presentado en Madrid los hechos consumados. ¡Albricias! Jamás había osado un secretario socialista mostrar tal grado de emancipación [...] Que Marco lo haya hecho habla en su favor" (Fatás, G. *Moción de censura*. 12.9.93).

El hecho de que este pulso de los medios aragoneses con sus homólogos estatales quedara mediado por los intereses comerciales de unos y otros no quita relevancia a su valor político, porque demuestra que la puesta en juego de relaciones de poder entre lo estatal y lo aragonés trascendió lo político e institucional para trasladarse a lo económico y a lo social. Hobsbawm (1991: 98) señala que el patriotismo de estado deviene en "un recurso poderosísimo para el gobierno", puesto que lo legitima socialmente y facilita la integración de las masas en el Estado democrático. Al presentar el Plan Hidrológico como una expresión de su responsabilidad de garantizar la solidaridad y la vertebración territorial o al ligar el Pacto Autonómico a la modernización y la cohesión nacional del Estado, el Gobierno Central se apropió de la representación de lo español y lo estatal para defender sus propuestas políticas. Pero algunos medios de ámbito estatal, de forma preferente El País, prolongaron ese discurso gubernamental, hasta el punto de que puede afirmarse que representaron la movilización aragonesa desde una posición de poder y de superioridad sobre lo aragonés similar a la que esgrimió el discurso del Gobierno Central. Podría inferirse, siguiendo a Fox (1997: 147), que la concepción centralizadora y unitaria de España ha hecho del pensamiento liberal un aliado difícil para los nacionalismos periféricos (Fox, 1997: 147). Pero, como compartieron esa posición casi todos los medios de ámbito estatal, incluso entrando en contradicción con sus redacciones aragonesas, sugiere más bien que los medios de comunicación continúan construyendo las identidades estatales a la manera que hicieron en el siglo XIX (Hobsbawm, 1991; Keating, 1996; Morley, 1997)).

En esa lógica el discurso de lo español se apoyó, de forma importante, en el sistema medial de ámbito español: En algunos momentos la posición del Gobierno Central contó con la oposición de los medios más ligados al proyecto conservador del Partido Popular, pero en otros incluso estos se expresaron desde el patriotismo de Estado. Esa instrumentalización de lo público y ese esquematismo discursivo presentó las posiciones aragonesas como expresión de la insolidaridad territorial y de una concepción periclitada de la agricultura (4.2.1.3), mientras el Pacto Autonómico y el Plan Hidrológico eran asociados, respectivamente, con la modernización política del estado y el desarrollo económico de España. En otros casos, el uso de la noticiabilidad reveló su visión centralista de España, como prueba que concedieran a la concentración de siete mil aragoneses ante el Congreso todo el protagonismo que habían negado durante dos años a la movilización de amplios sectores sociales aragoneses y a la manifestación de ciento veinte mil personas dos veces en Zaragoza (166). El 16.11.92 El Mundo enfatizaba que *Diez mil aragoneses se manifestaron ayer en Madrid para reivindicar Plena autonomía* (en interior, a 4 cols) y Diario 16 titulaba que *El Gobierno no pudo impedir la concentración de aragoneses reclamando plena autonomía* (a toda página), denotando en ambos casos una lectura del acontecer autonomista desde el centro político. Esa interpretación

sugiere el tratamiento de El País, cuando el 15.11.92 valoraba que *El regionalismo aragonés desafía al Gobierno con una marcha hoy en Madrid* (a 3 columnas, sección de nacional) y, un día después, abría edición titulado que *7.000 mil aragoneses protestan en Madrid por su agravio comparativo con Cataluña y Euskadi* (3 cols) e incluyendo en el antetítulo que *El Justicia de Aragón pide en nombre de los partidos la rebelión de las autonomías de vía lenta*.

Además de que confirma el papel centralizador de los redes públicas de comunicación en la construcción y mantenimiento del estado nación (Hobsbawm, 1991; Keating, 1996), ese protagonismo de lo medial reenvía también al proceso secular que asoció el desarrollo con dejar de ser lo que fuimos para al fin ser modernos y, dentro de él, al papel central que desarrolló la clase (Martín Barbero, 1993: 170). Ese combate por los mercados y por la defensa de las Administraciones Públicas de los territorios en los que operaban como empresas informativas explicita los diferentes intereses que movieron en este conflicto a las burguesías aragonesas y española. Si se analiza el Plan Hidrológico, la construcción de múltiples trasvases beneficiaba, entre otros, a las grandes constructoras o a los grandes conglomerados empresariales del ocio y servicios; por el contrario, esa pérdida del recurso agua perjudicaba al sector agrario, pero también las expectativas del tejido empresarial de Aragón (DGA, 1992b). De esa situación previa no debe inferirse que el sistema medial estatal y aragonés operó como mero transmisor de los intereses de los sectores dominantes, pero, al menos, cabe admitir que esa mediación de las relaciones económicas determinó algunos aspectos del intercambio simbólico y, por tanto, del pulso por el poder que propiciaron los discursos. En línea con lo apuntado por Hardin (1997) o por Nagel y Olzak (1997), Jiménez Redondo destaca la centralidad de los intereses comunes en la cohesión interna de una sociedad y en la refundación de las identidades colectivas (en Habermas, 1997: 29). En este proceso esa solidaridad de los intereses compartidos alimentó muchos de los usos de las identidades aragonesa y española, hasta el punto de que la clase se combinó con lo territorial cuando, siguiendo a Hobsbawm (1991: 95), los dos gobiernos enfrentaron sus posiciones identificando el Estado o las Instituciones autonómicas con el pueblo soberano.

Esa actualización de la tendencia del estado moderno a encarnar la nación (Martín Barbero, 1993: 170) explica, primero, que un informe del Gobierno Central considerara que la propuesta de Estatuto de Autonomía que había redactado una comisión de las Cortes de Aragón buscaba "un debilitamiento del Estado o de la posición del Estado" y, segundo, que fuera difundido por la Delegación de la Agencia Efe en Aragón el 24 de enero 1993, usando por tanto los dispositivos estatales al servicio de los intereses gubernamentales. Si se une esta instrumentalización política a la

que el nacionalismo moderado aragonés hizo del Gobierno de Aragón (4.1.1.1), se explicita que, mediada por la clase y el territorio, la centralización política concentró gran parte del combate partidista e intergubernamental y simbolizó, en gran medida, el conflicto sobre el poder. A la demonización de la movilización aragonesa y de quienes la impulsaban por parte del PSOE y del Gobierno Central, ya fuera a través de ministros, como J. M. Eguiagaray y J. Borrell, o de altos cargos de la Administración Central, como F. Peña, la Mesa de partidos y el nacionalismo aragonés se aprovecharon del clima de opinión para presentar el discurso centralista como un símbolo de la decadencia aragonesa y, por tanto, como un peligro para los intereses colectivos. Los *media* aragoneses (167) completaron esa estigmatización del *centralismo* mediante relatos personalizadores que hicieron de esos ministros o altos cargos los agresores de Aragón (3.2.1). En cualquier caso, esa dignificación de lo aragonés a partir de la autonomía plena y la demonización de lo español a partir del centralismo quebró con la moción de censura, como prueban el sentimiento de vergüenza social reflejado en varios sondeos publicados por los medios y en algunos de sus editoriales o tertulias (168):

"[...] ahora sí que Aragón se está convirtiendo en el hazmerreir de España" (El Periódico. *Hazmerreir de España o Escándalo nacional*, Editorial. 16.9.93).

Raúl del Pozo comparó el orgullo de los aragoneses que hacían jurar sus Fueros a los Reyes de Castilla con el desprestigio traído por Gomáriz (Onda Cero).

"[...] la moción de censura ha sido otra aportación de la política aragonesa a la degradación de la vida nacional [...] a diferencia del pueblo, los partidos están dejando el nombre del antiguo reino [...] a la altura del betún" (Jiménez Losantos, F. *Otro espectáculo ético*, ABC, 9.9.93).

Según Llobera (1996), el proceso de integración que lleva a cabo el estado pone en juego a un tiempo los componentes territoriales y sociales. Y si el marxismo ha otorgado a los factores de clase y a las relaciones económicas la primacía en la construcción de las naciones (Gellner, 1983) hasta el punto de que se ha aceptado el carácter burgués del estado nación (Hobsbawm, 1991) y su papel como promotor y garantía del desarrollo económico (Keating, 1996), los enfoques culturalistas más recientes han hecho notar que el concepto gramsciano de hegemonía se concentra en el papel que las clases dominantes juegan en la producción de significación y, por tanto, en la construcción del asentimiento social (Ang, 1997: 89). Al analizar los mecanismos mediante los que el Estado actúa en funciones de clase, Gellner (1983) ha destacado como la industrialización creó un nuevo sistema de estratificación social que se solapó con diferencias culturales y en ese proceso sólo el estado podía

ofrecer a través del sistema educativo y de la burocracia el tipo de personas cultas que exigía la sociedad industrializada; Martín Barbero (1993: 170), por su parte, ha advertido también de que en esa lógica del industrialismo el estado se ha apropiado la regulación del acceso político y económico de las masas. Pero, como el desarrollo social ha revalorizado la erudición hasta convertirla en arma de dominio (Fox, 1996: 37), el estado ha tenido que compartir esa función de producción hegemónica de conocimiento y de representación de la cotidianidad social con otras instituciones sociales, de forma especial con las industrias culturales, primero el libro y la prensa (Esteinou, 1992), más recientemente, la cultura audiovisual (Dayan, 1997). En esa mutación los mecanismos de clase presentes en la producción hegemónica de mensajes, creencias y valores se han hecho especialmente complejos, más aún por los entrecruces de lo público con lo privado en esta fase de lo masivo y lo global (Morley, 1997: 31).

Partiendo de que, a diferencia de la movilización autonomista de los setenta, en este proceso social se dejaron notar mucho más los intereses territoriales que los de clase (4.2.3), las instituciones públicas y sociales se comportaron en determinados momentos desde lógicas de clase. En unas ocasiones esas conductas tuvieron referente económico, como cuando se leyó la autonomía plena en virtud de la desigualdad con Cataluña y País Vasco o cuando se formuló el problema hidráulico en clave de la España interior y el Arco mediterráneo; en otras, la clase se vistió de práctica social y cultural o de mensaje e intercambio simbólico, a la manera que con el pulso que mantuvieron la derecha y la izquierda española alrededor de la reivindicación aragonesa o con la noticiabilidad generada por el convenio televisivo. Incluso la activación de algunos estereotipos baturristas y la forma diversa en que estos fueron vividos por parte de quienes se oponían o apoyaban la reivindicación puso de manifiesto relaciones entre la clase y la producción de sentido que, siguiendo a Morley (1997: 30), afectan a la codificación o a las lecturas preferenciales suscitadas, pero, a la manera apuntada por Schröder (1997), también reenvían a la formación de la calidad y al gusto cultural. Por tanto, la pugna entre la fuerza hegemónica de lo español y la subcultura aragonesa se libró también en estos mecanismos discursivos y culturales que, por ello, se revelan aún más políticos (4.2.1.3). Con todo, este carácter estratégico del espacio público de comunicación y cultura rubrica la tesis de Hagen Schulze (1997) de que, desde que se fusionaron la tradición francesa y alemana sobre la nación en el último tercio del siglo XIX, la identidad nacional basada en la cultura se funde con la lealtad del Estado basado en el territorio.

Entre el determinismo de lo económico sobre cualquier tipo de práctica social que ha enfatizado el marxismo y la relativa autonomía entre economía y producción simbólica que han afirmado algunos

enfoques culturalistas (3; 4.1; 4.2), el apoyo a la demanda aragonesa de igualdad autonómica (169) por parte de algunos tertulianos radiofónicos y articulistas próximos al PP o el respaldo de El País al Plan Hidrológico Nacional sugiere el intento de esas empresas mediáticas por prolongar el cerco al felipismo a través del malestar aragonés o por protegerlo descalificando la posición aragonesa. El hecho de que unos y otros usaran el acontecer aragonés en función de su proximidad o distancia ideológica con el Gobierno que presidía Felipe González explicita esa vivencia de lo aragonés en clave de política española y, por tanto, hace visibles nuevos efectos de la hegemonía de lo español en este acontecer social (4.2.1.1). En esa perspectiva el realineamiento electoral que tuvo lugar en Aragón en 1993 aparece como una expresión más de la revitalización de lo aragonés y, al mismo tiempo, como una respuesta a la búsqueda del voto del sur y del arco mediterráneo que, en pleno contexto de sequía, anidaba en la propuesta trasvasista del Ministro Borrell. En cualquier caso, esa cara política y partidista del pulso entre lo español y lo aragonés se revela especialmente ideológica, porque esas intenciones electorales quedaron enmascaradas, en un caso bajo el discurso de la igualdad de oportunidades y la calidad de vida, y en el otro bajo la lógica de la modernización y la solidaridad:

"La deuda histórica que España tiene con Aragón ha aumentado con los socialistas, que por negarnos nos han negado hasta el derecho a ser" (Mur, J.M. *De la ilusión al desencanto*. Diario 16 Aragón. 27.10.92).

"Los gritos airados de los aragoneses tienen que ver con este complejo estado de una cuestión autonómica a la que no se le ve una salida que establezca y defina de una vez el modelo de Estado español [...] Hoy ha sido Aragón, pero mañana pueden ser, exactamente por los mismos motivos, todas las autonomías las que manifiesten un irredentismo sencillamente inviable" (D 16 17.11, *Aragón y la solidaridad*, editorial, 17.11,92).

"[...] cuando pienso en la escandalera que a mi me organizaban pidiendo lo imposible para pasado mañana y veo ahora que han pasado dos años y no han movido ni un gramo de tierra ni han gastado una peseta, pues pienso que, desgraciadamente, la demagogia y la falsedad en política, a veces, son rentables" (Borrell, J. *No somos David contra Goliath*, Heraldo, 19.4.98).

Esta estructura de oportunidad política o, en otras palabras, el uso que unos y otros hicieron de la coyuntura política explica una parte importante de ese componente ideológico de los discursos, pero también ese esquematismo retórico en la forma de pensar el acontecer. El aragonesismo político abunda en referentes conservadores, aunque durante la transición a la democracia la bandera

autonomista la protagonizó en mayor medida la izquierda; también el modelo autonómico fue auspiciado en esas fechas por el pacto PSOE-UCD, mientras Alianza Popular se mantenía reticente por considerarlo un peligro para la unidad del Estado. Igual que la crisis del proyecto español que lideró F. González facilitó que el Partido Popular se vistiera de autonomista en Aragón y en España, los sectores sociales aragoneses de centro derecha encontraron más fácil su adhesión a la autonomía plena; en cambio, la presencia de IU y Chunta Aragonesista en el bloque impulsor de la movilización no oculta que, como ha anotado Garcés (1997), la izquierda dejó que el centro derecha se apropiara la bandera autonomista. A diferencia de Cataluña donde el sindicalismo y la izquierda reconocen la identidad catalana y se ha pronunciado a favor del federalismo (Keating, 1996: 180), el movimiento obrero aragonés mostró abundantes reticencias ante la demanda de autonomía plena. Esa conducta sugiere, por un lado, la dificultad para integrar territorio y clase en su discurso que Hobsbawm (1991) atribuye a actitudes históricas del movimiento obrero; pero, por otro, esta dificultad de la izquierda política y social para incardinarse en la autonomía plena recuerda las dificultades del nacionalismo conservador catalán tras apoyar la dictadura de Primo de Rivera (Keating, 1996: 147) y, por tanto, confirma el grado de integración en el estado nación que ha alcanzado en Aragón (170).

Gellner (1983) apunta la posibilidad de que la alianza entre una intelectualidad culturalmente desplazada y un proletariado sobreexplotado conduzca a una secesión nacional. Sin embargo, como han puesto de manifiesto Nagel y Olzak (1997) o Hardin (1997), en las sociedades modernas las movilizaciones identitarias aparecen más bien economías urbanas y desarrolladas. De hecho, pese al grado de desarrollo económico de la ciudad de Zaragoza, la autonomía plena se gestó en sus clases medias urbanas y no en las comarcas más deprimidas de Aragón. Aún con los componentes económicos de la autonomía plena o del agua e, incluso, con la mediación de la crisis económica, esta movilización aragonesa puso en juego lo estatal y lo español a partir del sentimiento de agravio, de la conciencia de ser tratado injustamente, por tanto de elementos esencialmente tímicos. En esa lógica adquieren valor la primacía de los elementos culturales sobre los económicos o las dificultades de la izquierda para discursivizar de forma propagandísticamente eficaz lo social. En cambio, la burguesía aragonesa encontró en esa lógica el enmascaramiento necesaria para que la promesa autonomista ocultara las desigualdades sociales y territoriales de Aragón e, incluso, la pérdida de competitividad respecto a otros territorios (4.1.1.4). Además, la discursivización de la reivindicación aragonesa que hicieron las instituciones autonómicas o los medios consolidó el liderazgo ideológico de lo burgués, al mismo tiempo que convirtió a este sector social en portavoz de los intereses colectivos. Al asociar el autogobierno y el agua con la promesa de una mejor calidad de vida y de la igualdad de oportunidades para todos los aragoneses o con la capacidad para crear empresas y empleo en el

entorno del naciente Mercado Interior, esa apropiación burguesa de la reivindicación colectiva revela estrategias dirigidas más hacia la dominación social que contra el Estado (4.2.3). De hecho, lejos de derivar en propuestas secesionistas, la demonización del centralismo político fue acompañada de reiteradas afirmaciones de lealtad constitucional y de asunción de lo español (4.1.2).

Esa adhesión de la burguesía aragonesa a la autonomía plena adquiere valor en su diálogo con la escasa valoración que ese sector dirigente ha mostrado hacia el aragonesismo político y hacia lo aragonés durante los últimos siglos. Mainer (1984: 237) y Beltrán (1995) sitúan la fijación de los primeros tópicos de lo aragonés en procesos culturales liberales y burgueses; Gaspar Torrente (1923) ya les reprochó que, aún sintiendo la reivindicación aragonesa, dieran más valor a "la chulería, la *moña*, y la pandereta que el sentimentalismo propio". A la manera del empeño que Keating (1996) atribuye a las clases medias escocesas por dar un tono inglés a sus modales con el fin de progresar en el estado creado por la Unión, la burguesía aragonesa ha asociado lo español con mayores oportunidades profesionales y de negocio. De ese modelo han formado parte las reiteradas quejas de la nobleza aragonesa, la tendencia a culminar la carrera funcionarial en Madrid e, incluso, la conversión del Conde Aranda en un modelo de construcción de lo aragonés desde el centro político estatal. Aunque la reivindicación autonomista puede ser leída como una queja más de esas mismas élites dominantes, la presencia de algunos elementos ligados más bien al proceso de la globalización sugiere que lo burgués cambió en esta ocasión esa orientación secular que únicamente miraba al estado y que, por ello, ha facilitado la aculturación de lo aragonés. En esa emergencia postmoderna de lo subestatal y de lo global las clases dirigentes aragoneses encontraron nuevos sentidos al papel de lo público como gestor de lo territorial.

De hecho, a la manera que se había hecho antes con el estado nación, el sector empresarial reclamó un cierto proteccionismo a las instituciones públicas aragonesas y convirtió el autogobierno en factor clave de competitividad, como refleja el Plan Estratégico (DGA, 1992b). Esa lógica de clase emergió en determinados momentos de la reivindicación, en unos casos porque asociaron el autogobierno y el agua con la competitividad territorial o usaron el discurso de la desigualdad para reclamar que el Estado autonómico respetara la unidad de mercado. Incluso, cuando se apropiaron la conciencia social de dependencia económica, la formularon ideológicamente para exacerbar el sentimiento identitario aragonés y reforzar el cerco político del centro derecha al felipismo mediante la denuncia de la política de inversiones del Gobierno Central en Andalucía, a la manera de lo que sucedió en Escocia por las políticas tatcherianas favorables al sur de Inglaterra (Keating, 1996). Pero, si ese juego de intereses de clase compartidos facilitó el liderazgo burgués de la movilización autonomista, esa

misma lógica propició también su final. El hecho de que la moción de censura, y por tanto el cambio de proyecto político en las instituciones aragonesas, fuera precedida de un conflicto empresarial que convirtió en adversarios a quienes habían impulsado juntos la reivindicación corrobora que, aunque unos y otros se involucraran en la bandera aragonesa, su protagonismo en aquel acontecer estuvo principalmente mediado por sus intereses particulares. Más aún, cuando estos se sintieron en peligro, los medios dieron primacía a la lucha por el poder en el interior de la sociedad aragonesa, aún a costa de disolver la movilización ante el Gobierno Central:

"[...] El Gobierno Eiroa ha caído por sus propios fallos. [...] Incluso su derrota en las Cortes pareció llegarle como un acontecimiento imprevisto". Heraldo, *Le tomamos la palabra*, 16.9.93)

"[...] unas circunstancias políticas favorables y una enorme presión desde determinados poderes fácticos hacia el Gobierno Eiroa" (*Por qué gana Marco*, Berdún. EP 16.9.93).

"Un aragonés llegó a ser Presidente del Consejo de Castilla, capitán general de Castilla, supremo magistrado y comandante general del Ejército y la Policía, esto es máximo director de los intereses nacionales y, sin embargo, nunca abandonó la visión de lo aragonés, [...] logrando una acabada simbiosis entre lo nacional y lo regional (Cristóbal Montes, A. *A propósito del Conde Aranda*, Heraldo, 26.4.98: 25).

Esta prueba de que lo burgués construyó la significación de lo aragonés a través de la autonomía plena o el agua y lo disolvió aclara el valor ideológico del apoyo dado a la reivindicación por la Iglesia y las organizaciones empresariales o al silencio que estas mantuvieron con motivo de la moción de censura y de la polémica audiovisual. Y, sobre todo, demuestra que la colaboración del Gobierno autónomo con los medios aragoneses sólo fue posible mientras ambos compartieron intereses económicos o de mercado. Heraldo y Radio Zaragoza se convirtieron en vanguardia de la puesta en cuestión de la identidad española y estatal cuando esa conexión con las instituciones beneficiaba a sus intereses empresariales, de forma especial la fidelización de electores y lectores o audiencias. Desde esa posición denostaron el tono centralista y antiaragonés del tratamiento que El País y TVE dieron a la sequía al comienzo de 1993; de hecho, si las Elecciones Generales demostraron que el PAR amplió su espacio político hasta duplicarlo, los datos de control de la Oficina para la Justificación para la Difusión corroboran que la polémica autonomista y audiovisual derivó en un aumento del consumo de prensa escrita superior al de la mayoría de las Comunidades Autónomas (171). Esa ligazón superestructural de instituciones públicas y medios hegemónicos favoreció la

dignificación social de lo aragonés y la desvalorización de algunos aspectos de lo español, de la misma forma que su enfrentamiento como poderes sociales facilitó la quiebra de la reivindicación.

Esa colaboración de instituciones públicas y medios trabajó, en gran medida, el liderazgo de lo burgués. En concreto, dotó de nuevos atributos a la identidad aragonesa e hizo posible la resemantización de otros, como el Pilar y el Ebro, símbolos asociados al españolismo conservador y, también, al aragonesismo moderado. Fox (1997: 193) señala que el discurso pilarista se inserta en la visión de lo español que el nacional catolicismo acabó plasmando durante la Dictadura de Primo de Rivera, como alternativa consistente a la visión liberal. Esta estrategia, o la que Mairal (1995) atribuye al Conde Duque de Olivares, ejemplifican la tesis de Llobera (1996: 196) de que "Iglesia y estado han trabajado históricamente al unísono para desarrollar poderosos símbolos de solidaridad nacional y para movilizar profundos niveles de motivación personal con el fin de conseguir objetivos nacionales. Ante esa dinámica de construcción de lo español, la concentración autonomista en la Plaza del Pilar el 23.4.93, igual que el protagonismo concedido al Ebro, sugiere un intento de resemantizar dos de las ideas más representativas de la aculturación política y social de lo aragonés. En concreto, al poner ambas en relación con reivindicaciones políticas de autogobierno, se infiere una voluntad de aprovechar la capacidad de identificación que ambos símbolos generan hoy entre los aragoneses para nacionalizar la autonomía plena y el agua.

Este entrecruce de los tópicos con los nuevos atributos identitarios denota que se operó un rediseño de lo aragonés y que, pese a su racionalidad burguesa, esa estrategia se apoyó en los componentes míticos emocionales. La exaltación de la soberanía política que suponía cantar el *Himno a la libertad* de Labordeta a las puertas del Pilar dialoga con el etnonacionalismo del PAR cuando asociaba la demanda de autonomía plena y la lucha por las libertades del protonacionalismo aragonés (Eiroa, 1992a). Lo estatal se defendió de esos registros pasionales, esgrimiendo la acusación de abertzalismo. La primera vez que el Presidente de Aragón anunció su intención de pedir que se convocara un referéndum sobre la autonomía plena, los socialistas aragoneses le acusaron de "caer en una preocupante batasunización" (El Periódico, 30.4.92). La cobertura que los medios aragoneses dieron a este discurso se revelan tan decisivos para que no afectaran a la vivencia social de lo aragonés como ideológicos por su motivación mercantil: A la prensa aragonesa aquella esa decisión le pareció "un inteligente paso adelante para superar el actual bloqueo de la situación" (Heraldo, editorial), "una iniciativa positiva [...], su regate es un alarde de habilidad" (Berdún, J.J. en Diario 16 Aragón) o una forma de "mantener la iniciativa política en el debate autonómico" (El Día, editorial). Las dos veces que el Presidente del PAR advirtió de que podrían surgir grupos violentos que reclamaran el

autogobierno, si la reivindicación autonómica, expresada masivamente de forma pacífica, no era atendida, sólo los medios más próximos al PSOE criticaron con claridad esa declaración (El Día, *El resbalón del PAR*, editorial, 28.4).

Los medios devinieron, pues, en constructores y garantes de una retórica identitaria, mezcla de racionalidad burguesa, espectáculo popular y mito colectivo, que hizo posible la adhesión social (3.2; 3.1.2). Aunque los cambios institucionales fueran escasos e, incluso, las relaciones políticas y sociales entre el Estado y Aragón se mantuvieran se mantuvieran, la sociedad aragonesa demostró a través de la fiesta y la movilización colectiva que, a la manera sugerida por Curran (1997: 66), los grupos y culturas dependientes encuentran soluciones imaginarias para su posición de subordinación, ya sea para resistirla o subvertirla. Ese horizonte da valor a la sugerencia del nacionalismo moderado de responder al bloqueo socialista reclamando la soberanía política por vía plebiscitaria o a través de la violencia y, sobre todo, a que estas dos propuestas apenas suscitaran rechazo social. Sólo el Presidente de las Cortes, Angel Cristóbal Montes (PP), calificó en 1993 de aberración política la propuesta de pedir un referéndum, pero un año antes la había considerado una hábil maniobra política. Y, en un sondeo de calle ninguno de los cinco encuestados (El Día, 29.4.92) condenó la alusión a la violencia; dos de ellos coincidieron en que "por lo que se ha visto en el norte es la única manera de conseguir algo" o de hacer comprender al Gobierno Central que Aragón "quiere y exige una autonomía plena y estamos dispuestos a luchar por conseguirla". El apoyo social obtenido por la reivindicación, la exaltación identitaria que generó en los sectores urbanos, la quiebra que supuso durante meses en tendencias seculares, como la asunción de la subordinación a lo español, demuestra que el resultado de esa apuesta no puede medirse a partir de que lograra parar la tramitación del Plan Hidrológico o de que no evitara el bloqueo a la reforma del Estatuto en las Cortes Generales:

"[...] los análisis políticos con los que el jacobinismo madrileño se enfrenta a las reivindicaciones aragonesas son bromas de párvulos sin gracia alguna" (Porquet Gombau. *Reivindicaciones*, Diario del Altoaragón, 17.11.92).

"Aragón, paradigma de los pueblos de España, disfruta de los beneficios de un Estado descentralizado y sufre las consecuencias de un particularismo pequeño-nacionalista insolidario. Aquí radican, a la vez, nuestra esperanza de futuro y nuestro peligro" (Marco, J. *Un primer decenio para la historia*. Diario 16 Aragón, 27.10.92).

"Esa imagen de solidaridad y de integración que ustedes dieron entonces ahora se puede ver menoscabada, porque ustedes hablan de España cuando quieren, pero

cuando se trata de arrimar el hombro, en este caso el aljibe, están ustedes esquivos"
(Luis Herrero, La Linterna, Cadena Cope. Entrevista a Emilio Eiroa, 15.1.93).

Una parte del pensamiento social sobre las identidades colectivas en España acepta que "los nacionalismos están aparentemente encauzados en el Estado de las Autonomías" (Acuña, 1994). Sin embargo, no faltan matizaciones a la fortaleza del Estado ni a la capacidad de integración de lo español. El nacional catolicismo o el españolismo liberal "parten de la creencia de que existe entre los españoles la conciencia y el sentimiento de una unidad, no ya como Estado, sino como nación" (Fox, 1997: 202) e, incluso, enfatizan de igual manera la unidad nacional como un principio básico de su percepción de España (Ibíd, 62). Por eso, ambos asumen la hipótesis menos ideologizada de que España conforma un estado débil, aunque discrepan en las causas de esa debilidad: La derecha españolista enfatiza que "existe hoy una tentación separatista" en sectores importantes de los partidos nacionalistas mayoritarios en Cataluña y Euskadi (Platón, 1994: 306); el discurso liberal enfatiza el contraste entre la presión de esos nacionalismos y su chantaje mediante exigencias políticas o la amenaza de la violencia y la desaparición del proyecto españolista "como estado de opinión y como fuerza política" (Juliá, 1998). Desde otras perspectivas se asocia esa debilidad de lo español con las ambiguas aspiraciones secesionistas de sus autogobiernos internos o a la incapacidad política de la Monarquía española para crear un estado centralizado y cohesionado nacionalmente (Keating, 1996: 188) e, incluso, con que "el desprestigio de la identidad unitaria española" ha sido el principal legado del franquismo y, además, apenas se han realizado "intentos de conciliación territorial interna" (Moreno, 1997: 142).

Martín Barbero (1993: 165) relaciona esa dificultad de los estados hispanoamericanos para articular proyectos nacionales en que unos estados se hicieron naciones mucho después de su construcción y otras naciones tardaron en consolidarse como estados. Trasladando ese análisis a la situación española, otros análisis relacionan la debilidad de lo español como discurso de poder a las diferentes temporalidades de las identidades territoriales del Estado y a los *destiempos* con que se han construido lo español y el Estado. García de Cortazar (1994) sitúa en la Edad Media, e incluso en la romanización la concepción unitaria de la península ibérica expresada en la idea de *Hispania*; y quienes, como Maravall y Sánchez Albornoz, enfatizan que España fue la primera nación europea (172) o, a la manera de Menéndez Pidal, arguyen una supuesta visión de lo hispánico en los textos castellanos medievales para encontrar en el Reino de León la continuidad de *Hispania*. Sin embargo, la reflexión mayoritaria sobre lo español asume que en España, una de las primeras *politeyas* de la modernidad, el estado precedió a la nación (Moreno, 1997; Llobera, 1996). Al enfatizar que, en gran

medida, el Estado español centralizado fue configurado por el liberalismo moderado durante el periodo 1835-40, el pensamiento liberal asume que al final de la Edad Media no se puede hablar "de una *nación española* y ni siquiera de un *estado español*" (Llobera, 1996: 115) e, incluso, que aquel protonacionalismo no logró salvar "la resistencia, [...] regional" y de "las fuerzas intermedias que existían entre el estado y el individuo" (Ibid, 157) ni cohesionar una nación que, como la mayoría de estados absolutistas, era un conjunto de nacionalidades bajo un mismo gobierno (Fox, 1997: 85).

Por más que el nacional catolicismo ha ligado lo español al proyecto de los Habsburgo, apoyado en el Rey como símbolo de la unión nacional y, sobre todo, en la instrumentalización del catolicismo facilitada por el regalismo hispánico (173), el pensamiento liberal centra la nacionalización de lo español en el siglo XIX, hasta el punto de que algunas voces destacan que sólo a partir de 1876 se contruyó una identidad nacional que sirvió para legitimar el Estado liberal español. Si se parte del razonamiento de Fox (1997: 55), que el servicio militar no fuera universal hasta 1911, que no existiera una bandera nacional hasta 1843 ni un himno nacional hasta el siglo XX y, sobre todo, que no se estableciera un sistema estatal de escolarización hasta después de 1850 prueba que España llegó tarde a la 'nacionalización' del pueblo. Se tome como referencia la hipótesis del españolismo conservador o la del liberal, lo español acusa evidentes destiempos entre la construcción del estado y de la nación española, lo que explica sus dificultades para integrar la pluralidad de identidades. Llobera (1996) destaca que, pese a haber aplicado el mejor modelo de emasculación de las identidades territoriales, el Estado español ha sido incapaz de resolver el problema de la diversidad territorial. A ese respecto, tal como lo detalla Fox (1997), la homogeneización de lo español reenvía a una serie de dispositivos políticos e institucionales, entre los que se encuentran la escolarización obligatoria, la estandarización de la historia a través del libro de Calleja-Lavissee, la configuración de una literatura española a partir del Centro de Estudios Históricos y de la Colección de Clásicos Castellanos, el desarrollo de las comunicaciones y el servicio militar obligatorio:

"La Guerra de la Independencia es la partida de nacimiento de la España actual, por lo que tiene de revolución iniciada pero fracasada y de quiebra de un modelo social imperante hasta ese momento [...]. A la postre lo que se dio en la Guerra de la Independencia condujo a que naciera en España un Estado centralizado, que fraguó entre 1824 y 1834 y que ha mantenido su vigencia hasta la última Constitución" (Armillas, J.A.1997).

"[...] en la España del siglo pasado no se dan, o no se dan con la misma intensidad, algunos de los acicates que en otros países europeos empujan a la movilización nacional.

Ni hay Estado que construir, como en Alemania o Italia; ni hay nación que defender contra impugnaciones nacionalistas de signos periféricos, ni imperio que levantar ni fronteras que asegurar [...] Pese a ello, las élites [...] del mismo modo que el grueso de nuestras complejas clases medias decimonónicas [...] participan de una conciencia nacional y de una ocasional movilización nacionalista cuyas raíces se remontan [...] a unos complejos antecedentes en la forma del protonacionalismo o nacionalismo dinástico" (De Blas, A.1997: 229).

"a pesar de los altibajos políticos que se han producido en España durante el siglo XX, ha sobrevivido institucionalizada una cultura nacional literaria y filosófica de carácter principalmente liberal. Fuera de los momentos tensos, o de censura u opresión, las historias de la literatura, las escuelas y las universidades, las editoriales, los críticos y los lectores de la clase media han favorecido en general las obras que proyectan esa identidad liberal [de España]" (Fox, 1997: 112).

Algunos de estos dispositivos se actualizaron durante la movilización autonomista, renovando o modificando las relaciones de poder y dominación que llevan asociados. El énfasis que tanto el nacional catolicismo como el españolismo liberal hacen del carácter unitario de España y del modelo homogeneizador que lo soporta latió en todas las acusaciones al abertzalismo y a la insolidaridad de la posición aragonesa e, incluso, en el traslado a lo baturro que unos y otros hicieron de algunos acontecimientos de la movilización (4.2.1.3). Schröder (1997: 122) recuerda que la socialización estética se articula alrededor del sistema educativo, lo que explica algunas formulaciones españolistas de lo aragonés e, incluso, la propia asunción de la inferioridad por parte de los impulsores aragonesistas de la movilización. Incluso, en el debate sobre los nacionalismos (174), organizado por el Seminario de Investigación para la paz y desarrollado en Zaragoza a lo largo de la primavera de 1993, se reprodujeron bastantes de los estereotipos liberales sobre la ideología nacionalista (Giner, 1994; López Aranguren, 1994) y también algunos de los reproches que se atribuyen al proyecto nacional español: Las dificultades para construir un Estado nación moderno en España porque no consiguieron aunar centralización política y cohesión nacional (Keating, 1996: 144-5) se convirtieron en ese debate en críticas a la falta de una potente escuela pública capaz de universalizar la lengua y la cultura (López, 1994: 25) o al criterio discriminatorio sobre el que se ha construido el Estado español moderno (Fernández Clemente, 1994). Cuando Partido Popular y Partido Socialista rechazaron los escasos atisbos secesionistas e, incluso, cualquier protagonismo de los nacionalismos periféricos en el Gobierno de España, se actualizó también esa hegemonía que vive la unidad del Estado como un

"programa de asimilación nacional" aún a costa de generar como contrapunto "el airado desafío de los nacionalismos vasco y catalán" (Moreno, 1997: 142-3).

En su diálogo simultáneo con el pasado y con la coyuntura política estatal, estas representaciones de lo aragonés y lo español dan visibilidad al pensamiento dominante que ha construido lo español. Pero, al mismo tiempo, esbozan miedos que sugieren un sentimiento de debilidad por parte de lo estatal que, en este caso, la crispación política acentuó. Apunta Curran (1997) que el concepto de poder social va ligado a bloques y relaciones sociales, pero que estas quedan lejos de ser estables; más bien, forman parte de procesos dinámicos. Esa lógica explica por qué, a la manera del proyecto de *Devolution* a Escocia (175), la descentralización autonómica española se ha formulado como una concesión del centro. Pero ese hacerse que define el poder explica también que, al usar esa debilidad de lo español o el sentimiento de agravio (Felices, 1994; Fernández Clemente, 1994; Eiroa, 1995), la reivindicación aragonesa puso en juego lo que De Certau llama tácticas de *los sin poder*, hasta el punto de que sacaron "algunas ventajas simbólicas y materiales", ahondando en los "intersticios de las estructuras y de las instituciones que controlan las estrategias de los poderosos" (en Morley, 1997: 35). En concreto, la conversión del acontecer aragonés en ariete que desgastó la mayoría socialista en las Cortes Generales sugiere que la débil legitimación social del Gobierno Central facilitó la receptividad territorial por parte de algunos sectores sociales españolistas a un discurso reivindicativo e identitario más radical e, incluso, que fuera apoyada por gran parte del bloque político y social de Aragón.

Como el estado es el único administrador legítimo de la violencia (López, 1994: 20), el aviso de que si no se atendía lo demandado en la calle podrían surgir grupos que lo exigieran mediante la violencia se revela transgresor de esa hegemonía; así lo señalaron los portavoces del PSOE. Sin embargo, la naturalidad con que actores sociales y opinión pública aragonesa asumieron esa declaración prueba la *democracia semiótica* de Morley (1997: 37). Más aún confirma la tesis de Fiske (1989) de que, pronunciados en un contexto, esos mensajes alternativos devienen en dispositivo de resistencia capaz de desestabilizar las significaciones del poder o, simplemente, en un uso de la función *extática* favorecedor del cambio social. Sin embargo, Schröder (1997: 120) ya afirma que ese impacto del placer sobre las relaciones de poder depende, en gran medida, de determinaciones exteriores al contexto medial y la situación aragonesa o española limitaba esa posibilidad. Con todo, la forma política festiva en que lo aragonés afrontó la movilización o se afirmó ante lo estatal y lo español queda lejos de la forma en que los aragoneses han vivido secularmente esa relación con lo español: Comparando esta reivindicación social con las quejas y las aspiraciones de la oligarquía aragonesa,

esa obsesión por participar e influir en el Estado que reenvía, sobre todo, al lobby liderado por Conde Aranda mutó aquí en una propuesta soberanista o en una construcción social de lo aragonés en espacios de poder y no siempre complementaria y dependiente de lo español:

"La proliferación de fuerzas con discursos localistas no ayuda a una construcción sensata del Estado. Los partidos que no ven más allá de lo que son los intereses o las reivindicaciones puramente locales no permiten la construcción del Estado" (Eguiagaray, J.M. El Periódico, 18.11.92).

"Un Gobierno formado por cinco o seis ministros nacionalistas [...] constituiría el mejor explosivo [...] para dinamitar el régimen democrático español y poner en peligro, incluso, la subsistencia misma de España como Estado" (Cristóbal Montes, A. *¿Tercera Vía?*. Diario 16. 19.11.92).

4.2.1.1. Dominio institucional y político

Jerónimo Borao (1986: 17) anotó que en la Edad Media "Aragón ostentó a veces cierta superioridad sobre Castilla en la esfera política, en la legal y aún en la lingüística"; sin embargo, su vivencia de lo aragonés mostró la asunción de que esta identidad se hallaba ya integrada en lo español. Su testimonio adquiere valor porque coincide con uno de los *renacimientos* de lo aragonés y, además, con el proceso de construcción de lo español puesto en marcha durante la Restauración. Dialoga, incluso, con el empeño por aragonesizar España mostrado décadas antes por Braulio Foz, aduciendo que "lo que hacían los antiguos aragoneses lo pueden hacer ahora los españoles" (en Fernández Clemente, 1995: 41). Y, sobre todo, dentro de la tendencia del discurso liberal asociar sus propuestas con el progreso a costa incluso de mitificar la historia (Fox, 1997: 60), esta aceptación de la dominación de lo estatal español se aleja de esa parte del pensamiento social que liga la decadencia de lo aragonés a la centralización política (Vidal, 1986; Mairal, 1995). La posición de Borao representa la reacción mayoritaria de las élites sociales aragonesas ante la unificación lingüística o jurídica: En 1726, al elaborarse el primer Diccionario de Autoridades, Siesso de Bolea se empeñó en que las voces aragonesas fueran reconocidas, lo que consiguió, según Gili Gaya, por "la consideración de Reino" (en Alvar Ezquerro, 1991: 33-4); pero, esa defensa no la vivieron "como algo fraccionante, diferenciador, sino con la pretensión de incorporarse al caudal común de la lengua" (Ibid, 32); un siglo después, la obsesión por un Código civil tampoco fue sentida como imposición o menosprecio a los Fueros, "sino como un ideal que llama a una tarea común, nacional española" y en el que

deberían subsumirse las legislaciones regionales, "muy señaladamente la aragonesa" (Serrano, 1992: 125).

Hobsbawm (1991: 42), destaca que la implantación de la racionalidad burguesa se vio favorecida por la idea de que "las nacionalidades pequeñas y atrasadas podían salir sumamente beneficiadas si se fundían para formar naciones mayores". Estas conductas sociales confirman que la clase dirigente aragonesa interiorizó mayoritariamente esa lógica de lo moderno, por más que en ese proceso se aculturó lo aragonés. Sólo sectores minoritarios, cuando no marginales, han hecho frente en una u otra época a esa homogeneización política, cultural, jurídica o lingüística que, en palabras de (Martín Barbero, 1993: 100), sometió la visión popular del mundo a la racionalidad burguesa desde el siglo XVI y, según Llobera (1996), impuso lo estatal sobre los particularismos territoriales. El Derecho foral soportó la generalización del Derecho romano y canónico, de forma que, aunque los Fueros se mantuvieron, el forista dejó de crear fuero y se convirtió en 'observador' o 'anotador' que recreaba aquel a partir del Derecho oficial; por tanto, el forista adoptaba una actitud cada vez más erudita y distante, viendo la foralidad como un producto del pasado, no como algo vivo (Serrano, 1992: 120-1). La interiorización social de ese discurso, trasladable también a la cultura popular (Bajtín, 1995; Martín Barbero, 1993), facilitó que desde 1711, fecha de los últimos decretos de Nueva Planta, no se creara Derecho aragonés y el ya existente se asimilara cada vez más al castellano, considerado ya como supletorio (Serrano, 1992: 122). De esa forma, "el Derecho castellano se moderniza, actualiza y sistematiza al elaborarse el Código civil, mientras que el resto de Derechos civiles españoles permanecen anquilosados en sus vetustos instrumentos sin posibilidades de reacción eficaz" (Ibíd, 126).

"Propiamente no hubo recepción, sino oposición política [...], resistencia, repudio consciente; lo que no pudo evitar, con todo, cierta penetración doctrinal e instrumental" (Serrano, 1992: 117).

"[...] Aragón perdió la esfera del Derecho procesal y mercantil y parte de la del Derecho Civil. Todas las materias o cuestiones que el progreso de la sociedad, de la economía o de las ideas hace surgir tras la Revolución francesa y que requieren la atención del legislador, la reciben invariablemente con leyes estatales para toda España. El Derecho Civil aragonés va coincidiendo cada vez más con los límites del Derecho civil tradicional" (Ibíd, 125).

Esta hegemonía tuvo mucho que ver con la construcción de nuevas instituciones nacionales y, por tanto, con los grupos sociales, la burguesía, y territorios, Castilla, que la lideraron. De ahí que explique las características más relevantes de la regionalización de lo aragonés como español y, también, de la conformación de un mapa social de identidades, en el que coexisten sin tensiones lo local, lo autonómico, lo estatal y lo global. En 1991 la Corona (7.2 sobre 10), las Fuerzas Armadas (5.5) y el Gobierno Central (5.6) merecían a los aragoneses una valoración superior a la media española (7, 4.9 y 5.3, respectivamente). Eso le permitió a Díez Nicolás (1991: 136) concluir que el grado de satisfacción de Aragón respecto al Estado era el más alto de las Comunidades Autónomas. Ese índice de integración en lo español se trasladaba a las instituciones públicas y a sus gestores: Los Gobiernos Central y Autonómico compartían valoración (5.6), pero este superaba la calificación media (5.2); Felipe González (5.8) sobrepasaba a Hipólito Gómez de las Rocas (5.4), pero ambos mejoraban la media nacional (5.7 y 5.2). Este grado de integración institucional y política en lo español aclara que, hasta 1993 el voto a partidos aragonesistas no hubiera superado, a la manera de Escocia (Keating, 1996), el 30 % en comicios autonómicos ni alcanzado el 20 % en comicios generales (Chueca [ed], 1995); y que, en el periodo 88-91 el consumo mediático se concentrara en medios de ámbito estatal, de forma que la audiencia de TVE 1 superó siempre el índice nacional, más aún en informativos (Díez Nicolás, 1991).

Tras su entrevista con Felipe González, el 18.6.92, el dirigente socialista, José Marco, afirmó que *"González no entiende lo que está pasando en Aragón"* y que *"está extrañado por apuestas autonómicas que se salen del mapa"*, hipérbole que sirvió para que Heraldo abriera edición con estas declaraciones. Como sugieren estas conductas, este proceso social explicitó la fuerza política de lo estatal y lo español, pero también puso en cuestión algunos de sus aspectos. En vísperas de la manifestación de 1993, el Gobierno de Aragón repartió, encartados junto a los diarios, más de ciento cincuenta mil sobres de semillas de una flor de primavera, la Coriopsis, cuyos colores coincidían con la bandera aragonesa. El texto enfatizaba que *"si las siembras y cuidas de que no les falte agua, estarás contribuyendo a perpetuar el símbolo de nuestra Autonomía. Verás como crece fuerte"*; la portada añadía que *"lo aragonés va a más. Crece fuerte. En equipo. Aragón es un valor en alza, que tu impulsas"*. Esta mezcla de realidad y ficción o su registro melodramático recuerdan el carácter de acontecimiento mediático (3.1.1), presente a lo largo de la movilización en otras conductas cargadas de simbolismo, de forma especial el *vía crucis* elaborado por el Rolde Choben o las monedas que esta organización entregó a los dirigentes de PSOE y PP. Leído en clave de identidad y poder, estas estrategias y dispositivos discursivos revela que se fortaleció social y políticamente lo aragonés, al mismo tiempo que lo estatal y lo español quedaron obligados a posiciones defensivas, cuando no de

resistencia. La exaltación identitaria de algunos momentos concretos, sobre todo en las semanas de la polémica hidráulica o de la concentración ante el Congreso, no sólo hicieron quebrar el nacionalismo incluyente del aragonesismo político; también generalizaron un clima de animadversión hacia quienes personificaban lo estatal y lo español que puso en peligro el mapa de identidades compartidas y el sentimiento de pertenencia al Estado.

Lacarra (1972) anota que el bloque dirigente aragonés expresó escasas reticencias tras las *Alteraciones* y los Decretos de Nueva Planta o en la Ilustración: El "anhelo separatista, [...] circunstancial que no tuvo transcendencia" (Ibid, 202) de algunos nobles no evitó que la unidad bajo la monarquía de los Habsburgo suscitara pocos celos en Aragón; más aún porque, un año antes de que se derogaran los fueros, la crisis económica fijó en la conciencia de esas clases dirigentes la interdependencia económica del "reino en relación con toda la monarquía española" (Ibídem); para Lacarra, las quejas de la aristocracia y la nobleza aragonesa del siglo XVIII ante la desaparición del aparato administrativo y político del Reino o el poder del Rey para elegir las personas que gobernarían en Aragón no oculta ni minusvalora que otras minorías sociales propiciaron y extendieron la integración en lo español. Con todo, minoritaria o no, una parte de la sociedad y del pensamiento identitario aragonés ha vivido trágicamente ese proceso secular que ha legitimado la centralización política: Para el aragonesismo, la pérdida de la independencia política fue "la muerte para todo" (Foz en Fernández Clemente, 1995: 42) o la disolución de Aragón en favor de tres provincias (Calvo Alfaro, 1933); más recientemente la asociación con Castilla ha sido vivida como "una conquista inmisericorde" (Vidal, 1986: 21) y la supresión de las instituciones del Reino, como una reconfiguración social que ligó lo aragonés a las devociones populares y a la imaginaria religiosa, situándola en "instancias cada vez más locales" (Mairal, 1996: 106); en lo que tuvo de diálogo con ese imaginario que denosta la centralización política y aspira a recuperar el valor político de lo aragonés, la movilización autonomista aparece como una movilización nacionalista y soberanista, o al menos como una nueva *queja*, ante la forma de gestionar el Estado unitario y centralizado:

iQuién te gobierna, reino desdichado!/Viles jurados, diputados viles,/y un virrey de un rey que no ha jurado,/que los manda como a sus alguaciles (Pasquín inserto en las puertas de La Seo, 1/2.9.1624. Lacarra, 1972: 200).

"¿Y cómo podemos ser aragoneses si Aragón no existe?. Porque Aragón no existe hoy. Lo que hay hoy son tres provincias que se llaman Zaragoza, Huesca y Teruel, dormidas, hostiles las unas a las otras (Calvo Alfaro, *Aragón Estado*, 1993).

"Aragón ha sido apartado de la esfera de las decisiones y ha sido manipulado sin tener en cuenta sus intereses y necesidades" (Vidal, 1986: 25).

Al analizar las transformaciones que ha experimentado el estado en la época moderna, Keating (1996: 28) recuerda que la soberanía era su atributo básico y que esta se traducía internamente en "la reducción de los privilegios e intereses tradicionales y su subordinación al Estado". En los siglos XVI y XVII el absolutismo se consolidó aboliendo las instituciones representativas nacionales y provinciales y centralizando la autoridad en las manos del monarca. En palabras de Llobera (1996: 20), eso eclipsó a los nacionalismos entonces emergentes; tras la Revolución francesa, se acentuó la disolución de las instituciones subestatales: Máiz (1997) anota, sin embargo, que esa supresión afectó a las zonas de influencia francesa, pero mucho menos a las áreas de tradición anglosajona. La centralización y la uniformidad política puede ser atribuida, como hace Fox (1997: 20), a la necesidad del estado para consolidarse sobre territorios heterogéneos, aunque ambas se incrustan, sobre todo, en la lógica de la modernización que impone durante siglos la cosmovisión burguesa (Martín Barbero, 1993). Con todo, a la manera apuntada por Keating (1996), la competición y la lucha de estados hizo que unos se consolidaran y otros desaparecieran o que algunas identidades etnonacionales emergieran o se reforzaran, en respuesta a esas presiones externas. Aragón mantuvo hasta 1707 su carácter de estado independiente y soberano mediante los Decretos de Nueva Planta: Si Escocia fue agregada a la Unión tras el soborno de una parte del parlamento escocés para que este votara su propia suspensión (Keating, 1996), la identidad política aragonesa fue disuelta aduciendo el derecho de conquista. Las diferencias derivadas de cada tradición política o del grado social de conciencia identitaria no oculta que la centralización y la uniformación política impuso a ambos, de forma más flexible en el modelo británico (Keating, 1996: 199), la unificación legislativa, monetaria, educativa, lingüística, cultural, militar, fiscal y judicial (Fox, 1997: 20).

Esta nueva dominación compartida, regida por la lógica del estado moderno y de quienes lo impulsaban en nombre de la modernidad, da valor al hecho de que, igual que Escocia ha mantenido una oposición secular a la *Scottish Oficce* (Keating, 1996: 202), una parte de las élites aragonesas haya rechazado la sustitución de sus instituciones políticas por entes administrativos o de sus leyes civiles por el unitarismo estatal. Más aún. En diciembre de 1992, veinticinco mil escoceses reclamaron en las calles de Edimburgo autonomía política, igual que un mes antes quince mil aragoneses habían reivindicado autogobierno pleno ante el Congreso. De este paralelismo histórico formó parte, también, la mitificación romántica del pasado, la inserción del sentimiento de culpa y menosprecio en sus realidades sociales y culturales por parte de la dominación estatal e, incluso, la conciencia de ser

discriminados en favor de otros territorios más desarrollados (176). Herder predijo que las naciones, como las plantas, crecen, florecen y marchitan; Poulanzas, además, les ha atribuido resistencia y capacidad de aguante, sobre todo si aúnan componentes políticos y culturales (en Llobera, 1996: 172). El hecho de que ambas sociedades tuvieran en aquellos meses los índices de desempleo más bajos de su historia más reciente y que los discursos sobre la identidad se construyeran sobre el sentimiento de discriminación (Keating, 1996; Eiroa, 1995) avisa de que ambos hicieron frente a esa lógica de lo moderno que mitificó el estado a costa de sacrificar el sentido político de cualquier tipo de identidad subestatal. Además, esa opción por la calle y la manifestación denota la táctica de combatir a la hegemonía en espacios inusuales para ella y mediante dispositivos que, ante la marginalidad en los espacios más institucionalizados de poder, hacen de la fiesta y la reivindicación, de lo pragmático y lo tímido, el cauce de expresión de una identidad nacional dominada y aculturada (3; 4.1.1; 4.1.2).

La movilización aragonesa se construyó sobre dos ideas fuerza: La demanda de autonomía plena, por tanto sobre la aspiración de mayor soberanía política, y la exigencia de que el Estado ejerciera con justicia su competencia de gestión territorial. Partiendo de que el estado se circunscribe a la esfera del poder político y de la autoridad, del derecho público y administrativo, de la burocracia; la sociedad civil coincide, por su parte con el ámbito de la ciudadanía, de las voluntades privadas, individuales o colectivas (López, 1994: 20). Al reivindicar mayor autogobierno y un trato más justo por parte del Estado, esa demanda, y en consecuencia la puesta en cuestión de lo español, se ubicó más en el terreno político e institucional que en el social. De hecho, su plasmación política se concretó en una reforma del Estatuto de Autonomía, elaborada y tramitada, primero, en las Cortes de Aragón y, luego, en las Cortes Generales. Y esos mismos espacios sociales recorrió el desarrollo del Pacto Autonómico. Sin embargo, a diferencia de los métodos y caminos elegidos por otras nacionalidades subestatales o nacionalismos regionales, esta movilización usó las instituciones, pero situó el combate en la calle y en la cultura de masas; no recurrió a la coerción física o a la fuerza militar ni se alimentó de ambiciones secesionistas; de hecho, se conformó con percepciones sociales de tipo tímido y una reforma estatutaria que apenas mejoraba el margen de soberanía, entre otras razones porque renunció a las posibilidades de la foralidad para fijar otra relación con el Estado (4.1.2.2). Igual que en otros acontecimientos de la globalización (177), los medios guiaron el acontecer y su construcción social a partir de los símbolos y los discursos sociales (3.1.2). Como demuestran las manifestaciones (*El particular Vía Crucis de la calle Alfonso*; Diario 16, 24.4.93), los medios se apropiaron de la realidad social a la manera que apunta Dayan (1997: 36) y dieron una visión de la participación social que denota la voluntad de dar espectáculo al público. Sin embargo, al mitificar lo social y problematizarlo

mediante el formato de la polémica medial, pusieron las condiciones para que, siguiendo a Saperas (1987), se multiplicaran sus efectos cognitivos y sociales.

Quienes leen las movilizaciones identitarias y los proyectos nacionales o, simplemente, las relaciones sociales de poder en términos de conflictos institucionales y de cambios del ordenamiento jurídico colectivo o del sistema social pueden concluir que este proceso social apenas modificó algunos aspectos de la dominación política. Esta centralidad mediática hizo, incluso, que las posiciones sobre la autonomía plena o los trasvases devinieran en frases esquemáticas y pensamientos lo suficientemente banales (3.2.2) para no merecer el valor de discurso político ni de proyecto nacional (4.1.2.3). Con todo, el papel jugado por los medios y su colaboración con el tejido institucional aragonés, en especial con el Gobierno Autónomo, trascendió los componentes comerciales o particulares de sus discursos y alcanzó su valor de instituciones sociales estratégicas en la sociedad postindustrial (3.1; 3.1.1.3): Aunque su apoyo fuera una cuestión instrumental más que una convicción ideológica, su mediación hizo posible que gran parte de la sociedad aragonesa interiorizara la movilización y se viviera a partir de ella como comunidad. La cultura de masas devino en espacio preferente donde se hizo y deshizo el pulso por el poder que acabó siendo la reivindicación: En unos casos, lideraron la construcción del pensamiento social, porque condicionaron los registros emocionales y dramáticos del sistema político e, incluso, le facilitaron los argumentos (Heraldo, *Demagogia antiaragonesa*, editorial, 14.1.93; entrevistas de I. Gabilondo, SER, y M. Campo Vidal, A3 TV al Presidente de Aragón); en otros, ahondaron en las contradicciones de quienes se oponían a la reivindicación, como prueba que convirtieran la polémica sobre la presencia de A. González Triviño, alcalde de Zaragoza, en el móvil de la primera manifestación (178). Algunos acontecimientos sólo existieron en los medios y otros, de forma especial las manifestaciones de Zaragoza y Madrid, fueron organizados para su representación mediática (3.1.2). Sin embargo, como la lucha por el poder se juega en los discursos y en la socialidad menos institucionalizada (Curran, 1998), eso no les quita valor político ni ideológico. Sobre todo, porque los sectores más dinámicos de la sociedad y, también, gran parte de la base social se implicaron en ese entrecruce de fiesta, espectáculo y reivindicación identitaria que cuestionó aspectos básicos de la racionalidad estatal (4.1; 4.2):

"¿Por qué entonces esos desmesurados debates, esas fintas y maniobras, cuando se trata de reivindicar la profundización del proceso autonómico aragonés? [...] Se dice que en el fondo de estas incógnitas, se encuentran los complejos de las organizaciones regionales de PSOE y PP que, mientras desean hacer méritos ante sus direcciones nacionales, temen la capacidad del PAR y de otros partidos para 'adueñarse' de la

voluntad popular y orientarla hacia 'tendencias disgregadoras'. [...] En nuestra Comunidades se está disparando el desempleo [...]. El pueblo aragonés les dará otra lección" (*El extraño pavor a la autonomía*, Heraldo 22.4.93).

"Ni el PAR, ni el PSOE, ni el resto de fuerzas políticas ha estado a la altura [...]. Hoy la gente saldrá a la calle, pero la mayoría no lo hará por lo que las fuerzas políticas han dicho" (Espada, N. El Periódico, 23.4.92).

El realineamiento electoral que produjo esta movilización social y la pasividad de la sociedad aragonesa ante la integración de la autonomía plena en el discurso centralista del PSOE muestran a un tiempo el peligro que vivió la dominación de lo estatal español y los límites políticos de esta reivindicación identitaria. En esa perspectiva la misma centralidad del espacio público mediatizado se revela a la vez expresión e instrumento de esa efervescencia, o al menos recuperación, política de lo aragonés dominado y símbolo de su carácter coyuntural o, lo que es lo mismo, de su volatilidad. Hallín y Mancini (1997: 200) destacan la capacidad de los acontecimientos mediáticos para borrar o difuminar "las distinciones sociales" y reunir a "la comunidad alrededor de valores compartidos y de un sentimiento de identidad común". La fuerza que este tipo de socialidad tuvo en esta movilización colectiva explica, por un lado, de qué forma los medios se convirtieron en vanguardia identidad y por qué las instituciones o algunos partidos los tomaron como un dispositivo estratégico para la adhesión social (3.2.2; 4.1.1; 4.1.2); pero, por otro, avisa la debilidad estructural de la subcultura territorial, porque, al someter los intereses de las instituciones públicas y de la comunidad a la lógica empresarial de los medios, pusieron las condiciones para que la hegemonía se recompusiera: Bastó que el conflicto televisivo les permitiera romper la colaboración política entre el Gobierno de Aragón y el sistema medial, para que esa misma lógica de negocio contribuyera a diluir la reivindicación igual que meses antes la había construido.

Cuando niega que la caída del muro de Berlín sea un caso de *mediarrevolución*, Hesse (1997: 176) aduce que eso "supondría reducir el papel del pueblo a una simple figuración". Trasladar esa reflexión a este proceso colectivo, supone matizar el valor político de ese protagonismo de los medios, pero también de la adhesión social a la autonomía plena y del liderazgo de las instituciones públicas aragonesas. Como el carácter simbólico del combate explica que no se deba medir su sentido político por la mayor o menor recuperación de la soberanía política, adquiere valor entonces la forma en que los diferentes grupos o sectores sociales se identificaron con esa lectura de lo real y, por tanto, de lo estatal español. En esa lógica la imagen pública de las instituciones públicas y de quienes las representaban expresan, también, la fuerza y los efectos de este pulso entre el Estado y una de sus

Comunidades Autónomas o, quizá mejor, entre el Gobierno Central y el Gobierno Autónomo de Aragón: Si en 1991 los aragoneses valoraban de forma similar a los Gobiernos Central y Autonómico (Díez Nicolas, 1991), meses después del Pacto Autonómico el 38,4 de los encuestados tenía muy o mala opinión del Gobierno Central [46,8 en Zaragoza ciudad], mientras que sólo 14,8 daba esa valoración al Gobierno de Aragón (Malo de Molina, 1992b); un año después el 67 % y el 64,1 veían poco influyente y débil a su Gobierno autónomo, pero el 52,9 lo consideraba autonomista y sólo el 26,1 tenía mala o muy mala opinión sobre él, pese a que valoraban por debajo del aprobado todas sus áreas de gestión; en cambio, el 47,7 % [51,4 en Zaragoza ciudad] tenía mala o muy mala opinión del Gobierno Central (Ansó, 1993a). Leído en clave de relaciones de poder, esta evolución en la imagen de las instituciones prueba que el Gobierno de Aragón o, en otras palabras, quienes personificaron lo aragonés durante la reivindicación hicieron frente con éxito de opinión a quienes, desde la política y los medios de ámbito estatal, impulsaron o defendieron el Pacto Autonómico y el anteproyecto de Plan Hidrológico.

Para Hegel, ser un pueblo implica estar organizado en un marco político que él asocia con el estado, por lo que el espíritu del pueblo cambia cuando sus instituciones cambian (en Llobera, 1996). El pensamiento social sobre lo aragonés tiende a leer la disolución de la identidad como un efecto de ese vacío institucional o, en otras palabras, de la falta de liderazgos (Lacarra, 1972; Vidal, 1986; Beltrán, 1995). Incluso, tras la recuperación del autogobierno, se ha afirmado, como una de las debilidades comunitarias, que el apego al nombre de Aragón supera en mucho a la estima por las instituciones de autogobierno (Bada, 1995). La percepción social corrobora que los aragoneses sentían que en su vida influían mucho más las decisiones del Gobierno Central y de los ayuntamientos que las de la Comunidad Autónoma (Díez Nicolás, 1992) o que su Gobierno autónomo carecía de poder de decisión [64,9 %, muy o de acuerdo con esa idea; 77,6 de los que habían votado al PAR en 1991] (Malo de Molina, 1992b). Al reescribir sobre ese imaginario, ese aumento en el grado de identificación social con las instituciones de autogobierno adquiere valor político. Sobre todo, porque expresó la recuperación de lo aragonés y el deterioro vivido por lo estatal español que produjo el impulso dado por el Gobierno de Aragón o el Justicia a la autonomía plena y a la oposición a los trasvases. Usando su capacidad institucional para representar a toda la sociedad, el Presidente de la Comunidad Autónoma (3.2.1) reclamó que los principales colectivos y organizaciones sociales se posicionaran sobre la reivindicación: las semanas previas a la primera manifestación pidió a más de cien organizaciones sociales que se pronunciaran sobre los lemas de la convocatoria; antes de la concentración ante el Congreso, reclamó a setenta Organizaciones Sociales que, una vez conocido y debatido el texto, se pronunciaran sobre la propuesta de Estatuto elaborado en las Cortes de

Aragón; en 1993, antes de la manifestación convocada para el Día de Aragón, repitió el envío de cartas y la petición de apoyo a las organizaciones sociales. En la medida que muchas de estas Organizaciones se adhirieron públicamente a la movilización, estas conductas revelan el grado de legitimación social logrado en esos meses por las instituciones aragonesas y, por tanto, su fortalecimiento público como símbolo del autogobierno, lo que adquiere valor político en relación a la fuerza de la dominación institucional de lo estatal y al imaginario secular que la alimenta (4.2.1):

"[...] da la impresión de una falta absoluta de minorías dirigentes que tomen unos acuerdos o emitan unas opiniones medianamente sensatas. [...] esta falta de minoría dirigente coincide con el surgir de grandes ingenios de categoría europea. Más ninguna de estas personas ejerció cargo de gobierno en Aragón" (Lacarra, 1972: 181-2).

"Lo que impide la vertebración sociológica y la cristalización política de un sentimiento común en las instituciones de autogobierno, que no consiguen en erigirse todavía en portaestandartes [...] de Aragón" (Bada, 1995:72).

El hecho de que el pensamiento social aragonés sienta como un problema la falta de liderazgos y que esta colaboración de los medios con las instituciones autonómicas aragonesas hiciera posible el lanzamiento de esta movilización explicita nuevas aristas de la recuperación política de lo aragonés. Keating (1996: 78) anota que, en comunidades sin estado, la cultura nacional se expresa mediante una serie de ideas, una visión única del mundo que restringe el pensamiento individual y que, aún no siendo exclusivista, su hegemonía social obliga a los demás a jugar en el terreno nacionalista. Los sondeos indican que la autonomía plena y el agua se impusieron como ideal comunitario hasta el extremo de enmascarar el resto de los problemas sociales (Ansó, 1993a; 1994). En esa implantación pudo influir la fuerza emotiva de las ideas o su diálogo con el imaginario social, pero también la construcción discursiva que de ambas hicieron los medios y las instituciones aragonesas. De esa forma, aunque quedara marcada por la ideología, esa tematización enriquece el sentido político de este liderazgo social: Keating (1996: 105) advierte que el apoyo a la identidad colectiva experimenta *dientes de sierra* según la situación política y el devenir social; en otros momentos la reivindicación autonomista aragonesa resultó minoritaria, porque "los grandes partidos están ausentes del movimiento, de la misma manera que la burguesía como tal, o las clases populares" (Embid, 1987: 29); en este acontecer, la implicación de clases medias urbanas y de sectores populares adquieren más valor porque se gestó en un momento de fuerte recentralización y se desarrolló *contracorriente*.

Esa adhesión social sugiere, por otro lado, que las instituciones públicas y los medios comunicaron con la sociedad civil de la que formaban parte y se identificaron con ella hasta constituir un bloque de intereses compartidos (3.1; 3.2). Según Llobera (1996), sólo una sociedad civil fuerte hace posible una movilización identitaria y, más aún, un proyecto de construcción nacional. Ese grado de conexión entre algunas instituciones sociales y una parte importante de la sociedad aragonesa constituyó una energía social que dio cohesión, estabilidad y fuerza a la comunidad. Sólo esa comunicación entre los principales actores institucionales y algunos sectores sociales (3.2.2) explica el aislamiento social que PSOE y PP vivieron en Aragón o el deterioro de algunas imágenes relacionadas con lo estatal y, por tanto, el cambio de actitud de una sociedad apática o pasiva en otra reivindicativa o, al menos, capaz de expresarse públicamente y reclamar lo que consideraba que eran sus derechos. Martín Barbero (1993) señala que los medios necesitan representar a la comunidad, pero que, además, en algunas ocasiones tienen a construir ésta como sujeto político, por tanto a nacionalizarla. En ese entorno de exaltación identitaria los medios y las instituciones mitificaron el protagonismo social, hasta el punto de que hicieron del pueblo el principal actor social, como prueban los titulares de Heraldo tras las manifestaciones de 1992 y 1993 Heraldo (*El pueblo no rebla*, editorial, 23.4.93; *El pueblo respondió de nuevo*, 23.4.93). Al dotar a la sociedad de valor político, estos relatos resemantizaron lo aragonés e, incluso, lo renacionalizaron.

Por eso, en las Cortes de Aragón se impusieron los ritmos y el autogobierno limitado que suponía el Pacto Autonómico, pero en la calle y en el espacio público mediatizado la movilización abrió grietas en la dominación y, de alguna forma, la rompió. Mientras la reforma denominada de autonomía plena padeció bloqueos y retrasos e, incluso, se vio recortada respecto a lo aprobado en las Cortes de Aragón, la reforma *corta* derivada del Pacto autonómico avanzó sin contratiempos gracias al apoyo de PSOE y PP. Sin embargo, la demonización de estos partidos a lo largo del debate autonomista alcanzó tal intensidad que los situó en posiciones defensivas, pese a representar más del 70 % de la voluntad popular expresada en las urnas. Hallin y Mancini (1997) han hecho notar que los *media events* se construyen sobre lo que podría ser, sobre las expectativas colectivas, más que sobre lo realmente sucedido. En esa lógica la retórica de lo verosímil y de lo simbólico emocional (3.2.1) la centralización política, y sus principales efectos como la subordinación de las direcciones aragonesas de PSOE y PP a sus Ejecutivas estatales, alcanzaron tal grado de estigmatización que propiciaron un cambio en los comportamientos electorales de forma que, como ha hecho notar Chueca (1995), los resultados aragoneses de las Elecciones Generales de 1993 se acercaron al modelo de Cataluña o País Vasco. Teniendo en cuenta la propensión de los sectores populares aragoneses a votar según la clase, y no el territorio (179), ese realineamiento político social sugiere la subversión de conductas y

roles institucionalizados y, por tanto, otra nueva expresión de la recuperación política de lo aragonés a partir de la movilización:

"[...] quiero invitar a todos y todas, a todas las familias turolenses, oscenses y zaragozanas a participar en ese gran día por la Autonomía Plena de Aragón que, sin duda, vamos a vivir" (San Jorge, 92: 3).

"La sociedad civil aragonesa [...] está también al borde del hastío. Los aragoneses de a pie bastante tienen con estudiar y trabajar cada día y contribuir a que esta sea una tierra con futuro. [...] afortunadamente, hay mucha gente funcionando, creando e innovando, sin subvenciones ni martingalas" (Trasobares, J.L. *El fracaso estratégico*, 29.9.1996).

El Partido Aragonés dijo ayer que si el PP y el PSOE van a la marcha del 23 A "sobramos unos u otros" (Diario del Altoaragón, titular; 21.4.93).

"Defendemos la autonomía, no la independencia" (Marco, J. Diario 16 Aragón, 21.9.92).

Mairal (1996: 112) relaciona la debilidad secular y actual de lo aragonés con "la inexistencia de una sociedad civil estructurada, bien conectada con el sistema de partidos y la clase política". Embid (1987: 29), por su parte, ha hecho notar el carácter minoritario del aragonesismo político y el escaso apoyo que a lo largo de este siglo le han dado los medios informativos dominantes en Aragón. Tal como pone de manifiesto este intercambio simbólico, el discurso político de algunos partidos conectó con amplios sectores sociales e, incluso, generó un grado de identificación suficiente para mover a la acción y para cambiar las conductas electorales. El grado de desencanto que vivía en esos años la política española, sumida ya en la fase decreciente del proyecto encarnado por F. González, revaloriza esa red de sentido compartido entre la Mesa de Partidos y los cientos de miles de participantes en las manifestaciones. En el episodio del referéndum por la autonomía plena, el Gobierno autónomo afirmó en un comunicado oficial su disposición a "promover, si es necesario, iniciativas políticas que dejen el protagonismo en manos de la voluntad popular" (27.4.93) y la Mesa de Partidos aceptó esta vía plebiscitaria (El Periódico, *Los partidos apoyan la petición a 'Madrid' de un plebiscito*), igual que los medios o los principales actores sociales. Aunque su efecto político no pasó del pronunciamiento teórico, su valor como idea impulsora de la movilización y de la adhesión social simboliza el grado de cohesión interna que generó la movilización. Además, el hecho de que esa trabazón emocional y semántica se articulara a partir del liderazgo institucional de Heraldo y Radio Zaragoza corrobora que se cambió esa tendencia de los medios aragoneses hegemónicos a

promover lo estatal o, incluso, la contribución a integrar lo aragonés en lo español que se ha atribuido a la burguesía (Torrente, 1923) o a lo zaragozano (Mairal, 1995).

Con todo, en la medida que medios e instituciones devinieron en un correlato de los sectores burgueses que representaban (4.2.3), esta recuperación de lo aragonés pudo enmascarar el reforzamiento de determinadas hegemonías de clase. La acusación reiterada del PSOE, o la más ambigua de los sindicatos, sobre la ideología conservadora que subyacía a la reivindicación avisa de que estos grupos sociales se apropiaron de la idea nacional (4.1.2) y, a la manera que apunta Llobera (1996: 260), mediaron el tipo de nacionalismo o de identidad producida (4.1.2.3). Dada la importancia que se reconoce a lo masivo como espacio de socialización en el que se construyen o modifican los estilos de vida (Martín Barbero, 1993), los atributos que discursivizaron la reivindicación reenvían a ese liderazgo medial o a la colaboración que mantuvieron con el Gobierno autónomo. Su capacidad para definir los intereses colectivos (3.2.1) y para guiar el debate social (3.2.2) adquiere así valor político e ideológico: Por un lado, la ligazón de la competitividad territorial y de la igualdad de oportunidades a las demandas de autonomía plena y agua evidencia que se cuestionó la relación de lo aragonés dentro de lo español en clave de colonialismo interior o de sentimiento de agravio; por otro, la retórica de la armonía social y de los intereses colectivos (180) enmascaró que, tal cual explicitaba el Plan Estratégico al condicionar el desarrollo de Aragón al grado de autogobierno (DGA, 1992b), la promesa autonomista coincidía de forma preferente con las expectativas de los sectores hegemónicos, sobre todo empresariales, que se vieron así reforzados socialmente.

La constatación de que el discurso de la autonomía plena y del agua se apoyó en valores e intereses de la hegemonía social resemantiza este acontecer, ya que aclara los atributos que discursivizaron la reivindicación y lo aragonés (4.1), pero además explica por qué no se modificaron las relaciones de poder con el Estado ni en el interior de la sociedad aragonesa (4.2.3). El hecho de que esta hegemonía social haya contribuido a crear los principales estereotipos de lo aragonés y su regionalización como español (181) da valor a la renacionalización durante la movilización de algunos atributos míticos: El entrecruce que el imaginario colectivo establece entre España, Aragón, Ebro y el Pilar (182) entra en diálogo con la decisión de la Mesa de partidos de elegir la Plaza del Pilar y el Ebro como entorno simbólico para la manifestación de 1993 (4.1.1.5), hasta el extremo de que, a la manera apuntada por Martín Barbero (1993), quedaron ligados al sentido político de la identidad a costa de mutar su valor folklórico cultural. Pero si este uso de los espacios (183) o la elección de la festividad de San Jorge para las grandes movilizaciones indican una intención de aprovechar el fuerte valor identitario (4.1.1.1) de algunos elementos religiosos para potenciar la respuesta a la hegemonía estatal,

este esgrimir la lógica de la desigualdad o de los flujos desde lo burgués aragonés confirma que se persiguió menos "la transformación social" que la legitimación de algunas preocupaciones de la dominación social o, en palabras de Hobsbawm (1991: 137), que expresó aspectos tradicionales del conflicto social entre ricos y pobres (4.2.3):

"La festividad de San Jorge debe ser ejemplo de la unidad aragonesa, sin otro protagonismo para los partidos que la defensa de unos intereses comunes" (Roldán, C. San Jorge, Haldó, 7.4.93).

"Tras esa demanda subyacen importantes aspectos de dignificación de un pueblo y un sentimiento de justicia, pero, sobre todo, la convicción de que la autonomía se ha convertido en elemento clave de desarrollo económico y social de un territorio" (BOCA, 65: 1976).

Desde el proyecto nacional de los Habsburgo la iglesia ha sido más bien instrumento de integración de lo aragonés en lo español y en el Estado. Por ello, estos usos *aragonesistas* de la religión, o el apoyo de los obispos a la reivindicación, modifican al menos en algunos aspectos ese papel que la religión ha jugado como espacio público a través del cual lo aragonés se ha regionalizado como español. A la Inquisición, única institución común a las Coronas de Castilla y Aragón, como instrumento de control social y de castellanización, se sumó la aplicación del regalismo hispánico: Llobera (1996: 190) detalla que en Cataluña el clero regular vehiculó identidad catalana y la Monarquía no logró castellanizar las órdenes monásticas, pero que en Aragón esa competencia real sobre las órdenes religiosas o para nombrar obispos derivó en que los monasterios se repoblaron con monjes castellanos y las diócesis aragonesas quedaron gobernadas por obispos castellanos. Junto a la instrumentación del culto pilarista por parte del Conde Duque de Olivares (Mairal, 1995), esos dispositivos facilitaron la implantación en Aragón de "una identidad hispánica basada en un catolicismo de su propia creación" (Llobera: 1996, 191). Además, a lo largo de los tres últimos siglos, esa resemantización política de lo aragonés desde la religión se ha profundizado mediante la ligazón de la Virgen del Pilar a la Hispanidad, llevada a cabo tras la Guerra de la Independencia, o la declaración del Pilar como Santuario Nacional y Templo de la Raza, efectuada por Franco tras la derrota de la II República (*Mensaje de la Hispanidad*, 12 de octubre 1939). En diálogo con ese imaginario, esta apropiación de lo pilarista por parte de la Mesa de Partidos se revela como un ataque a esa dominación político religiosa de lo español, más aún cuando el culto pilarista ha devenido en unos de los complejos simbólicos a través de los cuales, como recuerdan Bada (1995) o Beltrán (1995), la sociedad aragonesa se vive y se imagina al margen de cualquier atisbo de clase social.

A la manera de sus homólogos europeos (184), el franquismo se apropió del discurso españolista liberal para darle un sentido nacional católico (De Blas, 1997: 234). Superó así las dificultades del españolismo conservador para dibujar un proyecto de lo español, como demuestra que no cristalizara hasta la II República (Fox, 1997: 193). Para Todd (1995: 239-40), el nacionalismo militarista del franquismo se tradujo en un centralismo revigorizado y en el uso nacional de una metafísica religiosa que persistía intacta en el norte. Como dentro de ese nacional catolicismo el culto pilarista siguió ocupando un lugar preferente, cabe inferirse que esa apropiación por parte de la Dictadura también reforzó y construyó esa aculturación secular de lo aragonés o, al menos, su regionalización dentro de lo español. Llobera (1996) incluye a la iglesia entre las instituciones que más han ayudado a que las sociedades catalana o vasca mantuvieran su identidad nacional; Keating (1996: 154) la ha considerado incluso protagonista principal de sus procesos más recientes de construcción nacional. Aunque el apoyo de la iglesia aragonesa a la autonomía plena fue limitado en el tiempo e, incluso, de contenidos matizados, esta conducta institucional denota la voluntad de cambiar, o al menos interferir, en la lógica de su comportamiento secular. Pero, esa institucionalización de la fusión entre lo español y lo católico reenvía también al protagonismo de la iglesia española en el sistema educativo (185), porque incluso cuando esta institución perdió su posición dominante en la enseñanza (Fox, 1997: 190), la implantación de la historia de S. Calleja como manual oficial hizo que devinieran en hitos colectivos la conversión de Recaredo, la unificación de España bajo el catolicismo por los Reyes Católicos, la importancia de la Inquisición o lo nefasto de las Cortes de Cádiz. Esa lógica, además, alejó a las identidades minoritarias de un presente institucional que monopolizaba lo español: En el caso aragonés, eso redujo el pasado a un canto de "las glorias de la región [...]. Aragón, se nos decía, fue un pueblo excepcional [...]; cobrábamos así a las glorias antiguas de Aragón un culto fetichista" (E. Ibarra, 1908, en Fernández Clemente, 1995: 564). Esa aculturación pervivió en los discursos mediáticos e institucionales relacionados con la autonomía plena, aunque en el caso de los relatos mediales esa mitificación de la sociedad aragonesa se trasladó al presente y fue dotada de valor político identitario.

En cualquier caso, estas conductas y su diálogo con el pasado prueba que, como conflicto generado en el marco del estado nación, esta movilización también cuestionó la hegemonía de lo español en algunos de los espacios públicos o institucionales desde los que se ha formulado lo estatal español, como el sistema educativo o las comunicaciones (Hobsbawm, 1991). La declaración del libro de Saturnino Calleja como texto oficial de historia en 1886 o la afirmación de Unamuno en 1902 de que el binomio escuela/castellano se había convertido en el vehículo principal del liberalismo denota la

instrumentalización de la historiografía o de la lengua oficial dentro la escuela por parte del españolismo de estado. A esos dispositivos se sumaron otros usos ligados a la mayor participación de los ciudadanos en la vida política y administrativa, como los que con vistas a construir la unidad nacional permitieron las delegaciones periféricas de la Administración del Estado, las clases burocráticas, los procedimientos administrativos, la capacidad legislativa y las comunicaciones. Como en la sociedad industrial la alfabetización universal se convirtió en una de las exigencias del desarrollo técnico, los estados la usaron nacionalmente, aprovechando "la administración directa de un número inmenso de ciudadanos" y "el desarrollo masivo de la educación secundaria, casi obligatoria" (Hobsbawm, 1991: 102). En esa lógica, igual que el ferrocarril u otras formas de redes técnicas, la prensa contribuyó en el siglo XIX a la consolidación del estado liberal y a la hegemonía burguesa (Hobsbawm, 1991) y después la sociedad de la información ha reforzado esa centralidad, como prueba el empeño de los estados europeos por controlarlos mediante el concepto de servicio público y la concesión administrativa (Mattelart, 1993). Como parte del proceso de secularización este uso del conocimiento y la información dibuja algunos dispositivos básicos, a un tiempo, en la hegemonía de lo burgués, de lo urbano, de lo estatal o de lo español y de la aculturación política y social de lo aragonés:

"El baturro, característico de estos territorios [...], es el castellano vulgar sometido a una entonación autóctona muy diferenciada. No obstante, en este castellano que ha anegado las antiguas hablas románicas medievales, sobrenadan algunos rasgos de estas" (Lázaro Carreter, F. *Lengua Española COU*, Editorial Anaya, 1997: 154).

"Como vimos, el castellano tuvo nacimiento en un lugar geográfico muy preciso, como idioma de una pequeña comunidad que, con su espíritu emprendedor y su genio, lo extendió hasta ser una de las lenguas más importantes del mundo" (Lázaro Carreter, F. *Lengua Española COU*, Editorial Anaya, 1997: 159).

"La lengua catalana, que ya de antiguo sufría discriminación en Aragón, acabará relegada en el siglo XVIII, con la pérdida de los fueros, al uso estrictamente oral o -casi- y con el sambenito del chapurriau a cuestas. Únicamente la Iglesia católica mantendrá en los territorios aragoneses de las diócesis de Lleida, Urgell y Tortosa - y aún allí sin demasiado ánimo - algún uso del catalán como lengua literaria" (Quintana, A. *La literatura aragonesa en catalán*, Cuadernos de cultura aragonesa. El Día, 1986).

Anderson (1983) recuerda que el futuro de un dialecto o de la lengua sobre la que se basa una identidad comunitaria depende del peso político de sus hablantes y de su sociedad. Pero, además, al

resemantizarse como un saber social, la lengua se encuentra con la escuela, espacio de socialización que implanta valores, que construye un determinado tipo de realidad social (4.2.1.2); Martín Barbero (1993: 102) sitúa ese papel de la escuela en el centro de la racionalidad burguesa que aculturó lo popular asociándolo con lo vulgar. Por más que luego ese papel enculturador y aculturador haya sido compartido con otros actores sociales como los medios de comunicación (Esteinou, 1992), el sistema educativo mantiene su privilegiada posición en la función de desactivar los modos y dispositivos de la cultura popular, porque le sigue correspondiendo la preparación de los jóvenes para una vida productiva tecnolozada. De ahí que, siguiendo el razonamiento de Martín Barbero (1993), siga siendo básico en la reformulación de lo popular, lo que en muchos casos se traduce en la implantación de un sentimiento de culpabilidad, vergüenza o menosprecio hacia la cultura de las clases populares. Esa hipótesis da valor a la conexión de la enseñanza y la lengua en la aculturación de lo aragonés, porque facilitó la interiorización social del complejo de inferioridad respecto a lo español e, incluso, de algunos estereotipos baturristas. Durante la movilización autonomista R. Andolz aprovechó la presentación de su diccionario de palabras aragonesas para denunciar en los medios de comunicación esa estigmatización de las lenguas aragonesas, lo que deja de ser una forma de rebelarse ante esa dominación de lo español y estatal que adquirió más fuerza en aquel entorno de exaltación identitaria. Esa aculturación de lo aragonés desde la escuela explica también el énfasis con que el aragonesismo moderado reclamó las competencias educativas, llegando a hacer de la dilación en ese traspaso una de las razones centrales para rechazar el Pacto Autonómico (Eiroa, 1992) o de la pérdida de recursos humanos cualificados, por efecto del deficiente cuadro de titulaciones profesionales y universitarias, una de las causas de la dependencia y la debilidad de Aragón (BOCA, 65).

En la medida que lo masivo se ha convertido en el espacio público central donde operan los dispositivos de socialización y enculturación, el carácter de acontecimiento mediático que tuvo la reivindicación autonomista y el liderazgo social de los medios aragoneses adquieren un sentido político comunitario. Sobre todo, porque Aragón carece de estructuras informativas propias y, hasta entonces, de relatos mediales con fuerza social suficiente para construir políticamente lo aragonés (4.1.1.3; 4.1.2.3). La tematización y la jerarquización de los medios aragoneses tiende a primar lo estatal y lo internacional, sobre todo en lo que respecta a los discursos políticos e institucionales. Ebrópolis (1996) ha constatado incluso una tendencia de los medios dominantes (186) a representar lo aragonés desde los estereotipos costumbristas y algunos sondeos constatan que la sociedad ha interiorizado esa marginalidad informativa (Ansó, 1992): El 26.9 % de los lectores de Heraldo [28.8 en Zaragoza] prefiere las noticias nacionales frente al 16.5 de las regionales; la SER lidera todas las franjas

horarias y, sobre todo, el 35.3 de los oyentes opta por programas que combinan lo nacional, regional y local [más aún en las tres capitales], hasta el punto de que el 12.5 cambia de emisora o apaga la radio [en Teruel sólo el 59.5 sigue] cuando la emisora pasa de un programa nacional a otro regional o local; y el 23.5 no ve nunca la programación regional de televisión, el 12.9 rara vez, el 26.6 alguna vez y sólo el 35.2 la ve habitualmente [44 %, en Teruel]. Además, ese dominio mediático de lo estatal aumenta con el nivel cultural, el tamaño poblacional y la posición social; incluso, los que se identificaron como simpatizantes del PAR dijeron preferir la programación nacional de radio (32.4) sobre la regional (20.7).

Por eso, la conversión de la autonomía plena y el agua en una forma moderna de *grial* o el éxito comercial logrado por los medios aragoneses gracias a la movilización cambia esas tendencias estables de dominación de lo estatal. Pero, también, da sentido político a las conductas lingüísticas que aprovecharon la movilización para expresarse en la calle o en los medios (4.1.1.2) y para poner en relación la dominación de lo castellano que representaba el centralismo Pacto Autonómico con la recuperación de las lenguas aragonesas al hilo de la autonomía plena. En cualquier caso, la quiebra del relato autonomista o el carácter esporádico de esta emergencia medial de las lenguas aragonesas corrobora que, tal como predicen Hebdige (1993) o Grandi (1995), ese desorden semántico, esa transgresión a la hegemonía fue coyuntural y fugaz. Es más, el relato autonómico e hidráulico del sistema medial aragonés apenas pudo competir con el elaborado por los medios de ámbito estatal o con sus estrategias. La actitud de El País y TVE confirmó que el sistema de comunicación masivo soporta la cohesión del estado centralizado y el patriotismo de estado; más aún, si se atiende a lo dicho por Perceval (1996: 114), sus relatos explicitaron cómo asimila y acultura la dominación: Primero, crearon un corpus de rumores sobre la reacción aragonesa que devino en estereotipos, como la insolidaridad hidráulica o el radicalismo autonomista; segundo, esa intelectualidad hegemónica los tradujo en discurso mediante frases, bromas u observaciones y les dio una coherencia que antes no tenían; y tercero, creada la polémica, la dominación de lo estatal buscó en lo aragonés la constatación de esa *máscara*, logrando que los dirigentes aragoneses la tomaran como referencia del debate social y de su forma de vivirse como comunidad:

"Que lleve dos o tres meses sin llover en Andalucía o Castilla La Mancha no tiene desgraciadamente nada de novedoso en este país [...]. parece demasiada casualidad que en plena vorágine y preparativos de futuros trasvases, esencialmente del Ebro, medios tan poderosos como TVE o el diario El País se hayan empeñado [...] en poner en confrontación la situación de sequía [...] con imágenes que tratan de demostrar que

aquí [...] vivimos con el agua a la cintura y que además no estamos dispuestos a entregar una sola gota [...]" (Marcuello, J.R. Comentario. Hora 14. SER de Aragón. 12.1.92).

"[...] da lo mismo cual sea la causa de lo que sucede en la hasta ayer Yugoslavia; da igual que sea imputable a los nacionalismo como afirman los jacobinos del momento [...]. Detrás de cada nacionalismo (integrador o no) no siempre se esconde un lobo feroz: unos nacionalismos son responsables de violencias como las que en España provoca cierta opción vasca y otros son pacíficos; por ejemplo, el nacionalismo aragonés" (Gómez de las Rocas, *Hacer la guerra a la guerra*. 25.4.93).

El hecho de que esa esquematización de lo aragonés a partir del ruralismo o de la insolidaridad mediara la producción de identidad desde las instituciones y los medios no menoscaba su valor político de haber contribuido a reforzar la respuesta a la hegemonía de lo español y a aumentar la identificación social con esos impulsores de la movilización (4.2.1.3). En esa lógica la gestión de los estereotipos identitarios en estas polémicas mediales se reveló un dispositivo tan eficaz para la persuasión social como retórico e ideológico, incluso en la lucha por el poder que se desató en el interior de la sociedad aragonesa (4.2.2.3). Durante la polémica por el convenio televisivo, los medios que lo rechazaban esgrimieron su carácter antiaragonés, llegando a un tiempo a demonizar la procedencia navarra de quien iba a dirigir esa programación (J. Bolea, D16: *El director*, 1.8; J.L. Trasobares, Heraldo: *El límite*, 10.8) y a apropiarse en su favor el baturrismo (A. Zapater, *Monegros*, Haldo, 10.8.93; Trasobares, J.L. *Pardillos*, Haldo.5.9.93). En la medida que pretendía mejorar la proporción de lo aragonés y lo español estatal en los flujos audiovisuales, el empeño del Gobierno aragonés por impulsar una televisión autonómica o una amplia programación regionalizada diaria de Antena 3 TV aparecen como intentos de poner en juego esa relación desigual que perpetuaba la marginalidad de lo aragonés. En esa lógica la pugna sobre la concesión del Tercer Canal (187) mantenida por los Gobiernos Central y Autonómico explicitó las ventajas que el actual modelo de desarrollo autonómico concede al centro político: La capacidad para controlar las iniciativas audiovisuales de las Comunidades Autónomas mediante la legislación o, en concreto, a través de la concesión administrativa y la asignación de frecuencias se reveló en este caso suficiente para mantener esa hegemonía.

Además, si se tiene en cuenta el pulso que mantuvieron los medios hegemónicos y el Gobierno autónomo que propició la moción de censura (4.2.3), cabe inferir que los mismos actores que propiciaron la recuperación de lo aragonés a partir de la autonomía plena y el agua facilitaron la

continuidad del dominio de lo estatal por la divergencia de intereses alrededor de la televisión. En cualquier caso, la primacía que los medios concedieron a su lado empresarial revela las dificultades de una economía débil, dependiente y abierta para impulsar un proyecto soberanista e, incluso, de construcción social de su identidad: En 1991 ninguna empresa generaba más empleo que el Estado en Aragón (El Periódico, 28.2.93) y en 1992 la Administración Civil del Estado licitó obras por valor de 44.780 millones, mientras que el Gobierno autónomo no pasó de 8.987 millones; por su parte, en la empresa familiar trabajaban doscientas mil personas, pero las compañías extranjeras suponían en 1991 el 62 % en ventas y empleo entre las sesenta empresas principales de Aragón (El Periódico, 3.1.93) y, además, sólo el 11 % de las empresas familiares superan las dos generaciones (Heraldo, 28.1.98: 28). Estas pruebas de que el estado nación se apoya de forma importante en una *economía nacional* (Hobsbawm, 1991) o de que la nación opera como agente del desarrollo regional (Keating, 1996) explican también las conductas de las dos empresas informativas hegemónicas en el mercado aragonés, Heraldo y Radio Zaragoza, sobre todo por las dificultades que tenían para mantener su posición de liderazgo en un entorno de creciente dominio de los conglomerados multimedia estatales o globales.

Con motivo del Día de Aragón de 1993 el Presidente del Gobierno autónomo llamó a la "confianza en el futuro de esta tierra, desde un Poder político más fuerte, con más recursos económicos y competencias, pero sobre todo con una sociedad [...] dispuesta al esfuerzo y a mejorar sus capacidades". Este discurso sugiere que, como reflejo de los dispositivos del estado nación, algunas instituciones vivieron esta movilización en el mismo sentido económico que llevó a afirmar a Cánovas en 1882 que "somos, pues, proteccionistas en el sentido de querer ante todo tener nación" (Varela, 1997: 235) o en el discurso de la modernización económica que permitió construir lo español en las primeras décadas de este siglo, desde la Generación del 98 a la Falange (Fox, 1997). Al proponer ciento cincuenta y seis embalses y veintiún trasvases entre cuencas con una inversión de tres billones y medio de pesetas hasta el año 2012, el anteproyecto del Plan Hidrológico Nacional situaba el debate la modernización económica y en las redes y los flujos. De hecho, el Presidente de Aragón aceptó ese debate cuando se formuló como defensor de la España interior frente a la zona mediterránea (*Hoy por hoy*, SER. 19.1.93) o activó aspectos del colonialismo interior. Con todo, este uso identitario de la promesa económica confirma que se combatió el dominio de lo estatal y lo español, aprovechando la capacidad identitaria de la lucha por los recursos y las oportunidades (Nagel y Olzak, 1997; Keating, 1996), pero que se pretendió menos propiciar una *economía nacional* que poner en valor la situación periférica de Aragón y su sentimiento de dependencia económica.

Analizando la capacidad de gestión territorial que tiene el Estado, Jovellanos ya valoraba los efectos económicos del centralismo cuando proponía "retener a los nobles en sus provincias y evitar esta funesta tendencia que llama continuamente al centro la población y la riqueza de los extremos" (1979: 118). La traducción de esa lógica al proceso autonómico español, y en concreto a la situación demográfica o económica de Aragón, da valor a algunas propuestas de la autonomía plena, como el concierto económico, o a la posición defensiva frente a los trasvases. La competencia de los territorios forales propició que se esgrimiera la igualdad constitucional y la unidad de mercado (4.2.1), porque muchos aragoneses firmaban escrituras (188) en Navarra o trasladaban allí su residencia fiscal para pagar menos impuestos (Heraldo, 6.3.93); los efectos de desertización y despoblación que se atribuyeron al Plan Hidrológico Nacional explica que se denunciara las ventajas que abría al Arco Mediterráneo a costa de sacrificar el futuro de la España interior. Más aún, esa atracción del centro latió también en los dos conflictos de intereses económicos (189) que el Gobierno de Aragón activó al firmar el convenio con Antena 3 TV: Por un lado, el que libraban esa cadena privada y TVE por el liderazgo de la televisión generalista, ya que ese acuerdo pretendía ser una alternativa a los canales autonómicos y a la regionalización de TVE (Asensio, A. *Este convenio puede hacer replantear otras televisiones autonómicas*, El Periódico, 2.7.93; G. Candau: *Le ofrecí a Eiroa ampliar la desconexión de TVE Aragón*, Diario 16. 10.7.93); por otro, el que mantenían Heraldo y otros medios escritos con El Periódico, puesto que la pertenencia de este al Grupo Zeta hacía del convenio una ventaja para esa competencia (*Las razones del HERALDO*, Editorial. 25.6.93):

"[...] Tiene morbo enterarse de cómo un gobierno regional con alguna ínfula nacionalista [...] se ha puesto en evidencia y ha roto un 'statu quo' que no le era nada desfavorable para comprar un pequeño espacio político en el desenganche territorial de una cadena privada. [...] Y un servidor [...] tiembla al pensar cómo recibirán en esos despachos madrileños a cualquier miembro de la DGA que vaya a negociar cosa alguna. [...] Pasará que los próceres de la nación querrán también torear un poquito. Perdido ya todo respeto [...] eso sí, al final, regalarán a sus interlocutores un vídeo de la faena"(Trasobares, J.L. *Pardillos*, Heraldo.5.9.93).

"en la percepción social aragonesa predomina la existencia de un sentimiento de debilidad. Pocas realidades como esta demuestran de manera más clara, en mi opinión, el fracaso que ha supuesto para esta tierra el desarrollo del Estado Autonómico" (Eiroa, 1995.133).

Dentro de la homogeneización legislativa que hizo posible la dominación política del estado nación y de la lógica social que lo sostenía, los Decretos de Nueva Planta eliminaron las peculiaridades jurídicas de la Corona de Aragón y circunscribieron los Fueros y Observancias del Reino al ámbito privado (190); luego, las diferentes Constituciones profundizaron ese proceso y lo condujeron hacia una única legislación civil: Ya quedó establecida en 1838, pero dejó flecos que prolongaron la supervivencia de los Derechos forales hasta 1878, cuando se suprimió el fuero vasco. Cánovas afirmó entonces que se había eliminado el privilegio contrario a la unidad nacional y que, por ello, la nación había vencido (Varela, 1997: 235). Aún así, esa unificación jurídica no pudo evitar que en Aragón los defensores del derecho foral generaran un cierto foralismo político (Peiró y Pinilla, 1981): Cuando El *Apéndice al Código civil correspondiente al Derecho civil aragonés* derogó esa parte de la legislación aragonesa el 2 de enero de 1926, la oposición de determinados sectores sociales propició, primero, un intento frustrado de reforma de ese Apéndice en 1935 y, luego, que esa reivindicación se mantuviera hasta 1967, fecha en que aquel cuerpo legal estatal fue derogado. El aragonesismo político ha mantenido ese foralismo más o menos atenuado, pero vivo. De hecho, su referente sigue siendo la disposición adicional primera de la Constitución y su reconocimiento de los derechos históricos (191), que ha sido leída como la asunción de la pluralidad identitaria del Estado y el fracaso de la homogeneización jurídica (Bandrés, 1985: 147).

La reivindicación de autonomía plena limitó esa tradición foralista al concierto económico, desaprovechando el mayor grado de soberanía y diferenciación nacional que la foralidad permitía (4.1.2.2). Esa renuncia y la supresión del artículo 29 del Estatuto entonces vigente, referido al Derecho aragonés (4.1.2.2) sugiere hasta qué punto los partidos, incluidos los aragonesistas, han interiorizado la aculturación política que traslada los Fueros al pasado. De hecho, después de que el Tribunal Superior de Justicia de Aragón remitiera al Tribunal Supremo varios recursos de casación y revisión en materia de Derecho aragonés por entender que le había sido retirada la competencia, el Partido Popular y el PSOE se han opuesto en las Cortes autonómicas a iniciar el proceso para recuperar el artículo suprimido (*PP y PSOE impiden que el Estatuto incluya competencias de Derecho Foral*, Heraldo, 17.4.96), pese a que su contenido coincidía con los Estatutos de Cataluña (art. 20), Galicia (art. 22), Baleares (art. 49) y Navarra (art. 61). Aduciendo que la ley estatal cubría esos supuestos y, por tanto, que no existía vacío legal, esos dos partidos validaron la tesis de Fox (1997: 37) que iguala al liberalismo moderado y progresista en la concepción unitaria de España y, lo que es más importante, la de Moreno (1997) de que para la hegemonía de lo estatal español las peculiaridades territoriales, sean culturales o jurídicas, son complementarias, cuando no marginales:

"Les salió ayer en las Cortes, el ramalazo jacobino-centralista al PP y al PSOE y dijeron 'no' a la propuesta presentada por el PAR para que el Estatuto de Aragón contemple expresamente la competencia del Derecho Foral" (Samitier, E. *Una situación indeseable*. Heraldo, 17.4.98).

"La complicidad entre el PP y el PSOE para mermar el nivel de autogobierno de Aragón es constante desde 1982.[...] Es incomprensible la negativa a subsanar lo que en un principio parecía un error, aunque ayer casi queda claro que fue una actuación intencionada" (Valero, J.L. *Presuntos implicados*. Heraldo, 17.4.98).

"Entre estas idas y venidas, [...] resulta perjudicado algo que debe estar por encima de las dudas y las rencillas políticas: el Derecho aragonés.[...] El problema suscitado por la omisión de la competencia del Derecho foral en el Estatuto se ha cerrado en falso" (Heraldo, *El Estatuto aragonés y el Derecho foral*, editorial, 17.4.98).

4.2.1.2. La homogeneización cultural

Gifreu (1991: 240) afirma que resulta imposible afirmar la diferencia y la identidad sin disponer de una amplia capacidad de control del espacio de comunicación propio o, al menos, sin una presencia importante en los medios de comunicación y en la cultura de masas. Extendiendo esta lógica a las comunidades nacionales que no disponen de la cobertura de un estado, destaca que la articulación de ese espacio de comunicación diferenciado comporta, entre otras cuestiones, la existencia de circuitos específicos de comunicación social o de instrumentos suficientes de producción social de discurso y suficiente capacidad política para gestionar ese espacio público donde se produce la comunicación y la cultura (Ibid, 241). En esa clave de lectura la centralización política y la unificación cultural aparecen como dos de los dispositivos sobre los que el estado moderno articuló su espacio público de comunicación y, por tanto, sobre los que construyó la Nación (192). Martín Barbero (1993: 98) recuerda, en concreto, como los ilustrados asociaron lo nacional con la soberanía del Estado y la unidad económica o social, por lo que la integración del plural de pueblos y culturas implicaba a un tiempo la supresión de fueros particulares y la caída de barreras interiores o, en otras palabras, la unidad política y de mercado. Esa imbricación de las lógicas culturales en las económicas explicita los componentes ideológicos que ayudaron a hacer de los ciudadanos una comunidad imaginada donde se enfatizaban los elementos comunes, aún a costa de reconciliar los conflictos antiguos en la nación (Hobsbawm, 1991: 99) o de disolver las diferencias territoriales y sociales en el credo liberal y progresista de una sola cultura para todos (Martín Barbero, 1993: 103):

" [...] sus miembros buscaban y, por ende, encontraban cosas en común, lugares, costumbres, personajes, recuerdos, señales y símbolos. O bien la herencia de secciones, regiones y localidades de lo que había pasado a ser la 'nación' podía combinarse para formar una herencia completamente nacional, de tal modo que incluso los conflictos antiguos llegaran a simbolizar su reconciliación en un plano más elevado y comprensivo. [...] todas las naciones [...] tuvieron que construir su unidad basándose en la disparidad evidente" (Hobsbawn, 1991: 99).

"Mirada desde la vida cotidiana de las clases populares, la democracia ya no es un mero asunto de mayorías, sino de articulación de diversidades; una cuestión [...] de complejidad y pluralidad. Porque así es el mundo popular. Y la homogeneización que aplaste y disuelva la pluralidad y esa complejidad no viene únicamente del imaginario que propaga la cultura de masas, sino también de una razón política" (Martín Barbero, 226).

"¿qué podemos pensar de aquellos que pretenden ser cosmopolitas y, mientras justifican su amor por el país mediante el amor a la humanidad, fingen amar a todo el mundo de manera que tienen derecho a no amar a nadie" (Rousseau, Contrato social, citado por Llobera, 206).

Si se tiene en cuenta que un espacio público de comunicación necesita referentes propios o instrumentos básicos de producción de discurso (Gifreu, 1991: 241), la conversión de la autonomía plena y el agua en noticiabilidad dominante o el protagonismo de los medios aragoneses de comunicación en el debate social denota que se alteró la homogeneización noticiaria derivada de la preeminencia informativa de lo estatal en el mercado aragonés de la comunicación y la cultura de masas. En la lógica de Gifreu (Ibid, 240), el empeño del Gobierno de Aragón por poner en marcha una televisión propia, a costa incluso de mestizarse con un multimedia español, sugiere igualmente un intento de intervenir en la producción de los flujos informativos y de cambiar la relación de desigualdad y marginalidad que caracterizaba a lo aragonés. Esa motivación explicitó, de hecho, el Presidente de la Comunidad en algunas de sus declaraciones públicas, en concreto cuando enfatizó la necesidad de una Televisión Autonómica en la Separata especial que realizó Economía y Estrategias y que se distribuyó como encarte en los medios (Eiroa, 1991). En la medida que mantener una identidad diferenciada en el actual mercado de los flujos masivos exige crear circuitos propios de comunicación o contar con referentes culturales específicos que reenvíen al presente, la tematización noticiaria de la autonomía plena y el agua o la centralidad política de la televisión aragonesa se revelan dispositivos de una respuesta política a la hegemonía de lo estatal español.

Para Mattelart (1993: 225), las industrias culturales soportan la identidad nacional gracias a la diversidad de sus elementos, de sus formas de organización, productos, modalidades de institucionalización y condiciones de apropiación de los productos y servicios". El éxito editorial que supuso para algunos medios esta movilización autonomista o la modernización conceptual de lo aragonés que propiciaron los medios se revelan una contribución al reforzamiento de esa diferencia. La literatura interpreta una parte del pasado y del presente según una determinada cosmovisión y canon, lo que en el caso español le ha permitido contribuir de forma decisiva a la definición de lo nacional (Fox, 1997); también, mediante su papel de institución social, influye en la definición de políticas culturales y en la industria de la edición (Jensen y Rosengren, 1997: 358). Esa capacidad para crear valores dominantes a través de los discursos y las prácticas sociales se trasladó durante la movilización autonomista a los medios de comunicación, en unas ocasiones porque ellos mismos guiaron la discursivización social del acontecer y, en otras, porque dieron cobertura y amplificaron la tematización de las instituciones. El manifiesto leído por el Justicia ante las puertas del Congreso reclamaba "un Aragón libre, de aragoneses libres, que sigue demandando para siempre Autonomía plena" (3.1); los medios lo destacaron tipográficamente y eso adquiere más valor porque, como recuerda Lisón (1992: 171-188), "libertad y pulsión de independencia" ha sido el modo de ser que ha predominado entre los aragoneses y las palabras del Justicia devolvían a esa idea fuerza su sentido político, soberanista.

Entre los requisitos que Gifreu (1991: 250) considera básicos para conformar un espacio nacional de comunicación destaca la configuración de una comunidad de cultura, con referentes compartidos y reconocidos como propios por la sociedad. El espacio cultural aragonés adolecía de una autonomía mínima en sus redes de comunicación y cultura e, incluso, de un cierto consenso social sobre la necesidad de construir un espacio propio de comunicación y cultura. Con todo, igual que autonomía y agua devinieron en referentes simbólicos capaces de tematizarse en el ámbito de lo masivo, la producción editorial aragonesa aumentó su número y mejoró su posición en el mercado por efecto del clima de opinión creado por la reivindicación autonomista: Por un lado, aumentó la edición de libros escritos por aragoneses, como demuestra que el número de novelas publicadas entre 1991 y 1994 se aproxima a las cien (Acín, 1997), y, por otro, se publicaron textos sobre la historia o la cultura aragonesa (4.1.1.3) e, incluso, se afrontaron temáticas inhabituales como los nacionalismos (Alemany y otros, 1994) o los Fueros (Serrano, 1992); incluso, dentro del apoyo institucional a los premios literarios, a las revistas y a otras iniciativas editoriales (193), este contexto identitario facilitó una cierta promoción de los contenidos aragoneses, aunque sin que se invirtiera la marginalidad de lo aragonés

en la industria editorial. De hecho, las tiradas apenas alcanzan los mil ejemplares y su distribución rara vez supera el ámbito aragonés e, incluso, penetra con dificultad porque los índices de lectura y consumo literario son inferiores a la media española. La presencia creciente de escritores aragoneses hace más patente esa integración en lo español, puesto que, como sujetos de una comunidad imaginada y creativos de productos industriales, se proyectan hacia el Estado y sitúan en ese marco y en la globalización su vivencia de lo aragonés:

"La abundante presencia en librerías de novedades narrativas firmadas por autores aragoneses bien pudiera significar que nos encontramos ante un momento de esplendor para la creación. Así parece si, en lo que va de año, hacemos un veloz recuento de lo publicado fuera de las lindes de Aragón. Al menos, si se suma desde una perspectiva de cantidad" (Acín, R. *Con nombre aragonés*, Heraldo. Suplto. Artes y letras.23.4.98: 1).

"Constituye un motivo de satisfacción presentar al público el primer número de la Revista Aragonesa de Administración Pública [...] Se trata, en todo caso, de un interés institucional, al margen de otros legítimos intereses, que tienen otras vías de manifestación. Con la creación de este medio de expresión, la Diputación General quiere potenciar la importante comunidad científica aragonesa relacionada con las ciencias administrativas [...]" (Biel, J.A. *Prólogo*, Revista Aragonesa de Administración Pública, nº 1. DGA, Zaragoza, 1992)

Según Perceval (1996: 106), la dominación del estado moderno se apoya primero en la homogeneización legal y lingüística, después en la esclerotización de la cultura dominada que ve esquematizadas sus raíces y, por último, en la centralización política y en la productividad patriótica. Esa razón política que aplastó las diferencias la representa la Ilustración, mejor que ningún otro pensamiento anterior. De hecho, a la decisión de la Revolución francesa de reconocer a los ciudadanos todo como individuos pero nada como parte de otra comunidad que no fuera la nación (Todd, 1995) se sumó el empeño de hacer desaparecer los rasgos distintivos de los pueblos de Europa (Llobera, 1996). El cosmopolitismo se reducía a una minoría muy pequeña de europeos, pero se convirtió en hegemónico (194) porque circuló en las principales publicaciones y arraigó en las élites dirigentes (Hobsbawm, 1991: 107). En su enfrentamiento con Voltaire, Rousseau denunció que "diferentes pueblos convergían en un mismo tipo de educación, un mismo gusto literario, unos mismos hábitos, un mismo tipo de gobierno, unas mismas diversiones" (Llobera, 1996: 217) y rechazó un concepto del patriotismo ligado a la humanidad para defender "la conservación de lo que es característico de cada nación" (Ibid, 207). Con todo, la lógica de la homogeneización cultural se

remonta, como ha demostrado Bajtin (1995: 36 y ss), a los siglos XVI y XVII, sólo que, si el Estado absolutista anuló las diversidades locales o regionales mediante la represión, el estado nación las integró en la cultura nacional, en unas ocasiones, aprovechando su responsabilidad de gestionar su territorio y, en otras, usando dispositivos institucionales de aculturación (Llobera, 1996).

Beltrán (1995) detalla algunos aspectos del proceso que en las primeras décadas del siglo XIX llevó a reducir la pluralidad del folklore aragonés en la hegemonía de la jota. Igual que *las Alteraciones de Aragón* reenvían a la forma en que las Monarquías absolutistas redujeron los particularismos a través de la fuerza militar, esas apropiaciones institucionales de la cultura popular aragonesa dialogan con la forma en que, según Martín Barbero (1993: 169), el nacionalismo de estado minimiza la diversidad cultural interna. En unos casos, la convierte en folklore para ser ofrecida como curiosidad; en otros, si se revela inasumible, la proyecta sobre el conjunto de la nación. La jota, como construcción social ligada a la formación de la cultura española de los dos últimos siglos, ejemplifica esta segunda estrategia; la marginalidad social e institucional de las lenguas o de la cultura tradicional aragonesa reenvía al primer mecanismo de absorción de la diferencia que, como anota Llobera (1996), se apoya sobre todo en la educación, el dominio institucional y la coerción política. Según Martín Barbero (1993: 98), la uniformidad cultural persigue mantener el estado, los intereses económicos o la frustración cultural; en esa lógica, como señala Llobera (1996), necesita ser reforzada por medio del nacionalismo político y según ideologías creadas por determinados grupos sociales y coincidentes con los territorios hegemónicos (195). La creación al efecto de organismos estatales, como la Academia Francesa en el siglo XVII o la Academia Española de la Lengua un siglo después o el Centro de Estudios Históricos en el siglo XIX, explicita esa forma de construir las *culturas nacionales desde el estado*. Incluso la peculiaridad jurídica o la historia milenaria de Aragón ha acabado, siguiendo esa lógica, situada recuerda en el pasado o descargada de conflictividad, a la manera que apunta Martín Barbero (1993: 197).

Al reescribir este texto secular, la movilización autonomista se posicionó en relación a esa dominación cultural de lo estatal y, al mismo tiempo, reveló hasta qué punto la sociedad aragonesa ha interiorizado ya y hecho suyos algunos de los dispositivos que han aculturado lo aragonés. La escasa presencia social e institucional de la jota dentro de las manifestaciones e, incluso, de los discursos aragonesistas de estos meses sugiere el intento de eludir prácticas culturales asociadas a la regionalización de lo aragonés como español, sobre todo si representaban una visión conservadora de ambas identidades o se asociaban con la aculturación baturrista. Las actividades culturales y de entretenimiento organizadas en 1992 y 1993 con motivo del Día de Aragón incluían una pluralidad de

formas culturales tradicionales o cultas, folklóricas o rockeras, eruditas o masivas: La mayoría de ellas las organizaba el Gobierno autónomo a través del programa *Pignatelli, espacio abierto*. La escasa presencia de la jota en esa programación institucional y, también en la representación que los medios hicieron de esas actividades, contrasta con la importancia otorgada a los dances Yebra de Basa, Alcalá de la Selva, Codos y La Almolda o a las actuaciones de Cornemusa y de Labordeta. Igual que la invasión cultural forma parte de la estructura de dependencia, también la creatividad social "puede ser vínculo de identidad" (Mattelart, 1993: 267) e, incluso, ayudar a superar la dominación mediante la toma de "una conciencia de sí mismos" (Ibid, 256). Estas apropiaciones de las formas culturales denota voluntad de cambiar esa lógica que uniformó lo aragonés a la española. En esa hipótesis, la representación mediática adquiere valor político, porque, como señala Perceval (1996: 117), tanto la homogeneización de las imágenes como la aparición de tópicos se alimentan de un imaginario marcado por ritos y creencias de siglos, pero para pervivir necesitan del discurso medial:

"Miles de millones gastados en propaganda institucional, en libros a mayor gloria del señor presidente, en mandar cartas a los aragoneses de claro contenido partidista; ha utilizado usted la Diputación General a su servicio, al servicio del PAR, su política ha sido de patrimonialización del Gobierno regional" (Marco, J. Boca, 65: 1983).

Cinco mil escolares, San Jorge y el Dragón (El Periódico, 22.4.92); *San Jorge peleó en la Chimenea contra el dragón del rock* (El Periódico, 24.4.92); *Rock internacional en la fiesta autonómica* (Haldo, 19.4.92); *Trallazo rockero* (Haldo, 22.4.92); *Borau asistió al reestreno de Orosia* (Haldo, 24.4.92); *Aragón recupera un texto emblemático del medioevo* (El Periódico, 21.4.92); *El ritual de Coronación de los Reyes de Aragón, según Pedro IV* (Haldo, 20.4.92).

Si se atiende al protagonismo adquirido por los tambores o por los cantautores de la transición democrática, la cultura popular y el espectáculo de masas aparecen como dos espacios sociales y culturales desde los que se intentó reconstruir lo aragonés, sin poner en peligro su pertenencia a lo español, pero rediseñando algunos aspectos de su regionalización. El aviso de Ebrópolis (1996) de que los medios aragoneses dominantes han ayudado a la consolidación de los estereotipos identitarios queda quebrado en este acontecer, puesto que, al convertir en *issues* noticiosos estos usos alternativos de lo aragonés, facilitaron su implantación social y su consolidación. Según Gramsci (1977), la hegemonía no se consolida ni subvierte sin consenso social. Esta toma de posición de los medios se revela como una mediación necesaria para ese cambio de lógica y, por tanto, como una estrategia específica de lucha contra lo estatal (196). Para Hebdige, el estilo se convierte en el espacio

donde con mayor fuerza se producen los enfrentamientos de poder, sobre todo porque expresa la forma en que los sujetos se viven dentro del sistema "mediante su participación en los signos culturales" (en Beezer, 1994: 119). Y, según De Certau, el modo de hacer de las subculturas "conmociona la racionalidad del poder establecido" mediante el aprovechamiento de las oportunidades propias y los espacios de la hegemonía (en Grandi, 1995: 232). En esa perspectiva, esta forma de aflorar la diversidad del folklore popular aragonés o la apuesta por la cultura juvenil denota que, a la manera del Estado nación, se aprovecharon la coyuntura y la capacidad de las instituciones autonómicas para situar lo aragonés en los espacios de la modernidad y para eludir estereotipos identitarios (*La DGA se quitó el cachirulo por la gente joven*, El Día, 23.4.92).

La organización por parte del Gobierno autónomo de un recital de rock bajo la denominación *Concierto por la Autonomía Plena* adquiere así valor político, más aún si se tiene en cuenta que el estilo subvierte la hegemonía no tanto por sus contenidos como por su capacidad para desorganizar los códigos dominantes (Grandi, 1995: 168). La promoción de actividades sobre cultura tradicional aragonesa, como las exposiciones de artesanos de Aragón, de deporte tradicional y de *Ropas Ampradas*, o de prácticas culturales más eruditas, en concreto la edición del Ceremonial de la Consagración y Coronación de los Reyes de Aragón, los Premios Arnal Cavero, la muestra de Documentación bibliográfica aragonesa o la videoetnografía aragonesa, sugiere una construcción de lo aragonés alternativa a la hegemonía estatal, sobre todo porque fueron concebidas como complemento de las manifestaciones autonomistas y vividas en esa situación de comunicación (197). Como hace notar Vernier (1974: 73), los códigos "no son instrumentos de expresión o transmisión neutros"; más bien están "producidos y utilizados por la clase dominante". En cuanto apropiación de lo aragonés, esta programación cultural se revela mediada por el poder institucional del Gobierno de Aragón y, por tanto, si se alimentaba de una voluntad de cambiar aspectos de los códigos sobre los que había construido su hegemonía el patriotismo de estado, también sugería una propuesta comercializada de lo aragonés, que favorecía, por tanto, la reproducción de una determinada dominación social. Además, en la medida que fueron presentadas como expresión y comunicación al servicio de todos (3.2), ese programa oficial de actos y actividades adquiriría sentido ideológico porque ocultaba los intereses del Gobierno autónomo, o quizá mejor del nacionalismo aragonés y de los sectores sociales que representaba.

La racionalidad burguesa, y de forma especial el discurso liberal, usó el folklore como instrumento para integrar lo local y regional en lo nacional, pero para ello necesitó vaciarlo de contenido político. Volviendo a ese proceso de aculturación de lo popular que describe Martín Barbero (1993: 98), las

particularidades territoriales o sociales pasaron a formar parte de lo nacional a costa de ver negado su "derecho a existir" y de aceptar una idea de sí mismas que se identificaba, sobre todo, con "el mundo urbano europeizado" (Ibid, 167). Esa lógica constructiva hizo que lo vasco simbolizara la España arcaica y eterna (198) o que los aragoneses devinieran en nobles y tozudos, valientes y enamorados de la independencia, rústicos e ignorantes (Beltrán, 1995). Para ello, se partió de algunos rasgos concretos de la cotidianidad social que, una vez generalizados, pasaron a representar lo comunitario con el sentido uniformador que demandaba la hegemonía estatal y burguesa. Hobsbawm (1991: 101) avisa que "sería un error ver estos ejercicios como una pura manipulación desde arriba", pero asume que este uso "nosocentrista y sociocentrista" de la cultura popular facilitó que esa construcción de la nación se aprovechara de la legitimidad social que disfrutaban estas identidades preexistentes. En la regionalización de lo aragonés, esos mestizajes falsificaron lo popular, pero sobre todo centralizaron el tópico, de forma que pasó a dominar la forma en que los españoles vivieron lo aragonés e, incluso, en que se pensaron a sí mismos los aragoneses (Beltrán, 1995: 82). En esa perspectiva la resemantización política de algunos tópicos baturristas (4.2.1.3) o de la tríada El Pilar-Ebro-Jota confirma que, como la hegemonía se redefine o refuerza porque nada es definitivo ni unívoco (Grandi, 1995; Barker y Beezer, 1994), se modificaron algunos aspectos de esa homogeneización cultural que ha aculturado lo aragonés e, incluso, se opuso la pluralidad de la cultura propia a la uniformidad impuesta por lo estatal:

"Tiene el jardín de mi España/el rosal de Zaragoza,/y sus dos flores sublimes/son el Pilar y la Jota" (Ferrer, J.M. en Astráin, 1988: 76)

"Ni el baturro clava clavos/con la cabeza al revés/ni un baturro ichufla, chufla!./nunca hizo parar el tren" (Capella, E. en Ayerbe, 1988: 45).

En el Debate sobre el Estado de la Región (5 y 6 de junio, 1993) el Presidente de Aragón dio por cumplido, como tercer gran objetivo de su proyecto de gobierno, el reforzamiento de la identidad aragonesa y, entre las políticas llevadas a cabo con ese fin, incluyó "el fomento de nuestra cultura en sus manifestaciones más variadas" (BOCA, 65: 1980).

Keating (1996: 44) apunta que actualmente se están reafirmando lenguas y culturas minoritarias no por cuestiones folklóricas o estéticas, sino como un acto de poder, porque permiten a esas sociedades redefinir su participación en el marco del Estado nación. La presencia del tambor en las manifestaciones autonómicas, o de otros elementos de cultura popular aragonesa a lo largo de la movilización, devuelven a estas prácticas sociales el valor político identitario que la racionalidad

burguesa les quitó. En cambio, por esa misma lógica, se insertan en la nueva reapropiación identitaria de lo popular que han puesto en marcha los nacionalismos subestatales y, en el caso español, algunos Gobiernos autonómicos. Vidal (1986: 167) ha atribuido al tambor la capacidad de negar lo individual para fusionarse en lo colectivo e, incluso, de ser "un vehículo de afirmación y [...] una ocasión de rebeldía" (Ibid: 169). En esa clave de lectura su protagonismo en la manifestación adquiere aún más sentido como estrategia y dispositivo de alternativa a la hegemonía cultural de lo estatal español. Gramsci (1977: 331) ya avisaba que la hegemonía burguesa acostumbra a convertir el folklore en espectáculo en lugar de enseñarlo en las escuelas y a presentarlo como un elemento extraño, raro o pintoresco y no como reflejo de una concepción de la vida y del mundo. Estos usos del tambor reenvían a esa espectacularización de la cultura popular, pero también a esa resignificación que dota de valor político a la fiesta hasta convertirla en el espacio donde se construye e identifica la subcultura.

Para Lisón (1992: 151), la fiesta es "un poderoso generador de especificidad" que condiciona la vivencia de los otros, porque ocupa en exclusiva "un espacio nodal, sagrado, supremo, sin parangón". El discurso autonomista enfatizó lo festivo como espacio de expresión social alternativo y rito cívico que vincula a la comunidad (4.1.1.5): Ayudada por sus reminiscencias a la festividad de San Jorge y al día de la Comunidad, la fiesta devino en referencia simbólica sobre la que se cimentó la adhesión social y el carácter masivo de las manifestaciones. El Gobierno autonómico aprovechó la movilización para promocionar la diferencialidad cultural aragonesa, a partir de "la cultura tradicional de Aragón [...] en su baile - jota y dances -, una peculiar gastronomía, un sentido del humor característico y, además de la reciedumbre de la expresión, un desapego a lo fastuoso" (DGA, 1992a: 8). Esta forma de contraponerse a la hegemonía cultural confirma que, a la manera apuntada por Hamelink (1981), las identidades minoritarias pueden potenciarse reactivando las costumbres religiosas tradicionales o afirmando positivamente las artes y manualidades locales, el teatro popular o la música folklórica. Pero, sobre todo, estas referencias adquirieron valor político por la situación y el contexto de comunicación en que fueron producidas y consumidas: Lo festivo aparece entonces como el espacio público desde el que reivindicó la sociedad aragonesa y, por tanto, desde el que, siguiendo a Grandi (1995: 163), se nacionalizó lo aragonés y se atacó el código de la hegemonía. La misma pluralidad social, ese mostrarse juntos de quienes se identificaban con el tambor y la jota o de quienes se viven comunitariamente a través los cantautores, aparece entonces como un reflejo de la fiesta popular y, por tanto, como una muestra más de su capacidad de respuesta ante la uniformidad de la racionalidad burguesa.

Como anota Colombo (1976:30), el grado de hostilidad, repulsa o rebelión a la hegemonía depende de los símbolos comunitarios esgrimidos. La mayoría de las apropiaciones autonomistas se revelan más bien defensivas, guiadas por la idea de que "los pueblos con una identidad fuerte están en mejores condiciones de sobrellevar la homogeneización de valores, cultura e instituciones" (Eiroa, BOCA, 65: 1986). La misma formulación de lo festivo incidió en esos límites de la respuesta aragonesa, puesto que los impulsores de la movilización reiteraron que no se oponían al Estado ni a la Constitución o que las manifestaciones sólo iban a favor de Aragón. Cuando explica etnonacionalismo como respuesta a la dependencia cultural y económica dentro del estado, Hechter (1975) señala que no se construye una *cultura nacional*, sino una cultura central que domina a las demás estableciendo fronteras étnicas. El análisis de Rokkan asume la importancia del centro y la periferia en el estado moderno, pero la liga a la combinación de cuatro factores, entre ellos la variedad cultural y lingüística o la distancia geopolítica a centros urbanos e industriales (en Llobera, 1996: 162). La dependencia no se reduce así a lo político; es también económica y cultural. Keating (1996) llega a afirmar que la construcción nacional (199) queda marcada por la forma en que se entiende la difusión de la cultura nacional, ya sea el unitarismo del modelo francés o el multiculturalismo de la tradición anglosajona. Como la forma de ejercer la homogeneización de lo español tuvo mucho que ver con ese construir el estado desde un centro revigorizado y superior, la respuesta aragonesa en esta movilización pudo quedar limitada a lo defensivo, pero al mismo tiempo se expresó a través de contenidos simbólico emocionales que, a la manera del Ebro y El Pilar, afectaron a las prácticas culturales y los complejos míticos que más representaban la centralización política. Por esa misma lógica, tal como sugiere la concentración ante las Cortes Generales, la calle y la fiesta aparecen como los espacios sociales capaces de compensar el déficit de lo aragonés en los espacios político institucionales.

Esa elección estratégica adquiere valor en la medida que la construcción de lo estatal y sus efectos en la homogeneización de lo cultural se tradujo también en una aculturación de lo popular por lo culto y erudito que se prolongó durante siglos (Bajtin, 1995; Martín Barbero, 1993). Si la religiosidad aragonesa era muy plural (200) cuando fue españolizada por primera vez mediante la reducción al culto pilarista durante la Contrarreforma (Mairal, 1995) e, incluso, cuando el Pilar quedó ligado a la Hispanidad al comienzo del siglo XIX (Gracia, 1993: 46), también la variedad de bailes y dances caracterizaba a Aragón, hasta que "desde el primer tercio del siglo XIX" aquellos quedaron relegados y la jota devino en "el baile y canto por antonomasia de Aragón" dentro de un proceso que, de ser un tipo más de jota regional relacionada con el fandango, la convirtió en la más representativa de España (Beltrán, 1984: 82 y 106). Esa apropiación españolista de una parte de la religiosidad o de la

cultura popular aragonesa se revelan expresión de la complejidad y contradicciones de los procesos donde se construye la hegemonía (Martín Barbero, 1993), pero también de los elementos de clase que mediaron la regionalización española de lo aragonés. En ese proceso el culto pilarista añadió a su carácter de tradición mariana, primero, entrecruces con el folklore y, más recientemente, con el espectáculo social y de masas (4.2.1.3); y la jota ha dejado de ejecutarse como una actividad lúdica para pasar a ser exhibición de habilidades o espectáculo, por la misma lógica que el traje ha sustituido su valor de indumento cotidiano por el de disfraz festivo ocasional (Beltrán, 1995).

A ese valor de la calle y la fiesta para contraponerse a la hegemonía de lo español estatal articulado alrededor de la escuela, las industrias culturales y la iglesia (Fox, 1997), se sumó la apropiación del espectáculo o de la lengua hablada por parte de quienes se identificaron con la movilización. Herder ya apuntaba el valor identitario de "la lengua en la que hacemos el amor, rezamos y soñamos, que es nuestra lengua más íntima, nuestra lengua de culto" (en Llobera, 1996: 210). Pero, además, la hegemonía de lo moderno ha esgrimido argumentos gramaticales o estéticos para considerar las lenguas minoritarias "inadecuadas para las necesidades expresivas y cognitivas de la modernidad" o para marginar las culturas no oficiales en el folklorismo (Llobera, 1996: 284). De ahí que esa presencia de la lengua hablada en los textos mediales, la emergencia de algunos textos en fabla o en *baturreo* y la afirmación de diversa cultura popular aragonesa adquiera valor político. Sobre todo, si se acepta la hipótesis de Brass (1997) de que el grado de diferenciación cultural y lingüística constituye uno de los rasgos necesarios para que una comunidad pase a ser nacionalidad. O, si se atiende al análisis de Grandi (1995: 166) de que, al oponerse y diferenciarse de la lengua normalizada y escrita dominante, la lengua hablada actualiza la lucha de las subculturas contra el poder mediante el desorden semántico o el bloqueo del sistema de representación. En el contexto de exaltación aragonesista y de demonización del centralismo esas apariciones en espacios sociales de prestigio (*Aragón no recula aunque lo mande la bula*, El Periódico) hicieron del chascarrillo o de la risa festiva (*Bolea: "Borrell confunde el Ebro con la vaca de Venancio"*, El Periódico, 16.1.93) un vehículo de reivindicación política y, por tanto, de respuesta a la lógica de clase y territorial sobre la que se cimienta lo estatal:

"[...] Esta tierra, sus hombres, se han puesto en pie y va a ser muy difícil doblegarlos. Aragón no recula, aunque lo mande la bula" (*Aragón no recula con o sin bula*, El Periódico 24.4.93, Timón. Suelto).

"Pa que Aragón fuese rico/hicieron grandes pantanos,/y como seguimos pobres/ahora quieren inundarnos./ A las aguas de Aragón/señalan raros destinos,/Dios nos mandó ser hermanos/pero no dijo ser primos./ Se empeñan en inundarnos/en favor de otras

regiones/tendremos que poner freno/a esta tanda de abusones" (Julio Anoro, 1917 en Ayerbe, 1988: 34).

"- Quió Usebio que te paice l'albornoz con esa mancha tan grande. ¿Saldrá u s'echará a perder tan buena pieza?

- Me paice Cerilo que con agua amanta bien pué que salga" (*En las playas monegrinas*, portada de la revista Ebro, julio de 1931, referida a los riegos; en Peiró y Pinilla, 1981: 169).

En otros momentos, esa presencia de la lengua hablada en la cultura escrita o en la oral ha sido valorada desde la corrección o gramaticalidad y desde la calidad literaria, obviando aspectos políticos e ideológicos, como su valor identitario porque ayudaba a una parte de la sociedad a verse y reconocerse a través de ese tipo de lenguaje. Eduardo Ibarra, creador de la Revista de Aragón en la segunda mitad del siglo XIX, llegó a calificar *La gente de mi tierra* de "colección de chascarrillos vulgares, escritos en el lenguaje pedrestre, incorrecto y chabacano con que suele expresarse la gente del pueblo" (en Zapater, 1995: 22). Esta forma de racionalidad burguesa confirma la tesis de Fiske de que los usos lingüísticos de la cultura popular ofenden a quienes pertenecen a la burguesía, porque esta valora el texto según el respeto a la disciplina del sistema lingüístico y aquellos siguen pautas distintas a las oficiales, como la corrección (en Grandi, 1995: 244). Por eso, sin olvidar la ambivalencia del baturrismo (4.2.1.3), el hecho de que en la reivindicación autonomista algunos participantes o medios de comunicación usaran ese tipo de lengua hablada sugiere una forma de vivir la realidad como propia, generando sentimiento de identificación y participación (Martín Barbero, 1993), pero también la transgresión intencionada de los códigos cultos (Bajtin, 1995). En la lógica bajtiana lo hablado aparece incluso como un elemento más de lo paródico y de lo carnalesco, puesto que incorporó elementos de la tradición cómica popular (4.1.1.5); si se leen estos usos del humor desde la óptica de Vidal (1985) o Beltrán (1995), para quienes el *somarda* expresa la resistencia defensiva de lo aragonés, esta forma de reír también ayudó a hacer frente al poderoso.

Aunque fueran ocasionales y su resemantización política se revelara coyuntural, estas estrategias confirman que el lenguaje y la cultura se convirtieron en espacio de combate y de poder donde se pusieron en cuestión algunos de los principios y dispositivos en que se apoyó la homogeneización. Si esa lógica uniformista dotó a lo diferencial aragonés de un sentimiento de culpabilidad, de inferioridad e, incluso, acabó asociándolo con lo rural español, también le impuso (201) secularmente los modos de transmisión del saber y hasta este mismo saber, ya se tratara de la legislación o la lengua estatal, de un canon estético y literario o de una interpretación de la historia de España. Estas tácticas intentaron

cambiar las condiciones que han devaluado socialmente lo aragonés y han arrinconado sus lenguas, literatura y folklore, puesto que trastocaron los códigos dominantes que, como recuerda Martín Barbero (1993), han aniquilado lo popular dentro del proceso modernizador que desde el Renacimiento ha destruido su cuadro de vida. Con todo, el Estatuto de Autonomía reformado (LO. 5/96) no dio rango oficial a la pluralidad lingüística de Aragón (art. 7) ni dejó de considerar, en gran medida, la cultura aragonesa como un patrimonio que se debe proteger, conservar y promocionar (art. 35.30a). Por eso, parece idealista o interesado el optimismo de quienes, tras el apoyo colectivo a la autonomía plena, han considerado "un mero paréntesis en la identidad histórica aragonesa [...] los repetidos intentos de españolización a ultranza auspiciados desde el siglo XVIII por el Estado centralista" (Eiroa, 1995: 56).

Jovellanos (1979) repasa los juegos y espectáculos de los diferentes territorios de España y los ve integrados ya en lo español. Muestra su satisfacción por "un pueblo entero, sin distinción [...] correr y saltar en pos del tamboril" o relaciona estas actitudes con la "la unión, de la fraternidad y del ardiente patriotismo que reina entre sus individuos" (Ibid, 122). Además, sitúa el hecho diferencial vasco en el folklore y lo mira con la idealización y superioridad de lo erudito sobre lo popular que Beltrán (1995) o Martín Barbero (1993) atribuyen a los ilustrados. Cuando analiza las costumbres aragonesas, traslada esa lógica uniformadora y la da por cumplida, afirmando incluso que en el siglo XII "los juegos y regocijos de su nobleza y pueblo distaban poco" (Ibid, 84) de los de Castilla. Más allá de que la historia aconseje ponerla en cuestión, esta lectura dialoga con el hecho, anotado por Keating (1996: 205), de que el Reino Unido no suprimió las diferencias nacionales, sino que más bien las preservó y les dio un sentido; en cambio, el modelo francés homogeneizó instituciones y culturas territoriales para crear lo nacional. Sin embargo, la traslación de ese modelo al proyecto modernizador de los Borbones incluía unificar una variedad de estados con lenguas, culturas e instituciones particulares e, incluso, la instauración de "una hegemonía cultural" de clase, a la que se facilitaba la incorporación de "los individuos en ascenso de los territorios periféricos" (Keating, 1996: 43). Esta puesta en escena de lo estatal valida la tesis de Hobsbawm (1991) de que la integración nacional deviene en dispositivo de dominación que usan los territorios y grupos sociales sobre los que se articula el estado. Y, si se parte de la lectura que Martín Barbero (1993) hace de los mestizajes como espacio clave donde adquieren sentido y forma las identidades o los procesos en que estas se construyen, esa hegemonía de lo burgués y de la España vista desde Castilla aparece como una mediación que marcó la regionalización de lo aragonés como español a través de políticas uniformadoras:

"Lo aragonés, desde el punto de vista étnico, se fundiría en un crisol territorial en el que se fueron vertiendo sin orden, concierto ni medida, los mas variados ingredientes humanos incorporados a un núcleo común [...] Aragón existía en los tiempos medios [...], habiendo alcanzado una cierta uniformidad antropológica en el siglo XVIII" (Beltrán, 1995: 62-4).

"[...] a punto de llegar la Europa sin fronteras, Aragón aporta al legado común europeo [...] una peculiar manera de entender la cultura, basada principalmente en el universalismo [...]. Ninguna comunidad nos adelanta en la universalidad de sus gentes" (DGA, 1992a: 8).

Si Morin ha afirmado que todas las culturas nacen y se hacen a través del encuentro de culturas distintas (202), Beltrán (1995: 78) ha hecho notar que a lo largo de su historia los pobladores de Aragón "han cambiado su cultura, incorporado novedades y abandonado raíces", pero "cada cultura no barrió las anteriores ni renovó totalmente las poblaciones". Y, llevando esa lógica de razonamiento a la movilización autonomista, su énfasis en que en el siglo XVI poblaciones enteras eran moriscas o en que en 1610 los moriscos expulsados suponían una quinta parte de la población aragonesa (Ibid, 62-4) reenvía a la asunción del carácter abierto de los aragoneses o a la exaltación del mudéjar como seña de identidad aragonesa que realizó el Gobierno de Aragón. El mismo discurso nacionalista asumió el carácter integrador de los aragoneses, y por tanto el mestizaje, como uno de los rasgos de la identidad comunitaria (4.1.1.3). Esta forma de vivirse dialogó con el pensamiento social y académico dominante, por lo que lo prolongó y reforzó. Este énfasis en el universalismo de lo aragonés (DGA, 1992a) puede ser leído como una estrategia defensiva de quienes necesitaban eludir cualquier acusación de etnonacionalismo sobre la movilización. Sin embargo, además de demostrar que se interiorizó la demonización de los nacionalismos, ese argumento sugiere que este análisis del pasado y del presente obvió lo que de combate político o social late en los entrecruces culturales y, por tanto, naturalizó la dominación que españolizó lo aragonés.

En su lectura de la nación la Revolución francesa enfatizó el deseo de unicidad y uniformidad, así como de libertad e igualdad. La devolución al pueblo de sus libertades incluía la unidad de la nación, porque eso conllevaba "el fin del dominio de la aristocracia, de los privilegios regionales [...] y de la miriada de instituciones intermedias y corporativas que existían entre el individuo y el estado" (Ibid, 241). En los cuadernos de las parroquias el Tercer Estado apuesta, junto a su petición de cada ciudadano un voto, por atenuar las diferencias de clase y por poner fin a las diferencias entre provincias promoviendo la igualdad y la uniformidad entre ellas, porque veían las identidades

regionales como un obstáculo para la idea patriótica (Ibíd, 239-40). Aún así, mediado el siglo XIX Francia estaba lejos de ser un estado-nación homogéneo, por lo que el proyecto nacional de la Tercera República y de los grupos sociales que lo lideraban concentró sus esfuerzos patrióticos en la homogeneidad cultural y lingüística. Además de que se responsabilizó a esa débil cohesión interna de la pérdida de Alsacia y Lorena, el ideal nacional de Renan entendía la nación como una herencia común de memorias y un deseo o una voluntad de convivencia. Como modelos de enculturación patriótica y de emasculación de las identidades territoriales o sociales, la propuesta jacobina y la de Renan adquieren valor en la regionalización de lo aragonés: Aquella medió la modernidad que hizo posible esa aculturación; esta sirvió de referencia a la invención de España llevada a cabo en la transición del siglo XIX al XX.

En la medida que se desarrolló dentro del proceso de construcción del Estado y de la dominación burguesa, esta nacionalización española de lo aragonés se canalizó, en gran medida, a través de la relación institucionalizada que mantuvieron el sistema educativo, la iglesia y las industrias culturales. Según Fox (1997: 263), esta invención de España usó la escuela por su capacidad para aunar lengua, cultura y valores cívicos (Ibid, 263). Sin embargo, unos días antes de la concentración ante el Congreso y dentro del debate sobre los nacionalismos que organizó en Zaragoza el Seminario por la Paz, López (1994: 25) atribuyó la actual debilidad del Estado a esa desestructuración del proyecto educativo español. Esta hipótesis dialoga con las lecturas de quienes insisten en el fracaso del proceso uniformador en España, aduciendo, en unos casos, que su aplicación con excesivo rigor ha producido reacciones centrífugas (Moreno, 1997) y, en otros, que la monarquía española ha sido "incapaz de promover la unidad tanto institucional como emocional entre sus reinos españoles" (Koenigsberger en Llobera, 1996: 159). De una u otra forma, este discurso sobre la debilidad de lo español facilitó la puesta en juego del poder de lo estatal durante este proceso social. No sólo porque, como demuestran los reenvíos a algunos episodios históricos o la emergencia de la plural cultura aragonesa, una parte del discurso autonomista se alimentó de esas historias, culturas, identidades y mitos minoritarios que han conseguido superar esa lógica de la uniformidad. También porque la crisis del proyecto socialista y su forma de gestionar el Estado autonómico abrió aún más grietas en esa debilidad de lo estatal español y permitió que lo aragonés minoritario se afirmara como una forma de vivir y expresar el acontecer social, diferente, cuando no contrapuesta, a la del Estado centralizado:

"Se ha convertido [*El Pilar*] en algo así como un mitomotor, en un complejo místico-simbólico sagrado, en una poderosa, persistente, intensa, y fecunda creación cultural,

todavía en proceso significador y significante. [...] se transforma con el paso del tiempo en categoría cultural que canaliza y define maneras de ser y se convierte en un predicamento de cómo se han visto y pensado no sólo implícita y metafóricamente, sino real y profundamente los aragoneses, sus creadores" (Lisón, 1992: 176).

"A España se la puede sentir e interpretar de muchas maneras y es injusta la actitud de aquellos que creen que sólo se puede sentir a España como nación unitaria y el que no lo hace así la traiciona. Los alemanes son muy alemanes a través de sus diversidades" (Calvo Alfaro, J. *Aragón Estado*, 1933).

"no hay una historia de España escrita con criterio nacional español. [...] Todas las regiones españolas, [...] procuraron en sus historias afirmarse a sí mismas, atribuirse las glorias nacionales, negando a las empresas en que intervinieron todos, y que por lo mismo eran nacionales, este carácter [...] De ahí [...] que la historia de España sea un conglomerado de dos o tres historias" (Giménez Soler, A. en Fernández Clemente, 1995: 576).

"En España, el campo de las diversidades étnico lingüísticas [...] abonado por el fracaso liberal en universalizar la lengua y la cultura desde una potente escuela pública estatal. Con un 80 % de analfabetos, a finales del siglo pasado se mantenían las estructuras lingüísticas del catalán, del gallego y del vasco, la solidaridad de la patria chica, la fortaleza de la red de familia y vecindad contra el expolio del estado (López, A. 1994: 25).

Al margen de que Herder considerase la lengua el alma de la nación y el criterio básico de nacionalidad, el patriotismo de estado la convirtió en instrumento básico de su proyecto nacional por sus virtualidades políticas dentro del aparato del estado. Hobsbawm (1991: 102) destaca que en los proyectos de estado nación la lengua actúa como elemento de homogeneización a través de la alfabetización escolar, aunque añade otros valores nacionales como su relación con determinados usos oficiales, en concreto los procedimientos administrativos o los censos (Ibid, 109). En estos casos, la lengua operaba junto a la burocracia estatal o el ejército, una de las "dos grandes instituciones de educación de las masas" (Ibid, 125). Hasta la formulación de Fichte o Herder, la lengua había merecido escasa valoración como atributo nacional; partiendo de que diversas regiones hablaban el bretón, el vasco, catalán, alemán y occitano, la Revolución francesa usó la lengua para reforzar el dominio político burgués y reinstaurar las diferencias de clase, puesto que algunos grupos sociales ejercieron el dominio social a través del conocimiento del francés estándar. Llobera (1996: 248) recuerda como, enmascarando esa voluntad de control social bajo el discurso de la participación

democrática, lo burgués hizo de la lengua su dispositivo de dominación, porque la unificación lingüística primaba la gramática y la norma que el pueblo desconocía. Por eso, cuando no sacó adelante la ley de 1794 para crear una lengua nacional, la Revolución difundió esta a través de clubs, festivales, periódicos y más tarde el ejército.

Ese uso de la lengua pone de manifiesto las contradicciones apuntadas por Habermas (1994) entre el ideal de igualdad formal de la doctrina liberal y las desigualdades sociales engendradas por las relaciones de mercado. Pero, al mismo tiempo, ejemplifica la escisión que la modernidad produjo entre cultura oral y escrita (Bajtin, 1995). En España esa lógica impuso una única lengua oficial que, además, fue acompañada de un alto grado de normalización. En su misión de limpiarla para que brillara y diera esplendor la Real Academia de la Lengua incluyó escribir con corrección y la aplicación de la gramática, pero también el desarrollo de una lexicografía monolingüe. Al primer Diccionario de Autoridades (1726) se incorporaron, como recoge el prólogo, "voces peculiares y propias, que se usan frecuentemente en algunas provincias y reinos de España [...], aunque no son comunes con Castilla; y en las de Aragón se omiten las que vienen de la lengua lemosina y no están autorizadas con los fueros, Leyes y Ordenanzas de aquel reino". La satisfacción de las clases dirigentes aragonesas porque una de las cuatro especialidades correspondía a las voces diferenciales aragonesas no oculta que ese primer diccionario general del castellano concebido desde lo español reconoció la diferenciación lingüística, pero integrándola en la lengua nacional y supeditándola a ella. Mirando a Foucault (1996), esa estrategia confirmó que el poder no es tanto un lugar de represión o censura, como de producción de realidad. Cuando relata la experiencia escocesa, Keating (1996: 199) anota que se construyó la identidad británica sobre lo inglés, mezclando integración y respeto a la diferencia, pero sin evitar el arrinconamiento cultural y lingüístico. Sin la fuerza uniformista del modelo francés aplicado en España, ambos reservaron la lengua oficial como expresión de la cultura nacional y ligaron a ella la imagen de modernidad y progreso.

Hace catorce años Darío Vidal anotaba que Aragón se caracterizaba "por una gran riqueza dialectal e idiomática y por haber alumbrado millares de voces de uso local. [...], pero están cayendo en desuso" (1986: 52). El dominio del castellano en la comunicación institucional o mediática durante la movilización autonomista confirma que la mayoría de los aragoneses se viven monolingües y, como predice Hobsbawm (1991: 125), no ligan "el declive de lenguas localizadas o de poca circulación [...] a la hipótesis de la opresión lingüística nacional". Esa asunción del mestizaje con lo castellano (4.1.1.3) no evitó que las lenguas minoritarias, de forma especial el aragonés, intentara conquistar espacios nuevos y de prestigio social al amparo de la exaltación identitaria generada por la autonomía plena.

Aún así, su presencia esporádica en los medios o la publicación del Diccionario de Andolz pusieron de manifiesto que este proceso social no cambió la situación diglósica de Aragón. Según Keating (1996: 18), la diglosia tiende a producir "complejos de inferioridad social", de forma que la lengua y la cultura vernáculas, y por extensión la sociedad misma, son consideradas "menos dignas y avanzadas" que la cultura de alcance estatal. Aunque mejoraran sus variables timóticas, las lenguas aragonesas minoritarias no mejoraron su posición institucional o social, puesto que el Estatuto reformado (DGA, 1996) trasladó el reconocimiento de la pluralidad lingüística aragonesa a una futura ley autonómica, todavía pendiente. Una Comisión Parlamentaria de las Cortes de Aragón ha criticado después que ese nuevo Estatuto no definiera las lenguas y hablas autóctonas (203), porque dificulta cualquier intento de cooficialidad y normalización. De ahí que pueda inferirse que esta movilización perpetuó la desvalorización institucional y la marginalidad social de las lenguas aragonesas.

Con todo, esta puesta en juego de estrategias activó también algunos de los espacios de conflicto y engaño que, como anota Fiske, perviven bajo el lenguaje (en Grandi, 1995). La desvalorización de las lenguas aragonesas por efecto de la lógica uniformista (3.1.1.2) reenvía también a la lucha por los recursos y las oportunidades que Brass (1997: 77) considera centrales en las movilizaciones identitarias de las sociedades modernas. De esa forma, la marginalidad de las lenguas aragonesas reforzó ese sentimiento de desigualdad y de privación relativa que latía tras la autonomía plena. Teniendo en cuenta que, según Brass (Ibid, 78), la lengua puede adquirir valor nacionalista porque aporta al combate identitario factores timóticos y pragmáticos, ese hacerse presente de la situación diglósica en que viven las lenguas minoritarias aragonesas ayudó a que algunos grupos la denunciaran en espacios públicos de prestigio, como los medios y las instituciones, y a que otros sectores sociales tomaran conciencia de esa situación. De hecho, varios años después las Cortes de Aragón apoyaron el informe de una Comisión Especial de Política Lingüística (204) que criticaba el tratamiento dado a las lenguas en el Estatuto reformado en 1996 y el retraso del Gobierno autónomo en la elaboración de la ley de lenguas recogida en el Estatuto. Esa misma Comisión ponía plazo a la elaboración de esa ley de cooficialidad, al mismo tiempo que pedía una propuesta para el catalán y el aragonés, "gradual y ajustada a cada territorio" (Heraldo, 4.1.97: 18). Además, incluía reivindicaciones que ni siquiera habían aparecido en los discursos autonomistas de la movilización, como la actualización del censo de hablantes realizado en 1981, la realización de un mapa lingüístico, el impulso de un plan de señalización y toponimia bilingüe y la inclusión de estas lenguas en el curriculum escolar:

"Algunas nacionalidades y lenguas pequeñas no tenían ningún futuro independiente. Esto era aceptado [...] incluso por gentes que distaban mucho de ser hostiles a la liberación nacional [...] donde la supremacía de la nacionalidad estatal y la lengua del estado no constituían un problema, la nación principal podía proteger y fomentar los dialectos y las lenguas menores que había dentro de ella, las tradiciones históricas y folklóricas de las comunidades menores que contenía, aunque fuese sólo como prueba de la gama de colores de su paleta macronacional" (Hobsbawm, 1991: 44).

"Somos un país trilingüe: Aragonés, castellano y diversas modalidades catalanas amplían nuestro patrimonio lingüístico enriqueciéndolo" (DGA, 1992a: 8).

"parece lógico inducir que el [...] debilitamiento del Poder aragonés arrastró consigo el arrinconamiento [...] de su propia lengua o la castellanización. O que, por la limitación de nuestro autogobierno y el importante voto centralista existente en Aragón, la realidad trilingüística de Aragón contituya todavía una realidad [...] ajena al plano de las instituciones. [...] Urge ir dando pasos hacia la normalización política de lo que ya forma parte de la realidad cotidiana (Eiroa, 1995: 62/3).

"Ahora en Fraga enseñan catalán... y me parece peor que enseñen aragonés, porque eso que llaman aragonés nunca ha existido. Son cuatro voces" (Blecua, José M. *Vivo donde siempre soñé: en una biblioteca*. Heraldo, 26.4.98: 7).

Hobsbawm (1991) deja claro que las políticas de asimilación lingüística y cultural necesitan, en cualquier caso, de la escuela. Ese discurso reenvía a la tesis de Althusser (1974) de que en el capitalismo avanzado el prestigio social del aparato escolar y su capacidad coercitiva sobre la familia y el individuo le dan especial fuerza a la hora de reproducir o construir la dominación. La escuela también le parece a Gramsci (1977) la actividad estatal más importante para construir la hegemonía social por su función educativa política. Y el mismo Hobsbawm (1991) ha hecho notar que la necesidad de alfabetizar la convirtió en el principal instrumento de socialización y de enculturación patriótica. Si trasladamos esa lógica a la invención de lo nacional español, el tratamiento marginal y estereotipado que ha merecido lo aragonés en los libros de texto (Buesa, 1996) y la reserva de los espacios más prestigiados para lo estatal español (Fox, 1997) sugieren que ha operado como instrumento básico de esa homogeneización cultural. Puesto que la hegemonía se expresa más en los códigos que en los contenidos, esa función enculturadora ni siquiera ha dependido de la información transmitida; ha bastado el tipo de lectura y de conocimiento que se ha propuesto. Como ha señalado Vernier (1974: 35), leer un texto supone aceptar "la mentira que representa *la lengua* y el conjunto de procesos retóricos como instrumentos de representación del mundo y como instrumentos de

acción sobre él". En esa perspectiva, las diferentes instituciones que han asumido la preeminencia enculturadora durante los últimos siglos, desde la iglesia a la escuela y los medios de comunicación, aparecen como aparatos y dispositivos de producción ideológica que han marcado la nacionalización de lo español y la regionalización de lo aragonés.

Según detalla Fox (1997), la historiografía y la literatura se sumaron a las instituciones anteriores a la hora de crear, preservar y difundir una interpretación del pasado y del presente de España, que legitimó la asimilación cultural de las identidades territoriales. Habermas anota que la literatura resultó decisiva en la construcción de lo nacional alemán, porque "llegó a ser institucionalizada como un aparato dentro de la sociedad civil que servía para impartir y reforzar actitudes y convicciones" e, incluso, "la crítica literaria pasó desde la academia a los periódicos y revistas, abandonando a menudo la esfera estética, mientras llevaba la literatura a la praxis de la vida" (en Fox, 1997: 23-4). Este uso de lo literario valida la hipótesis de que la creación de una literatura canónica o la música pueden convertirse en estrategias de construcción nacional (Smith, 1997: 42-3): En el caso alemán, a lo largo del siglo XIX se desarrolló un eje religioso-teológico y poético-estético dominante que tenía como objetivo final la autodeterminación alemana (205) y que acabó guiando la reconstrucción de la historia de la literatura alemana a partir de la idea de que una tradición literaria nacional podía producir un sistema de valores éticos nacionales capaces de orientar hacia el futuro (Fox, 1997: 24); en España tanto el proyecto liberal del regeneracionismo y el krausismo como el nacional católico iniciado por los Austrias generaron una auténtica ideología de carácter nacionalista que, salvo en la visión castellanocéntrica de España, se apoyó en ideas contrapuestas.

El acontecer ligado a la autonomía plena dialogó con esa invención de España, en unos casos porque actualizó algunos de los principios y atributos sobre los que se ha construido lo nacional español, en otros porque activó o puso en cuestión los dispositivos a partir de los cuales lo aragonés se homogeneizó como español. La prioridad concedida a la gestión del sistema educativo dentro de la autonomía plena denota la intención de hacer frente a la dominación política o de aprovechar sus virtualidades para el desarrollo comunitario (4.2.1.1), pero también se ofrece como una voluntad de afrontar los efectos de esta españolización uniformadora de lo aragonés; la apropiación autonomista del Pilar sugiere el intento de aprovechar a favor de la reivindicación, y por tanto de lo aragonés, la capacidad de reconocimiento e identidad que este complejo mítico simbólico mantiene entre la sociedad aragonesa, lo que aparece como una táctica de la subcultura frente a esa españolización de lo aragonés iniciada en el siglo XVII y reforzada tras la Guerra de la Independencia (Lacarra, 1972). Incluso, la promoción que instituciones y medios hicieron de la industria editorial aragonesa, las

críticas que se vertieron hacia los medios de ámbito estatal o el ejercicio de marketing editorial que llevó a cabo la prensa aragonesa adquieren valor en relación a la falta de tradición literaria propia, a la escasa presencia de escritores aragoneses en los manuales de Historia de la Literatura Española, a la debilidad del espacio aragonés de comunicación, del sector editorial (en 1998, de los 60.426 títulos publicados sólo 686 se editaron en Aragón) y de las industrias culturales aragonesas o, en general, a la fuerza de la dominación de lo español en la cultura escrita:

El 'telediario' de Piqueras se olvidó de los 100.000 aragoneses (El Periódico, 24.4.93); Calidad informativa en Antena 3 TV (El Periódico, 25.4.93, suelto); CDS Aragón denuncia la ausencia de información en Televisión Española (Diario de Teruel, 25.4.93); Historia de una apuesta informativa por la plena autonomía (D16, 26.4.92).

Los representantes de la Mesa de Partidos entonaron con José Antonio Labordeta el Canto a la Libertad (D16, 24.4.93, pie de foto, imagen cenital); La historia del Reino de Aragón a través de todos sus cronistas (Heraldo, reportaje sobre exposición, 23.4.92); Los libros fueron también unos de los protagonistas en el día de Aragón (ABC, 24.4.92); Festival de rock local en la Chimenea (D16, 23.4.92).

Una forma de entender la vida basada en el derecho (Samitier, E. Haldo, 23.4.93. Suplemento San Jorge); El señal de Aragón (Fatás, G. Haldo, 23.4.93, artículo páginas opinión); Pilares estructurales (Grao, R. Haldo, 34.4.93, artículo, opinión); San Jorge y las reivindicaciones aragonesas (Lázaro, F. Diario de Teruel, 23.4.93, artículo); San Jorge, patrón de Aragón (Beltrán, J. Diario de Teruel, 23.4.93).

Llobera (1996: 11) anota la importancia de que las identidades nacionales cuenten con complejos mítico simbólicos para poder soportar las políticas de asimilación, aún a costa de vivir fases de hibernación (4.2.1). La fuerza del complejo pilarista, o incluso del mismo mito de San Jorge, dentro de este proceso social se revelan a la vez como expresión de esa pervivencia secular del patriotismo aragonés (Beltrán, 1995) y como un uso aragonesista de símbolos españolizados en otras épocas de la historia (Mairal, 1995). En la socialización y la creación de valores se ha trasladado del binomio escuela familia a los media y su conexión con lo familiar (Esteinou, 1992; Barker y Beezer [eds], 1994), esta apropiación de los mitos nucleares de lo aragonés por parte del sistema medial aparece central como respuesta a la lógica uniformadora de la nación e, incluso, como un cambio respecto a la responsabilidad que Embid (1987) les atribuye en su distancia hacia lo aragonés. Dahlgren (1997) señala que en el espacio público moderno los medios siguen la lógica de la noticiabilidad y, aunque pueden reglamentarse, operan en el marco de la libertad de mercado. La estrategia de la complicidad

y de la implicación usada por los medios aragoneses para interpelar a sus audiencias o lectores y el valor de noticia que dieron al acontecer autonomista en competencia con otros acontecimientos españoles e internacionales pudo deberse a criterios de mercado. Sin embargo, quebraron unos códigos dominantes que vacían lo aragonés de sentido político o lo subordinan a lo estatal (ver 3; 3.1.1).

Partiendo del concepto que Fabri da a la ideología como sistema semiótico de representación a través del cual las personas o los grupos sociales viven de forma imaginaria las relaciones sociales, estos relatos noticieros de la movilización autonomista se revelan especialmente políticos, dado que permitieron a la sociedad aragonesa construir discursivamente lo real de una manera diferenciada y alternativa a la de la dominación estatal. Según Fox (1996), el uso institucionalizado de la historiografía (Centro de Estudios Históricos), de las industrias culturales (Revista de Filología Española; Clásicos Castellanos) y de una parte del tejido social (Ateneos, Institución Libre de Enseñanza) permitió inventar una España liberal a partir de un canon literario y cultural (206), que en parte se mantiene aún vigente (Ibid, 137). De hecho, algunos de los acontecimientos de esta movilización dialogaron con él. El sentimiento de agravio o de menosprecio que se extendió por la sociedad aragonesa, y en particular entre algunos colectivos relacionados con la cultura, o la demonización del centralismo pusieron en quiebra la idea patriótica de lo español puesta en circulación por Menéndez Pidal cuando formuló la pluralidad regional española a partir de la coexistencia en la Edad Media y de la normalidad con que se asumió la integración cultural en el albor del Renacimiento (Ibid, 109) o por Unamuno cuando leyó la unidad de España como un "pacto entre *patrias chicas*, hecho libremente por voluntad a partir de una comunidad de intereses" (Ibid, 118).

Si se tiene en cuenta que el proyecto del PSOE para España conecta con algunos aspectos centrales de ese discurso liberal, la formulación baturrista de la reivindicación hidráulica que llevaron a cabo F. González o J. Borrell reenvía a esa dominación que, como señala Fox (1996), desde el último tercio del siglo XIX ha hecho del canon estético y cultural una estrategia de poder que ha construido lo nacional español a costa de aculturar las identidades territoriales a través de lo lingüístico y literario. El patriotismo de estado que llevó a esas generaciones de escritores a ligar la liberalización de España con la regeneración y el progreso democrático se renovó en el discurso del Gobierno Central vestido de solidaridad y modernización del Estado; el canon oficial que, a la manera apuntada por Beltrán (1984: 5), otorgó rango inferior a las culturas territoriales e, incluso, definió estas a partir de algún rasgo exagerado o deformado, como la tozudez o la independencia en el caso aragonés, se convirtió en este proceso social en ruralismo e insolidaridad. Grandi (1995) lee la ideología como un sistema de

reglas que articula los contenidos o como una especie de filtro que los modela. Desde esa perspectiva, este discurso españolista creó una ideología de lo español que integraba a lo aragonés. Pero, si atendemos a la visión de Barthes (1988), la ideología puede naturalizar la realidad volviéndola inocente; y mirando a Althusser (1974), puede también enmascarar lo real. En este caso, esta ideología de lo español actuó sobre la conciencia individual y la opinión pública mediante un discurso tan opaco como espeso: Al vestir de insolidaridad o ruralismo lo que no era sino rebeldía ante los representantes del Estado o aspiración comunitaria a una mayor soberanía se folklorizó la reivindicación aragonesa o, al menos, se le vació de sentido político identitario, de la misma forma que en siglos anteriores el ansia aragonés por sus libertades había devenido en un supuesto individualismo del carácter aragonés (207). En esa lógica, adquieren valor cultural y político las alusiones del Justicia a Aragón como tierra de libertades o la afirmación del Rolde Choben en su vía crucis de que "El PP dice que gritar Aragón libre es un exabrupto".

4.2.1.3. El baturrismo, espacio de combate

Quienes sostienen que España careció de revolución burguesa e, incluso, de desarrollo capitalista moderno circunscriben su participación en la lógica de la modernidad al arraigo que logró la Ilustración a lo largo del siglo XVIII en una pequeña élite de intelectuales. Aún así, como señala Martín Barbero (1993), compartió el proceso mediante el que lo erudito transformó la vivencia de lo popular, mutando el concepto del tiempo social o la fiesta colectiva que pasó a ser e, incluso, imponiendo nuevos modos de saber, el pensamiento lógico y científico, y de transmitir el conocimiento, preferentemente la escritura y la escuela. Para Bajtin (1995), la escritura escindió la cultura durante el Renacimiento abriendo una brecha entre lo culto y lo popular que la Ilustración y el conjunto de la modernidad ahondó. La lucha entre las tendencias uniformistas y las que persiguen mantener la diversidad cultural o social reenvían a ese marco de relación jerárquica que la modernidad ha establecido entre lo popular y lo culto. Por tanto, trasciende la reformulación que la Ilustración o el Romanticismo hicieron de esos tipos de cultura o de sus formulaciones de lo social. Siguiendo a Bajtin (1995: 41-44), la racionalidad de esa modernidad fue más allá de la seriedad unilateral y sentenciosa, del autoritarismo estatal y de la lógica formal, del didactismo y utilitarismo que caracterizó a la Ilustración o de la resurrección del grotesco subjetivo e individualizado, una especie de carnaval vivido en soledad con el que el Romanticismo quiso subvertir el clasicismo del siglo XVIII.

La oposición entre la visión negativa de lo popular (206) que acuñó la Ilustración y la mitificación romántica de esa vida social como espacio de creatividad no oculta que ambas se nutrieron de esa lógica burguesa que ha aculturado lo popular. De hecho, si la Ilustración asoció lo popular a la superstición o a la ignorancia que intenta barrer la razón, a lo inculto que se quisiera ver superado, la recuperación romántica de lo popular como espacio de actividad y producción cultural condujo al folklore, al fin y al cabo una reformulación idealista y parcial de lo popular. Incluso, la pasión romántica por el campesino puro, sencillo y no corrompido o por las culturas y las lenguas vernáculas trajo consigo que, al buscar la diferencia, la diversidad social diera paso al tópico, sobre el que posteriormente se han construido, en gran medida, las señas de identidad (Beltrán, 1995: 94). Esa secuencia histórica que pasa por el costumbrismo romántico y realista decidió que lo aragonés equivaliera a tozudez y nobleza, estereotipos que dentro de la regionalización pasaron a identificar lo aragonés, pese a que esas supuestas cualidades eran aplicables, en palabras de Beltrán (Ibid, 102) a "los habitantes de toda la España seca mediterránea y de las tierras interiores aledañas". En ese proceso de construcción nacional en el que, como anota Martín Barbero (1993: 98), se pasa "del plural de los pueblos a la unidad del pueblo convertido en nación", esa españolización de lo aragonés devino en la creación de un estereotipo que sirvió para que Aragón representara lo rural español. Como lo baturro quedó situado en el folklore y en el espectáculo, esa estrategia profundizó el vaciado de sentido político de lo aragonés que se había iniciado en el siglo XVI. Más aún, cuando su universo temático se entrecruzó a través de la jota con el complejo simbólico del Pilar y el Ebro:

"para ser comprendido [*se refiere a Rabelais*] exige la reformulación de todas las concepciones artísticas e ideológicas, la capacidad de rechazar muchas exigencias del gusto literario hondamente arraigadas, la revisión de una multitud de nociones y, sobre todo, una investigación profunda de los dominios de la literatura cómica popular" (Bajtín, 1995: 9).

"[...] a cada región le corresponde un *sambenito* diferente como si se tratara de naciones diferentes. El nuestro dicen que es la tozudez" (Sender, 1978: 9).

"Pero todos los pueblos tienen defectos y a nadie se la ha ocurrido practicar tal disciplina. Todos sabemos de que se acusa a los catalanes, a los valencianos y a los andaluces, quienes nunca se han considerado en la obligación de fabricar un espejo mal azogado para verse a todas horas deformados [...]. Y hace falta mucho valor para contemplarse ante el espejo sin afeites y sin tentar la huida" (Vidal, 1986: 46).

Perceval (1996) recuerda que la máscara se acaba imponiendo, con frecuencia, a la realidad social. Trasladando ese pensamiento a la reformulación romántica de lo popular desde el folklore, Beltrán (1995) ha hecho notar como en esa forma de vivir el pueblo excluyeron tanto lo burgués y aristocrático como lo urbano y, por tanto, acabaron reduciéndolo a lo rural (4.1). El mismo Gramsci (1977) mitifica la capacidad creativa de la cultura popular y su valor político progresista, en línea con esa parte de los intelectuales que, según Schils (en Fox, 1997: 116), se identifican con el pueblo y elogian su cultura como más rica, más sabia, más verdadera. En el caso aragonés, esa identificación reductiva de lo comunitario a "unas esencias adulteradas" de lo popular (Calvo Carilla, 1986) se revela parte de la estrategia de emasculación de las diferencias territoriales y de dominación social desde la clase sobre la que la burguesía construyó lo español durante el siglo XIX, de forma especial en la segunda mitad. De ahí que, en palabras de Calvo Carilla, esa producción cultural se explicitara, particularmente, en "los pocos libros o periódicos que caían en manos del pueblo" (Ibid). El camino que va desde el costumbrismo a lo baturro, ya sea a los chascarrillos periodísticos o al baturrismo literario y teatral, aparece como una mediación decisiva para que "los rasgos que aparecen en Marcial, Gracián, Goya o Ramón y Cajal" se convirtieran "en el tópico degenerado de lo aragonés" (Beltrán, 1984: 5). Por tanto, leída desde la lógica unívoca y lineal que la Escuela de Frankfurt aplica a la dominación cuando trata de reproducir o crear valores hegemónicos, ese tipo de producción cultural sugiere una apropiación de la escritura, del lenguaje y de la creatividad social dirigida a reforzar lo estatal español desde los intereses de la burguesía. Sin embargo, como han demostrado los Estudios Culturales (Curran, 1997: 39), bajo la cultura popular y la hegemonía laten conflictos y contradicciones que dotan de mayor espesor a lo baturro y, por tanto, a su funcionamiento durante este proceso social.

Cuando el futuro de la primera manifestación autonomista todavía parecía incierto [el 13.4.92], el Presidente de la Diputación de Huesca, Marcelino Iglesias (PSOE), calificó esa convocatoria como *una baturrada* en una reunión que mantenía con la Mesa organizadora de la movilización. Esta posición actualizaba esa percepción de lo aragonés a través de lo rural y lo baturro que había puesto en circulación el pensamiento burgués liberal español, del que se sentía continuador el PSOE. Pero, al mismo tiempo, explicitaba la tendencia de la izquierda política aragonesa, reflejada ya en la transición democrática, a diferenciarse de la derecha atribuyendo a esta una visión de lo aragonés, centrada en la mitificación del pasado o en lo folklórico, mientras se reservaba para sí la ligazón entre la identidad territorial y el presente o el progreso (Garcés, 1997: 121). Las conexiones entre ambas tradiciones explican que en la moción de censura, el PSOE y su candidato, José Marco, esgrimieran el carácter *estrambótico* y *cachirulero* del nacionalismo del PAR (BOCA, 65); o que durante la polémica

trasvasista el ministro J. Borrell llegara a justificar el Plan Hidrológico como una exigencia del desarrollo solidario y a ligar la posición aragonesa con el regional populismo al PAR ("Partidos regionales que utilizan el tema hidrológico para hacer una política populista, de agravio", *El Periódico*, 3.1.93; "Lo del PAR es regional populismo", *El País*, 12.1.93). Esta forma de discursivizar la posición aragonesa actualizó la lógica de dominación territorial y de clase que hizo posible la invención de España desde el pensamiento liberal (Fox, 1997), lo que denota el uso por parte del PSOE de las lógicas centralizadoras y, también, su rediseño de lo popular obrero.

Durante la polémica hidráulica, la mayoría de las tertulias tematizaron el agrarismo e insolidaridad de la posición aragonesa (*La Linterna*, COPE). También la prensa, de forma especial *El País*, formularon el rechazo aragonés al Plan Hidrológico Nacional como la expresión de la insolidaridad –por connotación, efecto del supuesto individualismo aragonés (4.1.2.2)- y del atraso económico en plena economía global. En general, estas conductas reenviaban a ese discurso dominante que, desde códigos de clase y canon cultural, lee lo aragonés a través de lo baturro y así lo desvaloriza como una identidad periférica integrada en lo español. De hecho, al trasladar la movilización y el partido que la liberaba, el PAR, al baturrismo, el PSOE y el Gobierno Central intentaba distanciar de la reivindicación autonomista a esa parte de la burguesía española que ríe a costa de lo baturro caricaturizado e, incluso, a esa parte de la sociedad aragonesa, sus sectores urbanos más dinámicos, que rechaza la vivencia de lo aragonés a través del baturrismo. De hecho, algunos relatos mediales aragoneses también esgrimieron despectivamente esa regionalización de lo aragonés y la asociaron al aragonesismo moderado, en una clara interiorización de esa lógica dominante: Al convocarse la primera movilización por la autonomía plena, un comentario medial recordaba que el PAR no había asistido a la manifestación celebrada en 1978 porque no iba la bandera española y, en cambio, había organizado una misa baturra como alternativa (Crespo, G. *Heraldo*, 12.3.92). José Manuel Blecuá ha afirmado recientemente que lo baturro ha hecho mucho daño a lo aragonés (*Heraldo*, 26.4.98: 7); antes ya había sido valorado como "la primera falsificación de lo aragonés, la primera mixtificación de las maneras y el habla de un pueblo campesino henchido de virtudes, auspiciada por unos señoritos patosos que pugnaban por distanciarse de su pueblo, del que sentían vergüenza" (Vidal, 1986: 50). Durante el conflicto audiovisual *Heraldo de Aragón* actualizó, de nuevo, ese discurso de clase sobre lo baturro cuando convirtió a los principales impulsores del convenio en personajes de chascarrillos: Además de identificarse con esa burguesía que denosta lo baturro, lo usó también como afirmación de superioridad. Al tildarlos como los primos de Aragón [15.8.93] o los pardillos [5.9.93], a los que engañan los listos de Madrid (Trasobares, J.L., *De risa*, 24.8.93), se apropió ideológicamente ese

discurso aculturador de lo aragonés para imponer su dominación sobre el sistema político y la sociedad (4.2.3):

"[...] cuando llaman de Madrid [...]. Gracias a Biel, Acín, Lanzuela y Eiroa estamos haciendo la risa a modo". (Trasobares, J.L., *De risa*, 24.8.93).

"[...] Manuel es un aragonés que ha tenido éxito fuera de aquí. Pero él no olvida su tierra [...]. - Vamos a ver a los primos, suele decirle a su hermano Luis cuando los dos han de viajar a Zaragoza o Huesca. Y hasta aquí vienen tan campantes. Hablan con todo quisque, recorren todos los despachos y, si pueden, levantan algún milloncete" (Trasobares, *El ubicuo*, 12.8).

El costumbrismo, en sus diferentes formatos baturristas, reenvía a la burguesía, de forma especial a sus aspiraciones de acceder al poder (Gil Encabo, 1986), y a la función subsidiaria de entretenerle que en ese proceso se atribuye al provinciano bajo, más aún si es lugareño (Calvo Carilla, 1986). El éxito editorial que tuvieron en Aragón los chascarrillos, coplas, cuentos o comedias baturras desde 1870 a 1925 se ha atribuido, en unos casos, a la repuesta de esa misma burguesía (Gil Encabo, 1986) y, en otros, a la actitud de los sectores populares (Vidal, 1986: 43), lo que sugiere en esos textos una forma de polisemia que se apoya en la capacidad sugestiva de la connotación en cuanto realidad social vivida de forma pasional (Greimas, 1971). Unamuno se escandalizó por ese respaldo social a la literatura baturra, afirmando que debía desconfiarse de "un pueblo que se gozaba en la conciencia de su propia cortedad, identificándose con unos personajes que, en cualquier otra latitud, se hubiese granjeado por mérito propio la plaza de tonto del pueblo" (en Vidal, 1986: 43). Como parte de los discursos *cultos* sobre quienes no tienen *cultura*, esta posición de Unamuno dialoga con los reproches de Mainer (1984: 237) a la llamada Generación de 1908, grupo burgués que llevó lo baturro a la cultura de masas, por haber preferido "un real provincianismo que tocó lo baturrista" a la estética modernista, como sus homólogos catalanes. Estas lecturas de lo baturro sugieren la mediación de la clase que marca el pensamiento burgués y la modernización, por lo que reproduce esa dominación de lo culto burgués, incluso cuando adoptan posiciones críticas con esa hegemonía. Ese supuesto da valor a la ironía de Fiedler sobre la tendencia de los críticos marxistas a despreciar la vulgaridad de los textos populares mediante un elitismo compartido con sus colegas burgueses (Schroder, 1997: 111).

Como ha puesto de manifiesto el tratamiento dado por Heraldo a lo baturro durante el conflicto audiovisual, algunos medios aragoneses participaron de ese discurso ambivalente sobre lo baturro:

Por un lado, lo leyeron como una producción cultural de menor rango que representaba despectivamente lo aragonés; por otro, usaron esa supuesta superioridad de lo culto desde la que hablaban como una estrategia de dominación dentro de la lucha por el poder social; y por último, se apropiaron de esos códigos culturales para aprovecharlos comunicativamente, de forma que su discurso ganara en eficacia persuasiva. La literatura baturrista constituyó un "fenómeno cultural, liberal y universitario" (Mainer, 1984: 248), del que participaron los escritores eruditos, los intelectuales, aún a costa de recurrir a seudónimos (Zapater, 1995: 22); tanto los versos y viñetas de Casañal como los cuentos de Teodoro Gascón o las comedias de Eusebio Blasco gozaron de éxito y aceptación social suficiente como para que una parte de la sociedad aragonesa se viviera como comunidad a partir de esos estereotipos y para que el resto del Estado percibiera también lo aragonés regionalizado a través de lo baturro (Beltrán, 1995). Al escribir sobre ese imaginario, esa reaparición medial del baturrismo se revela ideológico y político, porque evidencia el deseo de enmascarar intereses empresariales y de derrotar a quienes representaban entonces el poder político aragonés, aun a costa de reproducir y, por tanto reforzar, el proceso de emasculación territorial impulsado por el españolismo liberal que ha aculturado lo aragonés.

El hecho de que en algunos discursos mediales el tópico sustituyera a la realidad cotidiana de los aragoneses confirma la tesis de Ebrópolis (1996) de que los medios de comunicación hegemónicos en Aragón han contribuido de forma decisiva a que los aragoneses se vivan como comunidad a partir de algunos estereotipos. Además, al ridiculizar al Gobierno autonómico desde la superioridad de clase burguesa urbana, esos textos (Trasobares, J.L., *De risa*, 24.8.93; *El ubicuo*, 12.8.93) se situaban en esa actitud excluyente que se reserva la elección de lo que es moderno y digno de respeto o lo que debe ser despreciado y rechazado socialmente. El uso de la caricatura como dispositivo de valoración demuestra también cómo y por qué la burguesía reduce la risa a comicidad satírica (Bajtín, 1995: 51). Algunos comportamientos del nacionalismo aragonés sugieren que interiorizaron esta desvalorización de su posición a través de lo baturro. Si se atiende a la puesta en circulación de símbolos, como la semilla de la coriopsis o los cantautores de la transición, se infiere la voluntad de eludir elementos asociados al baturrismo, como la jota, o reformularlos con un sentido más moderno, como lo agrario. Algunos medios valoraron el encarte de la semilla como una iniciativa original, alejada de los tópicos (D-16, 14.4.93), o como una idea impactante (*Creemos*, Diario Teruel, 17.4.93); otros destacaron su diálogo con el discurso de la izquierda revolucionaria (Arnal, J.C. *Semillas*, Heraldo, 17.4.93). Más allá de lo que hubo en esas conductas de marketing político, esta práctica denota la voluntad de reformular algunos atributos de lo tópico aragonés, de forma que pudiera ser aceptable para los sectores sociales más dinámicos e influyentes y, por tanto, facilitará la afirmación comunitaria ante la

fuerza de lo estatal centralizado. Aunque la coriopsis o la canción popular aragoneses perdieran sus componentes semánticos anteriores y fueran resemantizadas como espectáculo o producto de la cultura de masas, su inserción en el contexto de la movilización autonomista dotó a ambas formas culturales de un valor identitario que facilitó la adhesión social a la reivindicación. Dada la capacidad del espectáculo para atravesar lo social y dotarlo de nuevos sentidos (3.2.1), esa manera de interpelar a los sujetos reforzó la movilización y su valor de rebeldía social ante la dominación de lo estatal, porque mezcló lo real con la ficción, lo racional con lo simbólico pasional:

"[...] La semilla es siempre una promesa, un bien inocente, una posesión apreciada. [...] el PAR vuelve a sus raíces rurales, [...] el Rolde regala botijos y el Gobierno regional [...] apuesta por la jardinería, [...]. puede que a algunos les suene a cursi, pero a otros [...] les evocará los rancios aromas maoístas del Libro Rojo [...]. Se ve que el marketing político de los partidos conservadores se alimenta cada vez más de viejas referencias que la izquierda había abandonado por creerlas caducas (otro gran error). Decenas de miles de aragoneses se van a ver tentados de enterrar esa semilla, transmutados por un momento en ese agricultor de secano que todos los aragoneses llevamos dentro", (*Semillas*, JC Arnal, Heraldo, 17.4.93).

"El 23 de abril de 1993 supone una fecha inolvidable para la canción aragonesa [...]. Diez mil personas que se enfrentaron a una tarde lluviosa abarrotaron el recinto de la Chimenea del Actur para comulgar de nuevo con estos símbolos de la dictadura" (Joaquín Carbonell, en *Enciclopedia Temática Aragonesa*, folklore, 1995: 287).

Para Schroder (1997: 114), un texto carece de existencia o de vida, y por lo tanto de valor positivo o negativo, hasta que no es interpretado por un individuo o, dicho de otro modo, hasta que no se le ha dado un sentido en la recepción. Y, si se atiende a los Estudios Culturales, las interpretaciones de los textos no son ilimitadas, pero sí lo suficientemente abiertas para que la clase, el territorio y los intereses personales medien la dotación de sentido. La interacción comunicativa de quien creó el término *baturrada* y quienes lo leyeron como una agresión sugiere un caso de descodificación aberrante: Siguiendo a Grandi (1995: 69), ambos compartieron código, pero los receptores actuaron movidos por exigencias que entraban en conflicto con la persuasión buscada por el emisor y, por tanto, lo interpretaron según sus propios horizontes y expectativas. El hecho de que también lo vivieran como un agravio algunas élites sociales, de forma especial los medios, reenvía al papel que Morley (1997: 31) reconoce a las *comunidades interpretativas* a la hora de negociar una significación. En ese caso, además, la producción de sentido se revela mediada por la clase, pero mucho más por la

identidad cultural. En la medida que el discurso del PSOE se alimentaba de los referentes creados por el pensamiento liberal para construir lo español, esa formulación de la reivindicación autonomista se revela expresión de la dominación burguesa liberal que ha regionalizado lo aragonés aculturándolo. Desde esa lógica, las posibles *lecturas preferenciales* buscadas por el emisor fueron subvertidas o cambiadas, hasta el punto de que incentivaron la adhesión social a la manifestación.

Si Eugenio Sue inició *Los misterios de París* con intenciones dandísticas y el proletariado obrero lo leyó como una representación fiel de sus condiciones objetivas de existencia (en Grandi, 1995: 83), algunos costumbristas aragoneses escribieron desde posiciones de amor a la patria chica (207) textos que unos sectores sociales leyeron como una sátira de lo aragonés y otros se reconocieron en ellos con orgullo (Calvo Carilla, 1996). Esa capacidad de la literatura baturrista para ser polisémica ha tenido continuidad en las diversas vivencias sociales que suscita lo baturro en el entorno de la comunicación de masas: Mientras sectores burgueses aragoneses y la sociedad española se ha divertido a partir de esa deformación grotesca de lo aragonés (Vidal, 1986), su funcionamiento como símbolo colectivo o como producto genera en una parte de la sociedad aragonesa "embeleso" (Beltrán, 1995), hasta el punto de hacer posible su presencia en otros espacios de prestigio social [culto pilarista] e, incluso, de generar una cierta industria popular [calendarios, páginas de pasatiempo de los diarios, caramelos, señalética, publicidad]. En ese proceso de identificación la pobreza de ese lenguaje o su vulgaridad, más próxima a lo carnavalesco que al canon clásico o a la lengua normalizada en la escritura, no impide que los públicos obtengan de esos textos el placer que Fiske (1989) atribuye a las subculturas cuando se apropian de los bienes de la industria cultural para producir sentido según su experiencia social. Incluso su mutación en espectáculo no ha mermado esa capacidad para que los sujetos se piensen a sí mismos a través de esas representaciones, lo que sugiere, a la manera apuntada por Landowski (en Grandi, 1995: 214), que esa espectacularización de lo baturro cumple una función constructiva y no sólo catártica.

De hecho, como prueba el episodio mediático y social creado por las palabras de F. González sobre la supuesta insolidaridad aragonesa, en la movilización autonomista los usos de lo baturro personificaron mejor que otros dispositivos y estrategias la lucha por el poder o por la resistencia que libraron los diferentes actores sociales. Cuando Felipe González discursivizó la oposición del Gobierno de Aragón y de su Presidente al Plan Hidrológico Nacional utilizando como símbolo el botijo y la voluntad aragonesa de no compartirlo muchos aragoneses, empezando por los mismos medios de comunicación, obviaron que ese referencia iba dirigida al aragonesismo conservador y al político que entonces lo lideraba. El Periódico (20.1.93) abrió su edición interpretando esa afirmación y la

comentó como un intento de dar *una imagen bastante pueblerina* de la posición aragonesa. Fuera por la capacidad representativa de lo baturro o por que el aludido presidía en aquel momento la Comunidad Autónoma, los medios y una parte de la sociedad tematizaron esa alusión como un agravio y así la incorporaron al debate social sobre el agua. En ese contexto de comunicación la carnavalización de la posición aragonesa se revela, en palabras de Perceval (1996: 107), un mecanismo de la hegemonía para afirmar su superioridad y reforzarla; la respuesta de los medios y del Presidente aragonés sugiere, siguiendo a Storey (Grandi, 1995: 122), la voluntad de resistir y de englobar esa caricatura en su universo simbólico de forma que reforzara la posición de la subcultura. El hecho de que las palabras de F. González reenviaran de nuevo a la dominación liberal que regionalizó lo aragonés posibilitó que el imaginario colectivo activara, por un lado, esa valoración social que denosta el baturrismo hasta sentirlo como un desprecio y, por otro, esa capacidad de identificación que se reconoce a lo baturro. Esa reacción paradójica se benefició de que la noticiabilidad convirtió ese episodio en una polémica político espectacular, como demuestra que fuera portada de los principales diarios aragoneses o de la entrevista que ese mismo día realizó al Presidente aragonés Antena 3 TV:

"[...] alguno se sienta en su botijo y no deja beber a nadie, cuando la gente se muere de sed" (Declaraciones de F. González a medios de ámbito estatal, 19.1.93).

Felipe ridiculiza a Eiroa por el conflicto del agua (El Periódico, 20.1.93, abre edición, viñeta de F.G. jugando a las cucañas); *El botijo de Felipe* (El Periódico, 20.1.93).

"[...] Sobre esa frase tan desafortunada que ha tenido un político de decir que es una baturrada, ese señor no sé lo que será, pero se le puede decir lo de la jota: si es aragonés, no es hombre y si es hombre, no es aragonés" (R. Zaragoza, Estudio de Guardia, 22.4).

"[...] una frase graciosa, pero que oculta la realidad del problema. Nosotros no nos queremos sentar encima de ningún botijo, queremos que nadie se siente en la fuente de solidaridad que puede llenar los botijos de España" (Eiroa, E. Antena 3 TV, Informativo 20 horas, entrevista).

Beltrán (1995) anota que los textos baturristas fueron creados por eruditos de ciudad y Calvo Carilla (1986) matiza que con frecuencia los escribieron *desde arriba* y *desde fuera* de Aragón. Como expresión de la visión españolista de lo aragonés, el botijo actualizó la conciencia de superioridad por parte de lo estatal y, también, la reserva para sí de todo lo asociado a la modernidad y a la solidaridad. Su formulación en la televisión y en programas informativos de máxima audiencia, como

los telediarios, dio aún más fuerza a esa prepotencia del poderoso. Pero, al mismo tiempo, ese verse en espacios de prestigio donde habitualmente lo aragonés está ausente permitió que amplios sectores sociales se implicaran en esa polémica y, a la manera apuntada por Calvo Carilla (1986) cuando señala que la autoridad de la letra impresa, símbolo del pensamiento hegemónico, facilitó que se reconocieran en caricaturas estereotipadas, esas audiencias se vivieron como comunidad a partir de este episodio televisado, radiofónico y escrito. Demostrando que el texto sólo significa cuando se socializa (3; 3.1), su configuración como un discurso y un intercambio afectivo pasional explica que ese texto se abriera a sentidos bien distintos de los que había marcado el emisor e, incluso, de los codificados para buscar lecturas preferenciales. Su polisemia (3.2) derivó en apropiaciones de carácter identitario y político que reforzaron la movilización hasta demonizar al *extranjero*.

Por ese camino lo baturro concentró gran parte de la pugna entre una dominación por reforzarse imponiendo sus puntos de vista y una sociedad dependiente que enmascaró otros intereses para hacer del botijo el ejemplo de esa burla que una parte de lo español ha hecho de lo aragonés. De hecho, prolongando algunos dispositivos nacionales del españolismo liberal, el franquismo propició que el teatro y el cine prolongaran en décadas pasadas esa confusión entre lo aragonés y lo español rural. *La ciudad no es para mí* (208), cuyo guión firmó Fernando Lázaro Carreter con el seudónimo Fernando Angel Lozano, centra esa extensión de la tradición baturrista a los nuevos espacios de la masificación. Obra también de un erudito de ciudad y construido sobre tópicos estéticos y sociales (Beltrán, 1995b), esta película alimentaba a un tiempo esa regionalización aculturadora de lo aragonés a partir de lo baturro y la ambigua simpatía que Perceval (1996: 107) atribuye a una cultura dominada en referencia al *buen salvaje*. Si, desde Rousseau, se ha tendido a admirar las culturas dominadas "en razón de su primitivismo, de su retraso, de su inferioridad tecnológica" (Perceval, 1996: 107), el discurso de Martínez Soria ha podido simbolizar la simpatía que suscita lo aragonés en otras Comunidades del Estado, pero también ejemplifica su aculturación dentro de la regionalización de lo español. Al escribir sobre ese imaginario, el episodio del botijo permitió que los medios lo semantizaran como una nueva muestra de desprecio. De hecho, lo sumaron a otras reacciones socialistas, como las amenazas de algunos dirigentes a los militantes o cargos que participaran en la manifestación, para crear así un clima de opinión favorable a la reivindicación. Por tanto, al intentar desvalorizar de esa forma la movilización y situarse en el lado de la hegemonía de lo español liberal (4.2.1.2), el uso que F. González hizo de lo baturro favoreció la reivindicación, porque reforzó el sentimiento de agravio o de privación relativa (4.1.1; 4.1.2).

Bourdeau sostiene que cualquier realidad, o cualquier texto, sólo adquiere sentido para quién dispone de "las competencias culturales" que aquella requiere (en Schroder, 1997: 120). Desde ese pensamiento la democracia semiótica no sólo queda limitada por las comunidades interpretativas o por las lecturas preferenciales que el emisor marca en el texto. También los códigos culturales condicionan la apropiación que cada receptor hace del acontecer social con el objetivo de construirse un sentido propio y distinto (Greimas, 1971). La racionalidad moderna ha construido la idea de que lo urbano es antinomia de lo popular y ha asociado este mundo con lo infantil, lo ingenuo, lo cultural y políticamente inmaduro, con lo subalterno (Martín Barbero, 1993: 15-6). Como esa lógica va más allá de la forma en que el pensamiento liberal español se imaginó lo aragonés, estos usos de lo aragonés como sinónimo de lo rural (209) dialogaron también con ese racionalismo burgués que, siguiendo a Martín Barbero (Ibíd., 20), ha aculturado lo popular asociándolo con la simpleza del campesino, con lo irremediablemente perdido o superado por la ciudad. Por tanto, esta superposición de códigos pudo condicionar la apropiación de lo baturro, a la manera de lo que sucedió en décadas pasadas con el baturrismo, rechazado por gran parte de las clases medias aragonesas y aplaudido por la mayoría de los sectores populares. Sin embargo, en el episodio del botijo o en las acusaciones de ruralismo realizadas por el ministro Borrell, el componente tímido comunitario se impuso sobre esas posibles lecturas y expectativas de clase, hasta el punto de que medios y audiencias compartieron ese valor de lo baturro como espacio de combate simbólico y de rebeldía social frente a la hegemonía de lo estatal. Si El Periódico ironizó sobre *Felipe, el Gracioso* o *Felipe, el botijero* (20.1.93) o el Vía crucis del Rolde dedicó una estación a *Felipe nos acusa de sentarnos en el botijo* y otra a que *El PSOE dijo que el 23 A era una baturrada*, alguno de los participantes vinculó su apoyo a la reivindicación a ese sentimiento de identidad ligado a lo baturro:

"Como soy buen aragonés y buen baturro mañana voy a ir a la manifestación [...] he votado al Partido Popular" (R. Zaragoza, Estudio de Guardia, 22.4.93).

"Una batalla más perdida y sobre todo la irresponsabilidad del Sr. Eiroa de transmitir a todo el país, a todas las regiones del país, una imagen de Aragón que no se corresponde con nosotros", M. Iglesias, SER de Aragón, 18.1.93).

"La malhadada metáfora del botijo, que salió en todos los telediarios, eso ha hecho muchísimo efecto. Yo hubiese respondido con una campaña específica de televisión, sobre todo en Canal Sur" (Fatás, G. La Rebotica. Radio Zaragoza, 21.4.93).

"El antitrasvasismo no puede presentarse como un fundamentalismo reaccionario, una especie de obsesión cazurra que enlaza con los intereses periclitados de la derecha agraria" (Trasobares, J.L. *Algo más que una obsesión cazurra*. Haldó, 12.10.94).

Martín Barbero (1993) anota que en las sociedades hispanoamericanas amplios sectores populares se vieron y reconocieron como naciones a partir del desarrollo del cine y de algunos formatos, como el melodrama. En el caso del baturrismo literario, Vidal (1986) y Calvo Carilla (1986) apuntan que las audiencias diferenciaban entre su vida y la de los personajes baturrizados, pero que eso no impidió a algunos sectores populares aragoneses identificarse con ese tipo de relatos que discursivizaban una parte de su cotidianidad social en espacios de prestigio social y reservados habitualmente a lo español, como el libro, el periódico o el teatro. Convertidos en intelectuales orgánicos de la sociedad aragonesa, a la manera que define a aquellos Gramsci (1977), los medios hablaron por boca de esas clases medias que rechaza la reducción de lo aragonés a lo baturro, pero al mismo tiempo se identificaron con esos sectores populares que se viven a partir de ciertos lugares comunes. A partir de ese momento, las audiencias quedaron en mejores condiciones para cambiar la codificación que había efectuado la hegemonía estatal a favor de otras lecturas subculturales y alternativas. Según Aldea (1995: 45), el pensamiento popular se nutre de lo erudito, pero lo transforma en fondo y forma, lo simplifica y asimila acomodándolo a sus propios modos; en esta polémica, hubo líderes de opinión que actualizaron el rechazo burgués a lo baturro porque desvaloriza lo aragonés a los ojos del resto del Estado (Trasobares, J.L. *Algo más que una obsesión cazurra*. Haldó, 12.10.94), pero eso no obvió que el estereotipo activado por la dominación política fuera mutado por las audiencias (R. Zaragoza, Estudio de Guardia, 22.4.93). En cualquier caso, esas lecturas divergentes reenvían al espesor de estos discursos y, de forma especial, a los intereses y expectativas con que cada sector social usó el sentimiento de inferioridad activado por el estereotipo del botijo.

Rapping ha señalado que la audiencia puede resistir los significados codificados por la hegemonía, aprovechando ciertas prácticas incluidas en los modos de vida de la gente común y, sobre todo, que esos discursos dominantes incluyen contradicciones ante la necesidad de extender el consenso social a la más amplia base social (en Grandi, 1995: 175). En este caso, además, la conversión de la cultura de masas en espacio social donde se pusieron en juego las relaciones de poder, antes incluso que en las instituciones (4.2.1.1), denota a un tiempo la naturaleza postmoderna del espacio público dominante en esta construcción de lo social (ver 3) y el déficit democrático que en aquellos momentos vivía la sociedad española. Si esta coyuntura refuerza la posibilidad de que los discursos del poderoso incluyeran contradicciones y grietas, la preeminencia del espacio público mediatizado explica por qué los estereotipos identitarios ocuparon el lugar de los argumentos políticos (Perceval, 1996) o por qué la matriz emocional subjetiva sustituyó a la racional objetiva (Frye, 1996), haciendo posible la subversión de los códigos o la resemantización subcultural de los textos. Ni la supuesta

pobreza discursiva de los textos populares autonomistas ni la distancia que la burguesía pudo mantener con ese lenguaje impidieron la demonización del PSOE y de sus dirigentes a través de las polémicas sobre lo baturro. No sólo la construyeron los partidos impulsores de la movilización para reactivar esta a través de móviles identitarios; también los medios tematizaron la caricatura de "cazurros e insolidarios" (Marcuello, J.R., SER Aragón, Radio Zaragoza, 14.1.93; Heraldo, *Demagogia antiaragonesa*, editorial en primera, 14.1.93), aplicando a F. González el esquematismo que un año antes había permitido definir el enemigo de los intereses aragoneses a partir de la acusación de M. Iglesias. Con el exceso que define a los textos populares (Bardají, R. *No es para tanto*. Heraldo, 25.4.93), el debate sectorial hidráulico devino en un conflicto del Gobierno Central con Aragón (*Eiroa: "El Gobierno va contra Aragón"*, El Periódico, a página, 13.1.93) y el Partido Socialista personificó otra vez al agresor enemigo de lo aragonés, como sugería una tira cómica (Postigo, Diario-16 Aragón, 5.4.1992) en la que, nada más ser elegido, el Secretario de Organización se disponía a poner su placa en la puerta del despacho, mientras le pregunta a un compañero: "¿y si le quitáramos aragonés?".

A la risa del poder que oprime o reprime satirizando lo que, en valoración de la hegemonía, no debe ser (210), opone Bajtin (1995) la risa festiva, burlona y sarcástica, pero también lúdica y crítica con toda superioridad, de la cultura popular. Patrimonio del pueblo, esta risa se revela ambivalente, porque niega y afirma: Es alegre y llena de alborozo, no sólo destructiva; mantiene un cierto carácter de rebeldía utópica y una cosmovisión popular (Ibíd., 17). Si la metáfora del botijo o las acusaciones de ruralismo reenvían a la risa del poder, algunas conductas sociales, en concreto de quienes propusieron acudir a la manifestación de 1993 con un botijo o participaron en el acto portando un ataúd y varias tiras de Postigo o de Cano, dialogaron con esa risa de la fiesta e, incluso, con un tipo de humor, el *somarda*, que el pensamiento social aragonés liga a su identidad (Beltrán, 1995; Vidal, 1986) y al que se atribuye la capacidad de "reírse de sus debilidades y flaquezas" (Vidal, 1986: 49). La presencia de este tipo de risa a lo largo de la movilización (*Zaragoza fue un carnaval autonomista*, D-16, 24.4.93) prueba que, pese al componente espectacular y mediático de una parte de este acontecer social (3.1.1; 3.2.1) se actualizó esa comicidad carnavalesca que identifica y subvierte. Bajtin (1995: 87) señala que esta tradición grotesca se alimenta de las menipeas griegas y, por tanto, que su risa se configura también como una victoria sobre el miedo, sea este causado por la muerte o el poder. Poniendo en relación esa lógica con la fuerza del centralismo estatal o con la conciencia de dependencia dominante en la sociedad aragonesa e, incluso, con la hegemonía política que entonces ejercía el PSOE, esta risa grotesca u otros elementos del lenguaje carnavalesco presentes a lo largo del proceso sugieren una voluntad de liberación o, al menos, de cambio de

actitud social respecto a la dominación política. En esa lógica su afirmación a través de la calle, de lo cómico y del vocabulario familiar o grosero adquiere valor político, puesto que sacó el acontecer social de los espacios que han aculturado social y territorialmente lo aragonés para situarlo en una socialidad popular, ligada a la fiesta, a la festividad religiosa y a la calle.

Esta demostración de que, como apunta Grandi (1995), los textos humildes y aparentemente banales están bien lejos de ser planos (Grandi, 1995: 244) deja en evidencia a quienes han valorado la literatura baturrista en función de un canon estético (Zapater, 1995), de la calidad literaria de los textos (Mainer, 1984) o de los valores que guiaban su representación del mundo (Vidal, 1986). La lectura de que el costumbrismo empezó nutriéndose de "las mejores esencias del pueblo" y fue "fiel reflejo de la realidad cotidiana", pero acabó en burda caricatura literaria de lo aragonés que empañó la realidad (Zapater, 1995: 25) olvida que están codificados a partir de los registros de la cultura popular y, por tanto, del carnaval. Bajtin detalla (1995: 47) como desde 1850 el grotesco quedó relegado a comicidad vulgar y de baja estopa o a una forma especial de sátira destinada a atacar acontecimientos individuales negativos. Aún así, como el mismo Bajtin (Ibíd, 11) reconoce, esa mutación de lo grotesco no impidió que aún vehiculara "un segundo mundo, otra segunda vida" distinta a la oficial, unos valores alternativos a la racionalidad burguesa. La construcción de *Santiaguico "medio tonto"*, el cuento baturro de García Arista (Acín y Melero, 1996: 104), reenvía a esa lógica alternativa: Su uso del modelo popular del *tonto listo* que se niega a que el juez lo identifique se sitúa en la comicidad grotesca, pero su actitud se torna política si se tiene en cuenta lo apuntado por Hobsbawm (1991) de que la democracia liberal, y por tanto la dominación burguesa, se implantó a partir del censo y con la oposición de algunos sectores populares reacios a ser identificados; en *Los charapotes* el protagonista creado por Eusebio Blasco (Acín y Melero, 1996: 36-8) también explicita la desconfianza popular ante una modernidad que no es la suya y que, en este caso, simbolizan la medicina y los fármacos, mientras afirma la vida material y corporal [beber, comer, satisfacción de las necesidades naturales] como garantía de salud y vida.

Ese espesor cultural y político sugerían las diferentes estaciones del Vía Crucis (4.1.1.5) elaborado por el Rolde Choben el 23 de abril de 1993. A la apropiación popular de lo religioso que se supone se añadieron sus contenidos, mayormente relacionados con los indicadores que Perceval (1996) asocia con la dominación: Su crítica a la subordinación de las direcciones aragonesas de PSOE y PP a sus Ejecutivas nacionales rechazaba la *animalización* que supone depender "absolutamente de su amo al que debe obedecer y al que rendirá sus servicios o incluso su propia vida" (Ibid, 50); al unir de forma festivo religiosa el Pacto Autonómico y los trasvases con las promesas de Autonomía Plena

realizadas por esos mismos partidos, denunciaban la *infantilización* de los "grupos explotados económica o socialmente, pero a los que se promete una integración final en el grupo opresor" (Ibid). Incluso su burla de quienes habían atacado la reivindicación a partir de lo baturro sugiere el rechazo a esa *feminización* de lo aragonés, como gente simpática, agradable y noble, aunque representando la debilidad, la decadencia y la sumisión que personifica lo rural y lo vulgar. Para quienes leen los textos populares a partir del canon estético o los criterios morales, esta propuesta del Rolde Choben queda valorada como de escasa calidad, incluso si, a la manera apuntada por Schudson (1993), esta se traslada desde el texto al contexto de la recepción o si, en línea con lo sostenido por Schröder (1997: 111), se relaciona su calidad artística con su capacidad para arrancar al público de su cotidianidad mediante el éxtasis que provoca. La risa que latía tras algunas estaciones de ese vía crucis autonómico sugiere el placer que este texto perseguía y que, según los comentarios mediales, produjo.

En ese razonamiento su capacidad para extasiar a los receptores de una realidad frustrante como la del centralismo socialista demostraría su calidad, aunque sobre todo probó su valor político. Tomando como referencia a Fiske (1989), ese gozo que proporciona energía y motivación, por un lado, ayuda a una toma posición alternativa al poder social y, por otro, genera identidad de clase y de comunidad distinta y sometida a la hegemonía. Este relato del acontecer autonomista que fue el vía crucis del Rolde Choben quedó lejos de la racionalidad burguesa dominante e, incluso, reenvió a la tendencia que Bajtin (1995: 21) encuentra en la cultura popular a abolir "las diferencias y barreras jerárquicas entre las personas y la eliminación de ciertas reglas y tabúes vigentes en la vida cotidiana". La permanente referencia en las estaciones a la oposición de PSOE y PP a las demandas aragoneses, y en especial a las relacionadas con la autonomía plena y el agua, prueban ese valor de rebeldía ante la dominación y de expresión de las aspiraciones políticas de la subcultura aragonesa. El uso que se hizo de algunos episodios, como el del botijo o la baturrada, o de las decisiones recientes que consideraban más perjudiciales para Aragón confirma que, tal como apunta Martín Barbero (1993 85) en su análisis de las subculturas, expresó el modo de pensar de las clases dominadas mediante una reorganización de la cultura hegemónica, a la filtró y fundió con su memoria histórica de la comunidad:

"Cinco chinos que estaban de turismo por Zaragoza contemplaron la manifestación con lógica sorpresa, si bien no quisieron perderse el espectáculo y acabaron poniéndose unas pegatinas del Partido Aragonés" (*El particular Vía Crucis de la calle Alfonso* (Diario 16 Aragón, 24.4.2000 [a pg; fotografía de la manifestación]).

"Los manifestantes - mayoritariamente jóvenes - llegaron a pedir agua al final de la calle que conduce a la Plaza del Pilar después de seguir el particular Vía Crucis del PP y el PSOE que los miembros del Rolde Joven habían preparado" (Cien mil voces para un solo grito, Haldo, 24.4.2000).

Felipe nos acusa de sentarnos en el botijo; el PSOE dice que el 23 de abril es una baturrada; El PP dice que gritar Aragón libre es un exabrupto; PP y PSOE prometen autonomía en las Elecciones del 93; El PSOE amenaza con expulsar a los socialistas que vayan al 23 A; PP y PSOE, contra el Justicia por autonomista (Estaciones del Vía Crucis, 23.4.93).

Según Calvo Carilla (1986: 14), el baturrismo literario expresa "un sentimiento de autoafirmación frente a la pérdida del tren del progreso y la industrialización o ante el abandono de los pueblos en aras de las ciudades". En la medida que se oponía a la lógica desarrollista del Plan Hidrológico Nacional y que se alimentó de un cierto sentimiento de colonialismo interior (4.1.1.3), esta movilización dialogó con ese referente político de lo baturro. Para Embid (1987: 30), durante la Restauración el regionalismo político y cultural proponía la región como "una permanente negación del sistema político", hasta el punto de que, frente al desgobierno y el caciquismo, ofertaba "el mejor aprovechamiento de los recursos naturales y la recuperación de unos signos propios culturales". Como correlato de ese sentir político, el baturrismo literario adquiere así el valor táctico que De Certau (en Grandi, 1995: 236) concede a cualquier expresión subcultural que es capaz de plantear combate simbólico en el espacio de la dominación y que es capaz de ganar ese espacio y mantenerlo. Entre 1797 y 1897 se publicaron, al menos, quinientos sesenta artículos de costumbres (Gil Encabo, 1986) y, además, abundaron las ediciones, recopilaciones y antologías de cuentos populares, como la efectuada en 1910 por J. García Mercadal; también los chascarrillos se multiplicaron en la prensa diaria y floreció el teatro centrado en la figura del baturro. Aunque crearan "una imagen interesadamente falsa de la realidad aragonesa" (Rubio, 1986), esa representación burguesa (211) de lo popular aragonés ganó espacios sociales de poder, como el espectáculo y la cultura de masas, de las que había estado excluido. Ni siquiera la degradación grotesca de esa caricatura impidió que los sectores populares vivieran esa representación distorsionada de sí mismos como una dignificación, a la manera que Morley (1997: 41) considera habitual en las subculturas. Puesto que lo masivo es el espacio donde "se construyen hoy las ideas que tenemos sobre todos los fenómenos" (Mattelart, 1994b: 8), la alta presencia noticiosa que logró esta movilización (3.2; 4.2.1.2) y la identificación que el acontecer autonomista suscitó en las audiencias aragonesas se revelan una prolongación táctica de ese fenómeno literario.

Hobsbawm destaca el valor de la tradición para crear identidad y, para ello, lee aquella como una apropiación del pasado conectada al presente a través de una serie de prácticas simbólicas o rituales que vehiculan valores y normas de conducta (en Fox, 1997). Ese razonamiento da mayor valor político al diálogo de ese baturrismo literario y televisivo o cinematográfico con los relatos sociales o mediáticos de esta movilización. Si se atiende a esa continuidad histórica de lo popular aragonés y lo baturro en las industrias culturales, se infiere el mantenimiento de un proceso comunitario de identificación y, en algunos casos, de un combate simbólico que la coyuntura ha intensificado o atenuado, añadiéndole incluso sentidos. Durante la transición democrática se recuperaron dances y bailes perdidos, romerías que antes no se celebraban o carnavales a punto de desaparecer porque habían sido usadas como "vehículo de identidades locales en algunos casos y más amplias en otros" (Mairal, 1995: 31). Pero, al mismo tiempo, en el cine o la televisión se redujo lo aragonés a la comicidad rural o vulgar, lo que se prolongado hasta hoy a través de conocidos humoristas. Como conquista de espacios sociales de prestigio, esos usos del folklore o de lo baturro abren la puerta a procesos de recuperación de lo aragonés y, también, de identificación social; desde el punto de vista de la creación de valores, corroboran que los dispositivos de aculturación han cambiado, pero su lógica se mantiene: A diferencia del pacto de patrias que dibuja Unamuno (4.2.1), esa realidad social quiebra ese ideal oficial del crisol, puesto que, reduplicando la situación americana descrita por Pratkanis y Aronson (1994), se asigna a los miembros de los grupos minoritarios "papeles menores" de manera desproporcionada.

En diálogo con esa tradición, diversas conductas sociales reenvían a ese uso que el discurso liberal ha dado a los tópicos baturros. Sin embargo, siguiendo a De Certau (en Grandi, 1995: 231), otras confirman que dentro de la fugacidad de lo subcultural la reivindicación convirtió algunos acontecimientos en ocasiones. Durante la polémica hidráulica un medio de ámbito estatal identificado con el españolismo liberal, como El País, tituló una entrevista realizada al Presidente aragonés con "Aragón no es Venecia" y añadió el sumario "No se nos puede pedir que seamos solidarios con los territorios más prósperos". Además, añadía una fotografía en la que aquel aparecía apoyado en el muro de uno de los puentes y las torres del Pilar y el Ebro al fondo (20.1.93). Esa puesta en relación de la oposición aragonesa a los trasvases con los estereotipos de lo baturro genera un universo semántico connotativo, cargado de valores sugestivos y, por tanto, bien diferente del código informativo que se asocia con la entrevista. Según Martín Barbero (1993: 227), las relaciones de poder no se expresan a través de atributos, sino de conflictos concretos que, en gran medida se libran en el campo simbólico y que permiten a los participantes vivirse como sujetos y representantes

de una identidad colectiva. Este uso de lo noticioso confirma esa hipótesis, más aún cuando, tal cual sugiere el mismo Martín Barbero, lo subcultural fue organizado y vivido en esa ocasión en su conflictividad y creatividad actual, no en su memoria del pasado.

La polisemia de los textos populares (3.1) deja abierta la lectura de esa propuesta noticiosa, aunque fuera cargada de elementos simbólicos favorables a la hegemonía política estatal. Pero, si la táctica sólo es movimiento en el espacio que controla el enemigo, esa aparición en el principal y más influyente medio escrito de ámbito estatal adquiere también valor de recuperación para la subcultura. Sobre todo, si se tiene en cuenta que esa ocupación de lo noticioso se prolongó en otros medios de ámbito estatal (3.1.2; 3.2.2; 4.1.1.3). En ABC Mingote visualizó la concentración ante el Congreso en demanda de autonomía plena [bajo el lema *Los aragoneses*, aparecían los leones de la puerta con un cachirulo en su cabeza; 15.10.92] atribuíó valor político a lo baturro en el espacio que simboliza la soberanía estatal. Como discurso creado por un aragonés radicado en Madrid, y por tanto homólogo a los autores del baturrismo literario, esta propuesta textual no actualizó la grosería, el juramento, los vulgarismos o la blasfemia que caracterizan ciertos textos baturros. Con todo, incorporó su gusto por la parodia o la ironía, dándole un sentido político positivo para la movilización aragonesa. El valor reivindicativo dado al cachirulo resemantizaba el sentido festivo que le otorga actualmente el folklore, sin quebrar por ello el sentimiento de membresía al Estado y a lo español. Esa apropiación tuvo continuidad en otras expresiones folklóricas, como la jota, usadas de forma esporádica en la manifestación, pero también presentes: Vehículo de esa nacionalización española de lo aragonés, sobre todo porque en ella ha dominado la apropiación de los sectores conservadores -*La jota es himno de España o por eso, al oír la Jota/se enardece España entera*-, la jota (212) también expresa reivindicaciones aragonesas, como el expolio de recursos naturales, llegando incluso a alimentar la conciencia de colonialismo interior. En las manifestaciones se reprodujeron algunos de estos usos liberadores para la subcultura (4.1.2.1; 4.2):

Castilla pone en sus aguas/toda la esencia de un beso/y, al paso por Zaragoza,/ es alma de España, el Ebro. [...] Desde que le han dicho al Ebro/ que es el padre de la Raza,/entra en el mar con la Jota,/al grito de ¡Viva España!

(Ferrer, J.M. *Gustavo Adolfo, Al Ebro*, en Astráin, 1988: 76).

"Joaquín Costa proyectó/ser la despensa de España,/si se nos llevan el agua,/ ni despensa ni cabaña./ Más cerca qu'el Ebro tiene/Barcelona el Llobregat,/ que hagan presas en su cuenca/ y que nos dejen en paz" (José Bescós, 1933 en Ayerbe, 1988: 45).

"La calle de Alfonso 1º fue el tramo en el que se respiraba un ambiente más festivo. Los cantos se multiplicaron en esa zona entre músicas de dulzainas, tambores, cantos de jota y charangas" (*Cien mil voces para un solo grito*. Heraldo, 24.4.2000).

"No faltó la música de charangas, tunos y grupos regionales, ataviados con trajes típicos [...] que animaron con sus jotas y sus cánticos el recorrido de la marcha" (D-16, 23.4.93).

La voluntad institucional de evitar la presencia de la jota (4.2.1.2) no evitó que los participantes la hicieran presente en las convocatorias autonomistas, donde, junto a otros elementos de cultura popular, reforzó su carácter festivo (4.1.1.5). De esa forma, a su valor como elemento identificador y portavoz de la reivindicación popular, sumó su componente festivo. Para Martín Barbero (1993: 99), la fiesta popular supone "una protesta simbólica" que permite "descargar las tensiones, desahogar el capital de angustia acumulado". Las polémicas que precedieron a todas las manifestaciones y la tensión social que la reivindicación fue acumulando actualizó ese valor de lo festivo, como pusieron de manifiesto la mayoría de los relatos mediales: *La marcha del 23 A* (Palazón, D-16), *La marcha moviliza a los aragoneses* (19.4.92, D-16), *San Jorge, más festejado que nunca*, (El Día, 24.4.92); *La larga marcha autonómica* (El Periódico, 23.4.93), *Una fiesta por la autonomía* (Heraldo, 24.4.92). A esa capacidad liberadora de la fiesta se añadió el que aportó su componente de fiesta baturra: La abundancia de elementos folklóricos aragoneses, desde el tambor a la jota o el Pilar, o la relevancia que estos estereotipos alcanzaron en los discursos de los medios (*Nobleza baturra obliga*, El Día, 24.4.92; Espada, N. *Tozudos*. El Periódico 24.4.93) sugieren que, al menos, las manifestaciones acabaron siendo lo que, con sentido despectivo, predijo M. Iglesias.

Tomada desde esa perspectiva, la manifestación de 1993 reenvía incluso a la Ofrenda de flores (ver 3), la fiesta que, aunando lo social y lo religioso, simboliza lo baturro. El recorrido fijado por la Mesa de Partidos duplicó el que cada año sigue el acto mariano, de la misma forma que la festividad religiosa, el día de San Jorge, recordó el carácter comunitario del Pilar. Pero, sobre todo, esa homología se deja notar en el simbolismo de oferta y petición, en este caso política, que cabe atribuir a la concentración en la Plaza del Pilar (4.1.1.5). Cuando analiza el componente espectacular y carnavalesco de la Ofrenda de flores de 1994, Beltrán (1995: 32) contrasta que "buena parte de los presentes completaban su atuendo, hasta degenerar en caricatura, con gayatas, alforjas, de las que colgaban ristras de chorizos o botas" con el sentido identitario de esa deformación, puesto que con ella los participantes pretendían dejar constancia "de que a aragoneses no les ganaba a ellos nadie". Esos comportamientos y la forma aragonesista de vivirlos dialogan con la identificación social que,

pese a sus distorsiones grotescas, produce la literatura baturrista o, incluso, con algunos de los excesos carnavalesco baturros que tuvieron lugar en la manifestación: La identificación de los manifestantes aragoneses con el pueblo elegido y del Presidente de la Comunidad Autónoma con Moises (*Un paraguas fue la batuta del pueblo hacia la autonomía*, El Periódico, 23.4.93) queda lejos de las necesidades naturales que Bajtin (1995: 23) incluye en el realismo grotesco de la cultura popular como afirmación del "principio de la vida material y corporal"; sin embargo, como exageración y mitificación de lo popular festivo aragonés reenvía a esa estética cómica popular y al valor reivindicativo frente a la dominación que se le atribuye.

Probada la capacidad de estos usos de lo aragonés para favorecer la identificación social, su presencia en estas convocatorias, espontánea o construida, se revela política porque potenció la reivindicación, demostrando que, si opera como reflejo de la dependencia, el folklore también es ámbito de resistencia y de respuesta a la dominación. De hecho, ayudó al esquematismo argumental de lo festivo y a su capacidad para generar adhesión social. En los discursos mediales abundó ese reconocimiento de que las manifestaciones se perfilaban como grandes fiestas comunitarias, pese a que "la inmensa mayoría de los aragoneses no sabe lo que es el Pacto Autonómico [...] no se han sentido a valorar sus virtudes y defectos, traducidos en trasposos de competencias y cuotas de autogobierno" (Díez, P. *iViva la fiesta!*. 23.4.92). Una parte de la sociedad asumió ese carácter festivo, hasta el punto de que participaron familias y públicos poco politizados o que antes no habían participado en ninguna manifestación. Los mismos participantes lo vivieron así en la calle: En 1992 el bandeo de campanas, tradición arraigada en la realidad aragonesa, revaloriza la contribución de la religión (213) a la reivindicación (4.2.1.1); en 1993, las referencias al agua y al territorio en 1993 recuerdan esas "fiestas de primavera, importantes para los pueblos agrícolas", porque están relacionadas "con la fuerza generadora del árbol" (Martín Barbero, 1993: 78).

De esta forma, lo baturro se integró en un universo semántico, al que dio unidad la fiesta y en el que no faltaron componentes míticos o religiosos ni carnavalescos. En 1993 la orquesta *La Garbosa* tocaba mientras los participantes bailaban formando la bandera de Aragón con sus paraguas, según testimonio de los medios. Heraldo destacaba también que "la fiesta de San Jorge, Día de Aragón, alcanzó ayer su máxima expresión en la impresionante manifestación que congregó a más de cien mil personas en las calles de Zaragoza para reclamar *Autonomía plena ya*". Si "en la esencia de la fiesta está el ser protagonista más que espectador" (Beltrán, 1984: 63), este protagonismo de los participantes rubrica esa centralidad de lo festivo (4.1.1.4); en la medida que esa fiesta se entrecruzó con el carnaval y con varios de sus elementos más característicos, esa presencia del disfraz y del

humor grotesco liberador refuerza esa rebeldía de la reivindicación y da sentido político al comportamiento pacífico de los participantes, porque, tomando como referencia a Bajtin (1995: 90), la comicidad popular nunca ha sido agente de violencia. Esa actitud contrasta y adquiere sentido con el uso de la coerción que pusieron en juego el PSOE y el Gobierno Central, en unos casos para presionar a sus dirigentes y militantes, en otros para deslegitimar socialmente las manifestaciones. El informe de Jovellanos (1979: 119) evidencia la desconfianza del racionalismo ilustrado hacia espectáculos o fiestas populares, llegando a someterla mediante leyes y reglamentos u otras formas de apropiación. Como reescritura de esa relación del poder con la fiesta popular, este componente festivo carnavalesco baturro devino en un combate simbólico donde algunos valores populares, sobre todo la libertad o la diversión, acabaron imponiéndose a otros hegemónicos, como el control social o el sentido de estado:

"Mañana es la fiesta y el día de todos los aragoneses, de toda la sociedad aragonesa, no de los partidos o de las ideologías" (Eiroa, San Jorge, 93).

"[...] van a tener que entender en el centro del poder que aquí también se es muy tozudo y no se va a reblar hasta que nos entiendan" (Espada, N. *Tozudos*. El Periódico 24.4.93, Columna).

"[...] Así, pues, ayer, de una manera elegante, que alza aún más la nobleza que caracteriza al pueblo aragonés, Aragón volvió a enviar un multitudinario recado a Madrid para que atienda unas justas reivindicaciones" (Diario 16 Aragón. Editorial. 24.4.93)

"[...] el derecho está en la base del estereotipo que luego hemos proyectado al exterior. El baturro noble, tozudo, acogedor y entrañable es heredero de siglos de historia. La moda romántica del siglo XIX, la deformación de ciertos escritores costumbristas y, en nuestros días, los excesos de algunos humoristas no muy afortunados han deformado esta imagen hasta extremos caricaturescos. Pero sólo es un espejismo momentáneo. [...] lo esencial acaba saliendo [...] a la superficie" (Samitier, E. *Una forma de entender la vida basada en el Derecho*. Haldo, Suplemento SJ93).

Teniendo en cuenta que fue impulsado y construido a partir de una estrategia del Gobierno de Aragón (4.1.1.1), surgida de la necesidad de eliminar los recelos sociales ante las connotaciones negativas de una manifestación (Malo de Molina, 1992), ese valor festivo e integrador de las manifestaciones aparece como una oportunidad aprovechada y un triunfo político frente a quienes habían intentado desactivar la movilización mediante la exageración de su valor reivindicativo

(4.1.1.4). En 1993, sobre todo, mientras el Presidente autonómico llamaba institucionalmente a la participación colectiva o pedía "un ambiente de fiesta integradora" (Discurso oficial San Jorge, 93: 5), los dos principales partidos estatales cuestionaban los lemas de las convocatorias y buscaban grietas en la convocatoria con la intención de desactivar *la fiesta por la autonomía*. Esa retórica política de lo festivo, centrada en defender el carácter festivo de la manifestación para así reforzar su apoyo social, contó con el apoyo mediático y eso hizo posible que, al final, lo festivo y la reivindicación se complementaran (Eiroa, E.23 A, *la fiesta de todos*, ABC, 22.4.92) como estrategia contra la hegemonía. El hecho de que las grandes manifestaciones de Zaragoza coincidieran con el Día de Aragón dieron credibilidad social a ese carácter festivo de las convocatorias autonomistas. Además, esos dos actos se celebraron días después de la Semana Santa, una de ellas incluso coincidió con la Pascua de Resurrección, y esa proximidad temporal añadió reenvíos religiosos y folklóricos, como pusieron de manifiesto algunos relatos mediales.

De esa forma, las fiestas autonomistas dialogan incluso con *la risa pascual*, en palabras de Bajtin (1995: 76), ligada a un renacimiento feliz y a la muerte de lo viejo o, lo que es lo mismo, a las fiestas de primavera y, una vez cristianizadas, de resurrección. La traslación a la movilización aragonesa de esta risa festiva relacionada con el tiempo y la sucesión de las estaciones, con las fases lunares y solares, con la muerte y la renovación de la vegetación, con la sucesión de los ciclos agrícolas (Bajtin, 1995: 77) tiñe a la autonomía plena de los sentidos mítico emocionales que se otorgan a lo nuevo y a punto de llegar. Ese valor político se refuerza porque, siguiendo a Bajtin (Ibíd., 80), la risa organiza el aspecto público y popular de la fiesta. Eso confirma que, a la manera apuntada por Schröder (1997: 113), en este intercambio simbólico los textos populares pudieron ser pobres desde el punto de vista de sus contenidos o de su lenguaje, pero difícilmente carecieron de complejidad y contradicciones. Gramsci (1977) ve el folklore como una concepción del mundo y de la vida que construyen los sectores populares de forma diferente a la elaborada por los sectores cultos de la sociedad: aunque esa producción cultural le parece fragmentaria e inorgánica, el reconoce una creatividad que se adapta a las condiciones materiales de vida y a los cambios. Muchas conductas e iniciativas de los participantes en las manifestaciones reenviaron a esa creatividad popular, con lo que hicieron del folklore una manera de afirmación frente a lo español estatal. Para ello mestizaron, incluso, lo popular y lo masivo, como prueban algunas enunciaciones mediales (El bueno [E.Eiroa], el feo [PHN] y el malo [J. Borrell], Diario 16. 20.1.93), la presencia de la lengua hablada en numerosos y relevantes titulares de la prensa (*Más claro, agua*. El Periódico, 24.4.93, abre edición) o el uso carnavalizado de programas televisivos ("Y, para acabar, una adivinanza en una pancarta [...]: ¿quién sabe *ande* está el alcalde Triviño?. Busca Lobatón". *El acento*. Diario del Altoaragón, 24.4.93)

Cuando analiza ese mestizaje de lo popular con lo masivo, Martín Barbero (1993) destaca que ambas formas de pensamiento social se sitúan en el tiempo libre y operan en el hogar, la familia o los amigos, espacios sociales donde se imaginan los sujetos. La centralidad de lo masivo y su intensa relación con lo folklórico durante la movilización aragonesa aparecen así como dos de los dispositivos, a partir de los cuales una parte de la sociedad aragonesa se afirmó como comunidad y se opuso a la lógica política dominante, cumpliendo la predicción de Schröder (1997) de que en esa nueva forma de cultura popular que es lo masivo la subcultura se afirma, define y reconoce como diferente. Beltrán (1995: 46) atribuye al pensamiento social sobre lo aragonés una tendencia excesiva a construir lo comunitario a partir de las costumbres y creencias populares, hasta el punto de que en la mayoría de los casos busca en ellas "las raíces de cuanto hallamos en nuestras conductas". Las huellas de esa tradición laten tras el énfasis de algunos medios en la falta de liderazgos políticos o sociales y de su mitificación de lo colectivo (*Sólo el pueblo tiene la palabra*, Diario 16, editorial, 23.4.9). Ambos estereotipos dialogaron con la tradición del pactismo o con algunos de sus efectos, en concreto la idea de que, "al revés que otras tierras, [...] Aragón ha sido obra del pueblo llano, del sentido práctico y del igualitarismo más rabioso" (Vidal, 1996: 110).

Hobsbawm (1991: 114) atribuye "la mayoría de las veces" a la clase gobernante o a la élite social "el descubrimiento de la tradición popular y su transformación en la tradición *nacional* de algún pueblo campesino". En esta apropiación de lo folklórico desde lo masivo, la forma en que los medios idealizaron lo popular reenvía al valor nacionalista de géneros como la épica (3.2.1), pero también a las lógicas de clase que median esa discursivización de lo social. Por más que los medios se pensaran como meros transmisores del sentir popular, a la manera que Zapater (1995: 17) apunta para los cuentistas baturros, esa confusión de su punto de vista con el de la sociedad sugiere la perversión de lo noticioso (3.1.2; 3.2.2): A la manera que Calvo Carilla (1986b: 17-8) encuentra en Pedro Saputo, sus relatos tendieron a ofrecer una sociedad "tal como es y, sobre todo, tal como debe ser desde el punto de vista de la activa y progresista burguesía zaragozana a la que pertenece". Si el costumbrismo de Foz refleja el "renacer de una conciencia aragonesa auspiciada por una burguesía liberal que busca respaldar sus valores autóctonos" (en Zapater, 1995: 16), la apuesta mediática por la reivindicación tampoco parece ajena al despertar autonomista que antes del Pacto Autonómico vivían sectores influyentes de la sociedad aragonesa (Díez Nicolás, 1991; Pi y Sunyer, 1991). La apuesta por la movilización de ese bloque social, sustento a un tiempo de los medios masivos y del Gobierno de Aragón, explica que lo aragonés se reforzara a través de lo baturro o, lo que es lo mismo, que estos tópicos se dotaran de valor político y adquirieran sentidos reivindicativos. Por ello

mismo, la quiebra que en ese bloque introdujo el convenio televisivo propició que lo baturro recobrará connotaciones despectivas e, incluso, simbolizara ese combate por el que algunos medios demostraron más fuerza que el Gobierno autonómico (4.2.3):

"como género estrechamente vinculado al proceso de acceso al poder por parte de la burguesía, es más que verosímil que [...] la ideología de este [el costumbrismo] remita con mucha frecuencia a lo más avanzado de esa clase social [...], monopolizadora de la creación y el consumo de los artículos de costumbres" (Gil Encabo, 1986).

"[...] Este es el asunto que hemos titulado 'Operación Monegros', dado que precisamente es la zona desértica que más defiende el partido que ostenta la Presidencia de la D.G.A. y donde aún quedan algunas liebres" (A. Bruned Mompeón. Operación Monegros, 3.6)

"El fenómeno del *baturrismo* [...] tampoco fue ajeno a aquel proceso de construcción de la identidad española. [...] Hay que enterrar temores para que lo aragonés ocupe espacios sociales de los que fue intencionadamente apartado, porque así quedaba desvalorizado" (Eiroa, 1995: 56).

"Al ser la capital de Aragón [...], reúne en sí todos los tópicos del país: baturrismo, cuentos chuscos sobre sus aldeanos, pantagruélicas meriendas con abundantes magras y pollo a la chilindrón, bien regada con caldos de Cariñena, jotas de picadillo torpes y procaces, y cuantos estereotipos quieran añadirse. [...] la historia tradicional, erudita y acrítica, se ha ocupado de diseñar un pasado eminentemente tópico [...], olvidando otros sucesos ciudadanos no menos relevantes" (Ebrópolis, 1996: 69).

4.2.2. El impulso de lo transnacional.

Desde las ciencias sociales se ha presentado el estado nación como una forma política aporoblemática e invariable; sin embargo, antes de su formulación, el espacio público europeo había conocido ya imperios, ciudades estado, el estado absolutista y diversas formas superpuestas de autoridad política, social, económica y religiosa (214). Esa constatación evidencia que, por un lado, el estado nación no es una "entidad fija, sino alterable, históricamente fortuita y en vías de desarrollo" (Keating, 1996: 37) y, por otro, que ha devenido ante todo en una construcción ideológica, donde los valores nacionales han legitimado intereses e ideas (Habermas, 1997). Más allá de que la nación necesitara la unidad de mercado para construirse y consolidarse, el camino hacia el estado moderno, y en particular el que hizo posible el estado nación, se inserta en el proyecto político y social de las

burguesías liberales. Si el discurso marxista enfatiza la relación entre el estado moderno y el desarrollo del capitalismo, Wallerstein (1988) ha llegado a considerar la nación como un producto de arcilla modulado por la economía capitalista. El mismo Tilly ha señalado, como si quisiera legitimar la hipótesis del Sistema-Mundo, que los estados nacionales se convierten en las formas políticas dominantes a medida que se expande el capitalismo y las diferentes partes del mundo se integran en su lógica. Como recuerda Habermas (1997), surgió así un nacionalismo nuevo, ligado al impulso modernizador de la hegemonía social y, por tanto, a la implantación de la democracia liberal, pero también a la idea de una cultura nacional configurada como una síntesis de las particularidades culturales y de la generalidad política, de las que serían expresiones las diferencias étnicas o regionales (Ibíd., 167).

Para Nairn (en Llobera, 1996: 142), este nacionalismo de estado tiene tanto que ver con ciertos aspectos de la economía política mundial en la era moderna que sería el coste sociohistórico de la implantación acelerada del capitalismo mundial. Aunque los procesos de construcción nacional no pueden reducirse a tendencias económicas porque también dialogan con componentes culturales y sociales (4.1; 4.1.1; 4.1.2), esa naturaleza ideológica del estado moderno y, en concreto, del estado nación aparece más visible cuando su formación y consolidación se pone en relación con un modelo de desarrollo económico (capitalismo liberal) o, incluso, de protección social (estado del Bienestar) y, además, se leen desde esa perspectiva las estrategias y dispositivos para uniformar la cultura nacional a partir de la lengua (Real Academia, siglo XVIII), de los mecanismos de socialización (escuela y alfabetización) y de los medios de comunicación). Tomando como referencia a B. Anderson (1983), el libro aparece como la primera mercancía producida de forma masiva que permitió, por tanto, que las comunidades fueran imaginables mediante la interacción del capitalismo con una tecnología de comunicación - el libro - y con la diversidad lingüística de las lenguas nacionales. Ese impacto del capitalismo de imprenta y de la revalorización de las lenguas nacionales difícilmente puede separarse de la evidencia de que, agotado el mercado en latín, los editores se orientaron hacia las lenguas vernáculas (215). Según Todd (1995: 153), progreso industrial y cultural fueron paralelos hasta el siglo XVIII, pero desde 1750 la industrialización operó como agente de modernización económica al margen de lo cultural hasta que la segunda revolución industrial que abrió el siglo XX los reconcilió de nuevo. Juntas o por separado, lo estatal se alimentó de ambas lógicas y amplió su valor ideológico presentándose como el paradigma de lo moderno (4.2.1; 4.2.1.1).

Martín Barbero (1993) hace notar que la lógica sobre la que se construyó el estado nacional llevaba en sí misma el germen de lo transnacional y Habermas (1997) ha destacado que ese estado nacional

ha defendido sus "límites territoriales y sociales de forma enteramente neurótica", pero que no ha logrado impedir que las tendencias globales "hayan agujereado" sus mecanismos de control y de poder (Ibíd., 181). Los cambios derivados de la nueva socialidad global están convirtiendo los sistemas nacionales en hechos del pasado, porque el proceso de transformación tecnológica ha dado lugar a nuevos sistemas y modelos de comunicación social, a una economía cada día más internacionalizada, liberalizada e integrada y, por último, a unos procesos de identificación y de relación social cada día más complejos. Castells y Borja (216) han destacado que, más allá de la reformulación de lo territorial o del concepto de soberanía, los estados nación ya no controlan los flujos de riqueza e información ni las grandes cuestiones internacionales e, incluso, se ven cuestionados por sus problemas internos. Para mantener su legitimidad social, se ven obligados a vaciar una parte importante de sus contenidos y funciones institucionales, pero también a organizarse de manera distinta, a integrarse en una red de toma de decisiones. Este estado red representa, pues, la transformación vivida por el estado nación para adaptarse a la globalización y, siguiendo a Keating (1996), debe hacer frente a las exigencias de lo supranacional, gestionado por diferentes entidades supraestatales, y a los poderes subestatales emergentes, a la manera de las Autonomías españolas. Pero, al mismo tiempo, debe dar respuesta a la progresiva hegemonía de la desregulación y del mercado o, lo que es lo mismo, a la retirada de lo público a favor de las grandes corporaciones privadas (Schíller, 1996; Chomsky, 1996):

El espacio público moderno tiene mucho que ver con la crisis del Estado nación, la fragmentación de los públicos, la aparición de nuevos movimientos sociales y la relativa libertad de acceso de los consumidores a las tecnologías más avanzadas de la comunicación e información. El Estado nación pasa por problemas de gestión [la dispersión de la producción y la internacionalización de los capitales quiebra la economía nacional; disminuye su margen de maniobra administrativo y político] y de legitimación social [la sociedad de los dos tercios] (Dahlgren, 1996: 257).

"Una de las mayores paradojas en nuestro tiempo es el resurgimiento de las identidades singulares [...] en la era de la globalización, de Internet y de los medios de comunicación de masas [...] Y mientras se unifican los mercados de capitales y los hábitos de una reducida élite cosmopolita, la gente afirma [...] sus raíces históricas, territoriales, étnicas, religiosas. Los movimientos sociales que se oponen a la globalización son principalmente movimientos basados en la identidad" (Habermas, 1997: 183).

"La competencia en materia de oportunidades de desarrollo de nuevas actividades productivas está dejando de ser una competencia entre 'naciones' y está dando paso a

una competencia entre territorios, entre entidades territoriales más homogéneas, las regiones o las ciudades" (Ebrópolis, 1996: 94-5).

Leída desde lógica de lo transnacional, la movilización aragonesa aparece como parte de esa puesta en cuestión del estado nación por parte de las identidades subestatales. Cuando analiza las movilizaciones nacionalistas en la sociedad postindustrial, Keating (1996: 259) señala que ese tipo de construcciones identitarias pueden no ser "obra de nacionalistas conscientes", sino "respuestas a problemas políticos y a la búsqueda de soluciones concretas" relativas a "cuestiones territoriales o culturales". Como la reacción aragonesa partió de la firma del Pacto Autonómico por parte de los principales partidos de ámbito estatal y del Gobierno Central, la apuesta por la autonomía plena y su valor identitario sugieren ese deseo de afirmarse ante la centralización estatal e, incluso, de echarle un pulso político en un momento de supuesta debilidad. Si tenemos en cuenta el lado soberanista de la reivindicación aragonesa, e incluso que se propuso realizar un referéndum sobre el grado de autonomía, este acontecer social puede situarse incluso en ese ascenso del Estado regional, de ambiciones limitadas, que Keating (1996: 261) dibuja como una parte de la crisis del estado nación y de la emergencia de las identidades subnacionales. Tal como lo concibe Keating (Ibid, 264-6), ese formato de soberanía subestatal ni siquiera excluye la defensa del derecho a la autodeterminación, aunque sobre todo se caracteriza por la cooperación con el estado, las identidades compatibles, una soberanía limitada y una autoridad compartida. En la medida que no se cuestionó la integración en el estado ni el sentimiento de pertenencia a lo español, esta forma de vivir la reivindicación quedaría dentro de ese tipo de soberanía que busca reubicarse en relación al estado nación. Y, si se parte de que nunca se planteó la independencia, se confirma que se cuestionaron algunos aspectos de la hegemonía de lo estatal centralizado, pero sin la intención de quebrar esta.

Hobsbawm (1991) sostiene que en el sistema global la independencia de los pequeños estados depende de un orden internacional, por lo que la aparición de nuevas naciones "ni siquiera crearía un conjunto de nuevos estados" (Ibid, 195). Desde esa lógica la formulación de un referéndum o la misma indefinición del concepto autonomía plena pierden valor como elemento de un proyecto de nation building (4.1.2.3), aunque mantengan su sentido político como forma de cuestionar simbólica y emocionalmente el poder de lo estatal centralizado (4.2.1). Puesto que no cuestionó su pertenencia a España, la reivindicación autonomista se situó entre esas comunidades subestatales que, según Hobsbawm (Ibidem), abandonan el objetivo de convertirse en "estados-nación independientes y soberanos", porque prefieren "erigirse en subunidades de una entidad político económica más grande". En esa lógica la Unión Europea se convirtió en un referente político capaz de resolver

algunas de las deficiencias de la centralización estatal que denunciaba la movilización aragonesa. De hecho, fue vivida como un mediador que podía modificar la política trasvasista del Plan Hidrológico Nacional o el sentimiento de desigualdad asociado a las inversiones estatales. En ambos casos, sin embargo, esa expectativa quedaba amenazada por la posibilidad de que el espacio común europeo deviniera sólo en un mercado (Eiroa, 1992a).

En ese vivirse dentro de la Unión Europea el Estado aparecía como un obstáculo, en la medida que se reservaba para sí toda la relación con las instituciones comunitarias y únicamente admitía la presencia de las Comunidades Autónomas en el Asamblea de las Regiones de Europa (ARE). Si otros Gobiernos europeos, como Alemania, habían facilitado que sus entidades regionales participaran en la representación del estado ante la Unión Europea, el Gobierno que presidía F. González monopolizó esas relaciones. Las Comunidades Autónomas, y el Gobierno de Aragón, denunciaron esa exclusión como una muestra más del centralismo socialista y procuraron salvarla mediante acuerdos con otras regiones europeas y un cierto liderazgo en la ARE. En una conferencia sobre *Aragón y las nuevas tecnologías* (Zaragoza, diciembre, 1992), el Presidente autonómico lamentó que la Unión Europea se apoyara "en el poder de los estados, olvidando un tanto las realidades emergentes de los pueblos" (Eiroa, 1992c: 14), pero sobre todo afirmó la voluntad de "convertirse en elemento integrador en el noreste de España y dentro de las eurorregiones del sur de Europa" (Ibid, 26). A ese respecto, detalló algunos de los "acuerdos de colaboración" suscritos por su Gobierno con Aquitania, Altos Pirineos o la Conferencia de Trabajos de los Pirineos y el protagonismo asumido en materia Cooperación Transfronteriza dentro de la Asamblea de Regiones de Europa:

"En ese gran mercado resulta obligado competir con los más fuertes y usar la negociación como base del éxito [...] competitividad implica rapidez, innovación y conocimiento útil aplicado al sistema productivo" (Eiroa, E. *Aragón y las nuevas tecnologías*. Diciembre, 1992c).

"La Carta Europea del Agua aconseja que se aprovechen los recursos hidráulicos dentro de la cuenca, para rentabilizar en ella las virtudes del agua como bien preciado indispensable de toda actividad humana [...] en las negociaciones de adhesión de España a la Comunidad Económica Europea se estableció un techo de cinco millones de hectáreas regables en nuestro país [...] si las aguas del Ebro se trasvasan fuera de su cuenca [...] esto se transformaría en una disminución de las posibles transformaciones en regadío en el interior de la cuenca" (Eiroa, E. *El Plan Hidrológico. Las razones de Aragón*. Zaragoza. 1993)

Según Hobsbawm (1991: 195), dado el declive de las economías nacionales a favor de la transnacional, los estados pequeños no son "menos viables económicamente" que los mayores e, incluso, las regiones constituyen "subunidades más racionales" de las grandes entidades supranacionales que los "estados históricos de los que son miembros oficiales". El hecho de que esta movilización coincidiera con los debates y presentación en Zaragoza y en otras ciudades europeas o americanas del Plan Estratégico de Aragón denota la voluntad gubernamental y comunitaria de asumir como responsabilidad propia la ejecución de una política regional económica y de desarrollo. Concebido como una Carta de Región, el Plan Estratégico implicó a los principales agentes sociales en la promoción del desarrollo económico regional y en la corrección de los desequilibrios territoriales (DGA, 1992b: 1). De esa forma queda claro que lo europeo, y en su conjunto lo global, fue vivido por la sociedad aragonesa más como expectativa que como peligro: en ese horizonte el Gobierno de Aragón impulsó incluso la constitución de la Comunidad del Valle del Ebro, un acuerdo de colaboración con Navarra y La Rioja que estaba pensado en términos de competitividad y de complementariedad económica de esos territorios. Incluso, cuando se desencadenó el conflicto bélico de los Balcanes, la estrategia del PSOE por igualar la reivindicación aragonesa a los excesos de esos nacionalismos encontró en los discursos sociales el rechazo de esa identificación y la asunción de que la sociedad aragonesa se vivía como expresión de lo europeo y lo global.

En todos estos casos lo global operó, pues, como un contrapeso o, quizá incluso, como una sublimación de lo estatal centralizado. Para Lluís Bassot (2017), los nacionalismos y la religiosidad resurgen en la globalización como una "reacción casi ecológica de los grupos culturales" y "compensatoria de desequilibrios profundos de nuestras sociedades". La movilización aragonesa se escudó en algunas de esas motivaciones para hacer frente al supuesto centralismo del proyecto español del PSOE. Habermas (1997) relaciona el auge de los nacionalismos con la crisis del marxismo y del liberalismo como ideologías que han buscado disolver las raíces territoriales y culturales. Lo que hubo de discurso nacionalista en la reivindicación aragonesa y la posición de quienes apoyaron el Pacto Autonómico y el Plan Hidrológico sugieren que en esta movilización se renovó una parte de ese debate ideológico. Pero, al mismo tiempo, algunos componentes de este conflicto de poder dialogan con la redefinición del territorio que trae consigo la globalización. Según Keating (1996: 65), los gobiernos locales y regionales, junto con las empresas, asumen un creciente protagonismo en la adaptación de sus territorios al mercado más amplio, porque en el interior de los estados se acentúa la competición de ciudades y regiones en pos del crecimiento. Como el nivel de gobierno regional y el sentido de identidad constituyen requisitos reconocidos como necesarios para competir con éxito

(218), el sentimiento de privación relativa y de colonialismo interior que latía tras algunos discursos sociales aragoneses sitúa ese conflicto entre lo aragonés y lo español en los códigos culturales de lo global.

El discurso generado por el Gobierno de Aragón a partir de la movilización enfatizó la petición de autonomía plena y la oposición a los trasvases en términos de competitividad e igualdad de oportunidades con los territorios más avanzados (Eiroa, 1992,1993). Cuando hizo notar en el discurso institucional de San Jorge 93 que la globalización abría nuevos caminos al desarrollo regional y a la actuación de los Poderes Públicos regionales, el Presidente de la Comunidad Autónoma situaba su proyecto político y la reivindicación aragonesa en el marco de esa reformulación del estado nación. Incluso, al señalar que las políticas regionales ya no podían circunscribirse al reequilibrio territorial porque habían pasado a ser factor estructural de la competitividad de un territorio, estaba situando su propuesta de autogobierno pleno en las lógicas de poder económico y político que regulan las relaciones entre comunidades y sociedades. Recuerda Keating (1996: 260), que las naciones subestatales tienden a hacer de la identidad colectiva "un principio para organizar la sociedad en conjunto" y, por tanto, una energía social que contribuye al desarrollo. Esa pretensión sugiere la propuesta incluida en el Plan Estratégico de Aragón de que las Administraciones Públicas fueran en España un factor neutro de competitividad territorial (DGA, 1992b) o la voluntad del Presidente aragonés por usar el autogobierno para lograr un habitat acogedor y atractivo que localizara empresas multinacionales o para propiciar la integración de las empresas locales en el entramado de los grandes grupos de empresas y mercados internacionales (Eiroa, 1992a: 71/4). Esta posición confirma, por otro lado, la hipótesis de Keating (1996: 261) de que este tipo de comunidades no se construyen sobre el particularismo étnico, sino como "sociedades globales" abiertas a diferentes identidades:

"Aragón y Europa son realidades compatibles, igual que Aragón y España son realidades complementarias" (Eiroa, San Jorge, 92: 3).

"[...] aragoneses, españoles y europeos [...] no queremos ser menos que nadie [...] somos herederos de una historia que va de Roma o del Renacimiento a las grandes conglomeraciones ideológicas de la contemporaneidad" (Heraldo, *El sentimiento autonomista*, Supl. SJ. 93).

"El cultivo de la propia identidad no está reñido con la universalidad más precisa [...] Por eso, una identidad aragonesa fuerte nos ayudará a participar más y mejor en el proyecto europeo y en la realidad internacional [...] El proceso de reivindicación

autonomista ha permitido avanzar en el logro de esos objetivos" (Eiroa, BOCA, 61: 1980 [Junio, 1993]).

Hagen Schulze (1997) considera que el principal peligro para el proyecto europeo radica en el afán de cada nacionalidad, incluso de las más pequeñas por población y territorio, por devenir en estado nacional. En su opinión, es posible una nación llamada Europa, a condición de que el actual mapa de estados nación no derive en pequeñas unidades estatales o, en otras palabras, en las 500 entidades territoriales previas a la modernidad. Como expresión de los neonacionalismos supraestatales de los que hablan Todd (1995) o Ramonet (1996), este discurso se revela una prolongación de la racionalidad burguesa que dio lugar en su momento al estado nación y, por tanto, de sus mismas lógicas económicas o de poder. Tortosa (1996: 79) hace notar que las clases dirigentes de los países centrales del Sistema Mundo utilizan el estado como herramienta de lucha por la hegemonía en el marco de la globalización; su hipernacionalismo emerge así como una forma de defender otra vez sus intereses de clase, para lo que se aprovechan de que el marco de competencia establecido por lo global exacerba con frecuencia el nacionalismo estatal y subestatal. En esa red reformulada de relaciones de poder, España se sitúa en periferia del Centro, una zona caracterizada por no poseer el capital, la tecnología y los mercados suficientes para mantener un proceso económico autónomo y sostenido. Su revalorización dentro de lo supraestatal europeo o su reciente ciclo de crecimiento económico no enmascara esa posición dependiente y dominada dentro de lo Global (219). Si esa posición dentro del Sistema Mundo explica alguna de las contradicciones de España como estado, también aclara algunas conductas y estrategias de quienes impulsaron la movilización aragonesa.

El discurso oficial de la reivindicación referenció la autonomía plena a la llegada del Mercado Interior. En el folleto *Somos un gran equipo* (1992: 6) se sitúa aquella percepción de lo aragonés en el contexto "de la Europa sin fronteras" e, incluso, se enumera un largo listado de individualidades aragonesas del mundo de la ciencia, del pensamiento y de la creación artística, aludiendo que "todos ellos han hecho posible que Aragón sea reconocido en el mundo". Sin embargo, en el Club Siglo XXI, el Presidente de ese mismo Gobierno ya afirmó, por un lado, que "Europa es algo más que un simple mercado, un futuro común, con ideas compartidas y un proyecto solidario"; y por otro, que "las nuevas instituciones europeas no pueden tener en cuenta sólo los estados [...] El hecho regional debe ser institucionalizado, participar más directamente en la formación y ejecución de las políticas regionales" (Eiroa, 1992a: 52). Por tanto, si el aragonesismo político asumió el mestizaje de lo aragonés con lo transnacional, también mostró sus temores ante las lógicas de dominación que ha puesto en marcha. En concreto, el temor al neocentralismo de Bruselas se dejó sentir a través de

varios tópic, de forma especial en lo referido al escaso protagonismo de las regiones en la construcción de la Unión Europea. Según Keating (1996: 129), los nacionalismos subestatales gustan de recurrir a la promoción exterior o a su presencia en foros internacionales para legitimarse como algo más que simples provincias o autonomías de un Estado. En aquellos meses los viajes de diversos Presidentes autonómicos a otros estados europeos, americanos o asiáticos fue objeto de polémica en los medios de comunicación de ámbito estatal (220). Muchos de ellos, y también el Presidente de Aragón, enfatizaron esa presencia exterior como una forma de ayudar a la captación de inversiones o a la conquista de nuevos mercados, lo que suponía interiorizar algunos efectos de la Globalización: Por un lado, tomaron conciencia de que a los Poderes territoriales les correspondían nuevas responsabilidades institucionales; por otro, comprendieron que su identidad comunitaria estaba adquiriendo un cierto valor de marca comercial.

Esta polémica sobre los esbozos de política exterior por parte de algunos Gobiernos Autónomas nos confrontan, volviendo a Habermas (1997), con esos problemas que ya no pueden resolverse en el marco del Estado nación. Quizá pudieran, incluso, verse como una muestra más del "vaciamiento de la soberanía del Estado nacional" que pregona para apoyar su propuesta de una y, por tanto, resulta imprescindible proseguir con la "ampliación de las facultades de acción política a nivel supranacional" (Ibíd., 171). Pero, sobre todo, denota que algunas identidades subestatales tendían a pensarse más allá de las lógicas y de los dispositivos del Estado nación. El Gobierno de Aragón llevó a cabo un programa de promoción de Aragón en Europa, Estados Unidos e Hispanoamérica que, en unos casos, incluyó la presentación del Plan Estratégico de Aragón en París o Nueva York y, en otros, se concentró en el desarrollo de misiones comerciales que, como en Méjico o Santiago de Chile, fueron acompañadas de actividades culturales apoyadas en Goya o Buñuel. La opción por promocionarse a partir de una Carta de Región o de un apoyo institucional a las misiones comerciales del tejido empresarial aragonés sugiere la asunción de que en la economía globalizada el grado autogobierno y la forma de gestionarlo han devenido en factores relevantes para el desarrollo de una comunidad. Una parte del sentimiento de agravio que activó el Gobierno de Aragón se alimentó de la supuesta inferioridad de condiciones para competir en que le dejaba disponer de menos competencias y poder político que las "Autonomías reguladas por el art. 151" de la Constitución, como recordaba su Presidente al afirmar que las "Comunidades Autónomas del art. 143 sufrimos enormes dificultades y restricciones para llevar a cabo una auténtica política económica" (Eiroa, 1992a: 77). En esa lógica la desigualdad en el desarrollo autonómico devenía en nuevas dependencias y dominaciones económicas en el marco de lo global. Por eso, el uso de aragoneses universales como atributos de

marca denota la intención de compensar ese tipo de lógicas dominantes y de aprovechar algunas oportunidades jugando con las mismas armas de la sociedad transnacional y en su terreno.

Timoteo (1992) señala que las nuevas telecomunicaciones están ayudando a romper conceptos como la soberanía nacional o a pensar las identidades colectivas desde la diversidad y la fragmentación. Y Keating (1996: 77) recuerda como, igual que la nación Estado logró movilizar al pueblo en torno al valor de solidaridad y legitimó así las medidas de redistribución e integración social, también las naciones sin Estado pueden basarse en valores comunes, de forma que su identidad subestatal sea "un instrumento para el desarrollo económico y la formación de capital social". Si las referencias a Goya o Buñuel reenvían a esa lógica de ser conocido e identificado que impone lo global a quien desea competir en el mercado, la elaboración del Plan Estratégico de Aragón por parte de los agentes sociales y bajo la dirección del Gobierno autónomo revela la pretensión de "lograr un proyecto global de región", "capaz de movilizar al conjunto de la sociedad" en el logro "de unas metas consensuadas" (DGA, 1992b: 4). Esa apuesta social y gubernamental por articular autogobierno, desarrollo económico y energía social se revela, pues, como una exigencia de lo global. Pero, al mismo tiempo, sugiere un intento de vivirse como comunidad en términos que trascienden el estado nación. Durante la movilización aragonesa se actualizó la polémica fiscal entre las diversas Comunidades Autónomas, hasta el punto de que la desventaja que suponía la proximidad de Navarra o País Vasco para la localización de empresas en Aragón o la diferente autonomía financiera que posibilitaba la foralidad motivaron la demanda de un concierto económico, la materialización más clara del hecho foral aragonés en la reivindicación autonomista (4.1.2.2), y la asociación entre autonomía plena e igualdad de oportunidades. Como traslación al entorno estatal y global de la metáfora del *tiburón y las sardinas* (221), estas expresiones del sentimiento de colonialismo interior o de la lucha por los recursos y las oportunidades explicitan las relaciones económicas y políticas de poder asociadas a la Globalización que latieron tras la reivindicación:

"Creo que no hay proyecto de modernización para España, ni para Aragón, si no damos una respuesta efectiva al Estado Autonómico y, dentro de él, al funcionamiento y a las relaciones entre las diferentes Administraciones Públicas" (Eiroa, San Jorge, 92: 4).

"Aragón encara con confianza y ambición el reto gracias a una realidad dinámica, prometedora y apasionante que le dota de importantes ventajas competitivas respecto a otros territorios [...] Están ya proyectados, y a punto de comenzar su ejecución, los futuros desarrollos viarios que permeabilizarán los Pirineos por su parte central,

convirtiéndose así en el paso más competitivo entre España y Francia [...]” (*Somos un gran equipo*, DGA, 1992a: 10).

“[...] Inexistencia de una imagen de la región hacia el exterior [...] Creación de una imagen de la región aragonesa como lugar para invertir; promoción de esa imagen a los inversores potenciales [...]; Poder reducido de la Administración Autónoma frente a la Administración Central [...]; Competencias plenas de la DGA en las materias más propias del ámbito regional [...]” (*Plan Estratégico de Aragón*, DGA, 1992b: 16 y 24)

La ideología de la modernización y el desarrollo tiende a presentar lo moderno como el ideal institucional, la eficacia, la racionalidad, la libertad, la apertura al exterior; por el contrario, lo tradicional concentra todas las desventajas como cultura, pero también como sociedad y economía. Convertido en ideología, este discurso se apoya más en modelos, en tipos que en la realidad, mucho más compleja y opaca, como recuerda A. Mattelart (1993: 178/9). Este discurso, hegemónico durante los últimos siglos, reenvía al dominio ejercido por la racionalidad burguesa y el pensamiento liberal, primero, en el marco del estado nación y, ahora, en el contexto de lo transnacional (222). Como anota Trías (1993), esa invención del hombre moderno se apoyó en un ideal superior encarnado por la racionalidad, la democracia, el conocimiento humanista y el progreso. Pero, tras esa estrategia de legitimación social, han operado dispositivos de dominación que en su momento asociaron esos valores moderno con la centralización del poder, el derecho a la autodeterminación o el patriotismo de estado (Perceval, 1996: 71), igual que en los últimos años lo han identificado con la libertad de flujos, la desregulación de los sectores económicos o la hegemonía del mercado (Mattelart, 1998). Esa modernidad presenta ahora lo global como el símbolo del progreso por la misma lógica que en los siglos pasados sólo justificaba el patriotismo de estado: Ambos encajaban en el progreso, en la medida ampliaban la escala en que funcionaban las economías, sociedades y cultura humanas. Como ha señalado Martín Barbero (1993: 74), ambas formas de pensamiento hegemónico han homogeneizado sociedades y culturas y socialmente, desnaturalizando prácticas, ritos y costumbres populares e imponiendo otra socialidad, la masiva.

Las huellas de esa racionalidad liberal burguesa se dejaron notar en el discurso de la competitividad, uno de los tópicos sobre los que se semantizó la autonomía plena y se construyó identidad aragonesa (4.1.1.4). Según Keating (1996: 63), "en un mercado abierto interesa más a los estados favorecer a sus regiones y sectores más competitivos". A esa lógica puede reenviar la percepción, mayoritaria entre la sociedad aragonesa, de que el Gobierno Central estaba favoreciendo a Cataluña y al País Vasco en perjuicio de Aragón o el sentimiento de agravio respecto a las "Comunidades más

avanzadas" que recogía el discurso a favor de la autonomía plena. Esta nueva cara del papel del estado como gestor territorial recuerda, de hecho, la predicción de Habermas (1997: 184) de que el mercado global sustituye o reformula elementos del Estado social de Derecho, y entre ellos los relacionados con la identidad nacional, para ponerlos al servicio de la primacía del negocio. A lo largo de los meses de reivindicación autonomista, algunas Comunidades Autónomas, entre ellas Aragón, reclamaron una participación en la representación de España ante la Unión Europea (223). Al margen del déficit institucional y de soberanía que supone para las Autonomías que el Estado monopolice la representación exterior de España, ese empeño en participar en la toma de decisiones comunitarias sugiere lecturas pragmáticas, como la de defender mejor los intereses del propio territorio (4.1.1.4). Desde esa lógica, la globalización ofrece oportunidades de integrar a los nacionalismos y a las identidades subestatales, tal como sugiere Jáuregui (1997); sin embargo, también abre riesgos de insolidaridad y conflictos entre comunidades y territorios, a la manera que apunta Habermas (1997).

Durante la hegemonía de lo nacional el patriotismo de estado demonizó los nacionalismos subestatales y, en general, cualquier tipo de particularismo que aspirara a un proyecto político. Perceval (1996: 74) le atribuye incluso la construcción de un "enemigo" mediante "la imagen, el cliché, que irá rellenándose de contenido negativo o asimilador". Como herederos del liberalismo y del marxismo (224), los discursos de la izquierda o de la derecha europea sobre lo nacional han considerado bueno el nacionalismo de estado, porque lo han asociado a la soberanía popular; en todo caso, lo han denostado o, al menos, obviado cuando ha servido de apoyo al imperialismo y los fascismos. Durante la reivindicación aragonesa, diversos dirigentes socialistas intentaron deslegitimar social y políticamente la movilización, criticando el particularismo aragonés; en la moción de censura el PSOE lo incluyó como una de las razones para el cambio de gobierno, al mismo tiempo que ofertaba "avanzar en la dirección del progreso y la ilusión" (BOCA, 67: 2058). Esa contraposición entre lo particular y lo universal, lo antiguo y peligro frente a lo moderno y progresista, se situó en el centro del discurso de J. Marco. Los mismos impulsores de la autonomía enfatizaron el carácter universalista del aragonés, lo que sugiere, por un lado, la voluntad de hacer frente a esas acusaciones de particularismo y, por otro, la interiorización de un discurso identitario aragonés que ha hecho de la universalidad una de las señas de identidad de lo aragonés (225). En uno y otro caso se actualizó la hegemonía que monopoliza la modernización y justifica la anulación de la particularidad cultural en el nombre del universalismo. Antes de que el PSOE ligara ideológicamente el progreso a la izquierda estatal y a la clase, Heraldo ya había discursivizado el proyecto político del Gobierno autónomo como un obstáculo para la modernización de Aragón (*El trasfondo del escándalo*, 15.8.93, editorial). Más

allá de lo que sugiere esa colaboración entre la oposición parlamentaria y el diario dominante (4.2.3), esa apropiación mutua de lo moderno y el progreso confirma el valor mítico que se atribuía a esas ideas fuerza. También, los impulsores de la autonomía plena se apropiaron el discurso de la modernidad y el símbolo del progreso, como demuestra la intervención del Presidente de Aragón en el acto institucional del Día de Aragón de 1993 y otras declaraciones en las que asoció la demanda de autonomía plena, igualdad de oportunidades y progreso.

"[...] si el Progreso radica en mejorar las opciones de los individuos y en luchar contra cualquier limitación arbitraria de esa posibilidad de elegir, el actual Estado autonómico español no contribuye al Progreso, porque alimenta las desigualdades entre unos y otros españoles [...]" (Eiroa, E. Discurso acto oficial de San Jorge, 1993).

"[...] O esto se acaba o lo que acabarán serán las posibilidades que tiene Aragón por las sendas de la modernización" (*El trasfondo del escándalo*, 15.8.93, editorial).

"El nacionalismo fue en su momento un signo de progreso político, cuando en el siglo XIX no se podía separar el concepto de nación del de revolución [...] El nacionalismo de guardarropía tiene esos inconvenientes [...] acaba por hacernos lo que no somos, ni hemos sido, ni queremos ser, porque terminaríamos por convertirnos en una caricatura del vecino" (Marco, J. BOCA, 67: 2062-2063, septiembre, 1993).

"la nueva Europa habrá de hacerse desde el respeto a la identidad de sus pueblos y a su diversidad cultural o no será posible. [...] Desde esa convicción, valoro y asumo la importancia de ser fieles a nuestra identidad, a nuestras raíces, a nuestra cultura. Sólo las sociedades fuertes podrán realizar aportaciones a una realidad tan exigente como la actual" (Eiroa, 1995: 78).

Cuando aboga por construir Europa desde arriba- a través de los estados- y desde abajo -a través de las regiones y ciudades -, Morin ("*Todas las culturas nacen de un encuentro de mundos distintos*", El País, 23.2.94) propone combinar la salvaguarda de la identidad con la apertura a las demás culturas y ofrece a Cataluña o Andalucía como paradigma de culturas "integradas con aportaciones del exterior". Aún así, como señala Fox (1997: 210), el mundo postmoderno y la sociedad transnacional encuentran dificultades para asociar una identidad humana o un sentido de ser con una cultura territorial o con una lengua. Esa tensión se hizo explícita en el debate que mantuvieron los impulsores de la movilización y quienes defendieron en Aragón las propuestas de la Administración Central. Como prueba el debate de la moción de censura (BOCA, 67), unos y otros se apropiaron de la diversidad y de los hechos diferenciales para defender ideológicamente sus posiciones. Si se toman

como referencia las formulaciones liberales y comunitaristas (Mulhall/Swift, 1996), el Partido Socialista se situó más cerca de ese discurso liberal que niega valor a la matriz social, que liga los derechos y libertades a toda persona, con independencia de cuales sean sus valores culturales o su realidad social y a costa, incluso, de despojar a las personas de gran parte de su socialidad; el nacionalismo aragonés, por su parte, se acercó al comunitarismo cuando enfatizó la particularidad cultural, el hecho de que las diferentes culturas encarnan valores, sistemas sociales e instituciones distintas.

Con todo, esas huellas de la homogeneización y la diversidad cultural en el marco de lo transnacional se dejó notar sobre todo en lo masivo. Schíller (1996: 36-7) ha denunciado la unidimensionalidad de los contenidos mediales, aduciendo que su única universalidad es la que permite el pago del servicio y que su supuesta pluralidad esconde una lógica uniformista que deja fuera cualquier material crítico y, en cambio, prima la preocupación obsesiva por los hechos sensacionales y deplorables. Esa concepción transnacional de lo noticioso explica la importancia que los relatos mediales dieron a la polémica política, a las cuestiones personales y a los elementos espectaculares sobre el conflicto de ideas y de proyectos políticos que se puso en juego (4.1.2.3). El hecho de que una parte de esos acontecimientos fueran concebidos, producidos y vividos socialmente como *media events* (ver 3.1.1) avisa de que el sistema medial aragonés se alimentó de unos códigos transnacionales que, a la manera apuntada por Hallin y Mancini (1997: 200), priman el espectáculo, la dramatización y la simbolización de lo real, pero también la imaginación de una comunidad universal. En su análisis del proceso de amalgama cultural que ha culminado en la actual hegemonía de lo masivo, Martín Barbero (1993) destaca como, en nombre de la libertad de información, de empresa y de comercio, la masificación ha impuesto el "estilo de vida norteamericano", convirtiéndolo en paradigma de progreso y modernidad frente a lo estrictamente nacional (Ibid, 154). La centralidad del espacio público mediatizado en esta movilización y la importancia que adquirió la masificación como mediación desde la que los sujetos pensaron o vivieron este acontecer denotan que el impulso de lo transnacional atravesó los discursos y alcanzó el centro de la socialidad producida.

Ramonet contrapone "la enraizada diversidad cultural de Europa" a la cultura de masas como "fenómeno genuinamente norteamericano" (El País, 10.11.97: 37). Esa hipótesis puede explicar la transcendencia que, cumpliendo la predicción de Keating (1996: 20), adquirió lo territorial como estructura social de sentimiento y de cultura, puesto que desde ambas perspectivas llenó de matices esta preeminencia de lo masivo en los discursos y en la cotidianidad social (4.1.1.4: 4.2.1.3). Aún así, la forma de participación colectiva en esta movilización quedó marcada por el componente emocional y coyuntural que Colombo (1976) encuentra en la realidad espectacularizada por los medios y por la

diferente concepción del espacio social común que Hallin y Mancini (1997: 219) atribuyen a los *media events*. El hecho de que la sociedad aragonesa asistiera a la moción de censura sin respuestas ostensibles de desagrado o de que tan sólo dos meses antes cien mil aragoneses participaran en la manifestación autonomista o los votantes produjeran un realineamiento electoral tan fuerte sugiere un tipo de implicación en los hechos, próxima a la ilusión de participación en el acontecimiento que resulta habitual en *los media events* (Ibid, 219). La personalización y teatralización del acaecer social o la humanización de la lógica de la política pudo hacer creer a la sociedad aragonesa que, siguiendo a Hallin y Mancini (Ibíd, 208), "el futuro" se abría ante ella como comunidad imaginada. Pero, al mismo tiempo, esa implicación de democracia demoscópica y de negocio que latía tras la polémica televisiva y la moción de censura favoreció que, en línea con lo apuntado por Minc (1995: 127), la mayoría de los aragoneses y su tejido social vivieran sin traumas ese paso de un proyecto de centro derecha autonomista a otro de izquierda que personalizaba las propuestas que habían dado lugar a la movilización. En ese entrecruce de negocio e ideas en que se convirtió la actualidad política, periodística y social, la mayoría de los aragoneses decidió quedarse al margen.

Para Habermas (1997), lo que está en juego con la globalización no es tanto la imposición de un modelo económico como el salto a la internacionalización de un modelo político. En esa lectura las identidades encuentran su "campo de fusión en la comunicación" y el reto de las culturas minoritarias pasa por mantener en ese espacio su identidad propia dentro de un sistema tan difuso como el transnacional (Ibid, 221). En esa lógica el territorio permite, según Keating (1996), reafirmar ese tipo de identidades ante la fuerza de la sociedad de consumo e, incluso, las culturas territoriales "proporcionan un medio de integración social ante los efectos desintegradores del mercado" (Ibid, 65). Dahlgren (1997: 258) apunta que en el espacio público mediatizado "parece irreversible la decadencia de toda política nacional". Hallin y Mancini (1997: 210) anotan que las grandes cumbres internacionales y la representación que de ellas realizan los medios favorecen que las audiencias se imaginen como comunidad universal. Si la discursivización de las manifestaciones autonómicas a partir de códigos culturales masivos sugiere una forma transnacional de vivir lo local o regional, el valor del territorio en los discursos y en las conductas actualizó esa capacidad de la socialidad demoscópica para dar voz los movimientos alternativos (Dahlgren, 1997: 260) y para hacer posible que la comunicación combine lo global y lo territorial focalizado (Habermas, 1997), en suma para facilitar una vivencia de lo diferencial integrado en lo global (Mattelart, 1997):

"El común de los maños lo que quiere es apretar el mando a distancia y que salgan cantando Joaquín Carbonell, El Bosque o Blue Bayou en vez del plasta de Eros

Ramazzoti. Quiere cambiar de canal y zamparse una tertulia guerrera con HGR y CM de invitados especiales, moderadas mismamente por la guapa inteligencia de Isabel Corona y hablando de las cosas de aquí. En lugar de escuchar a ignotos sociólogos y peregrinos actores perorar sobre el mar y los peces a la voz de mando de María Teresa Campos, pretende, seguro, tener la oportunidad de que JRM le cuente la vida y el transcurrir del Ebro [...]" (*La caja de los truenos*. Angel Pérez. EP. 24.7.93).

"Queremos ver en una televisión las fiestas del Pilar, el Torico, San Lorenzo, el Corpus de Daroca, los Moros y Cristianos de Alagón y 700 más, cultura, derecho, problemas de nuestra juventud, de nuestros mayores [...] se pueden ver muchas horas de Héroes del Silencio, a Conchita Martínez, a las alumnas de Pilar Bayona o cómo se vive y cómo se siente en cualquier rincón de Aragón y no sólo de Zaragoza que es lo fácil y rentable. [...] La mayoría silenciosa queremos que haya TVA con poco gasto, con profesionalidad, experiencia y calidad suficiente, a pesar del perro del hortelano" (Angel García Gracia. *La TV Aragón o el perro del hortelano*, D 16 22.7,93).

Para Habermas (1997: 181), la globalización ensancha las relaciones personales y facilita que sucesos de naturaleza local y muy alejados entre sí se influyeran mutuamente a través de conexiones aceleradas en el tiempo y en el espacio que facilitan los medios de comunicación y algunos códigos culturales transnacionales, entre los que destaca el dinero. Esta idea de que lo global amplía y fragmenta a la vez la conciencia de los sujetos dialoga con la hipótesis de Mattelart (1998: 8) de que lo global produce un desfase entre la razón mercantil y la cultura, porque, mientras aquella impone la generalización, esta genera un deseo propio de identidad. En su análisis de la comunicación mundo (226), ya había anotado esa doble lógica de los flujos informativos, al señalar que la *desterritorialización* derivada de la desregulación y de los cambios tecnológicos coexiste con la *reterritorialización* creada por el intento de cada comunidad de dar sentido propio a lo universal (Mattelart, 1993). Esa lógica pone en crisis los modelos centralizados de gestión cultural del estado nación; en cambio, el individuo, la familia, y la nación devienen en mediaciones necesarias para ese viaje en el que la mundialización cobra sentido para cada comunidad, individuo o grupo, a través de procesos de resignificación que ponen en juego el mimetismo, la reapropiación, las resistencias, o la adaptación de lo global. A diferencia de quienes afirman el determinismo homogeneizador de lo transnacional y lo masivo (227), esta lectura de la comunicación global da valor a los micromercados o a la desmasificación que permiten los mestizajes culturales y las diferentes mediaciones.